



El pensamiento de León Trotsky



ERNEST MANDEL



Índice

Introducción / ii

I. La revolución socialista en los países atrasados / 6

II. Los límites del proceso de transformación socialista en los países atrasados / 18

III. La revolución mundial / 29

IV. El proletariado y su dirección / 43

V. Los consejos obreros / 54

VI. La construcción de partidos revolucionarios de masas / 69

VII. El estalinismo / 80

VIII. El fascismo / 95

IX. Contra el imperialismo / 108

X. La Cuarta Internacional / 120

XI. El socialismo / 133

XII. Bibliografía Crítica / 144

Introducción

A comienzos del siglo XX, el movimiento obrero socialista europeo se enfrentaba con los problemas surgidos tras dos décadas de crecimiento ininterrumpido. Este crecimiento estaba ligado con el desarrollo de la economía capitalista en la época del imperialismo.

Los trabajadores habían conseguido mucho de él, en términos de nivel de vida, condiciones de trabajo y vivienda y libertades políticas y sindicales. Sobre todo, había creado una tremenda sensación de autoconfianza y fe en lo que parecía ser un irresistible avance hacia el socialismo, hacia una sociedad sin clases. Pero, no había la menor claridad en cuanto a cómo se alcanzaría esa sociedad socialista.

Muchos pensaban que sería el resultado de una crisis económica de extrema gravedad, una “crisis de derrumbe” del sistema. Otros la veían relacionada con una futura guerra. Y aún otros preveían que la burguesía pondría en cuestión las conquistas democráticas más importantes de la clase obrera, sobre todo el sufragio universal, cuando se alcanzase el punto en el cual estas conquistas situasen a la socialdemocracia a las puertas de la conquista del poder político (generalmente identificado con la obtención de una mayoría absoluta en el parlamento). Como respuesta a este golpe reaccionario, el movimiento obrero tomaría en represalia medidas revolucionarias.

Pero todas estas hipótesis eran discutidas en círculos relativamente restringidos, y muy raramente salían a relucir en órganos de partido más amplios, como conferencias nacionales o internacionales. Jugaban un papel muy pequeño en la configuración de la conciencia de las amplias masas. No estaban unidas a un análisis sistemático de los cambios estructurales que el imperialismo había introducido en el

funcionamiento del sistema capitalista mismo. Y menos aun lo estaban a la práctica cotidiana de los partidos de masas socialdemócratas y los sindicatos, centrados casi exclusivamente en la preparación de las campañas electorales y la lucha salarial, y otras reivindicaciones inmediatas económicas y políticas de la clase obrera (el sufragio universal en países como Bélgica o Austria).

Es sobre este fondo histórico que se puede comprender el impacto del debate sobre el llamado “revisionismo” que se detonó con el libro de Eduard Bernstein *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*.* Bernstein expresaba lo que muchos cuadros y líderes socialdemócratas sentían intuitivamente, a saber: que el pensamiento teórico y las perspectivas a largo plazo del movimiento estaban en desacuerdo con la práctica cotidiana. La mayoría de la dirección pretendía mantener el *statu quo* con todas sus contradicciones: tanto la práctica reformista de todos los días como una vaga perspectiva revolucionaria ligada a una teoría del “derrumbe” final.

Volviendo la vista atrás resulta claro que, de las tres tendencias principales del movimiento obrero de preguerra, el autodenominado “centro marxista” (Kautsky, Adler) era el que tenía menos posibilidades de sobrevivir. Su predominio dependía de su habilidad para mantener el difícil equilibrio entre un sistema imperialista en evolución hacia la crisis y la guerra, y una clase obrera que crecía en fuerza y autoconfianza, a pesar de que la crisis daba al traste con el equilibrio, a pesar de que los barones del imperialismo se enfrentaban resueltamente al movimiento obrero, a pesar de que el movimiento obrero desafiaba abiertamente al capitalismo, y a pesar de la justificación teórica y de la aceptación política de la colaboración de clases como único medio para evitar el choque frontal. ¡Una lista de condiciones que nada tenía que ver con la realidad como quizá no haya habido otra!

Por otra parte, los seguidores revisionistas de Bernstein y Millerand solo podían esperar ganar la hegemonía si las contradicciones crecientes del sistema no alcanzaban un punto explosivo y radicalizaban a sectores importantes de la clase obrera; en otras palabras, solo si en la vida real no estallaban ni guerras ni revoluciones. Sólo en estas circunstancias podía la idea de una transformación gradual del capitalismo —o de una práctica reformista con continuas conquistas reales prolongada indefinidamente— ser aceptada por la mayoría de los trabajadores como la

mejor, la más práctica y la menos peligrosa de las vías para cambiar el sistema social.

La guerra entre la Rusia zarista y el Japón, con la primera revolución rusa pisándole los talones, enfrentó de pronto al movimiento socialista y a la clase obrera con las dos realidades básicas de nuestro siglo que el revisionismo bernsteiniano había esperado poder evitar. Las guerras y las revoluciones pasaron a ser una perspectiva real y no una fantasía de paranoicos radikalinskis. De la primera confrontación con una revolución viva desde la Comuna de París casi 35 años antes, surgió la tercera respuesta a la pregunta “¿Adónde van los socialistas?” una respuesta diferente a la del fatalismo del marxismo tradicional del tipo Kautsky y a la del revisionismo bernsteiniano.

Las principales variantes de esta tercera respuesta eran el bolchevismo de Lenin (estrictamente limitado a Rusia al principio), la teoría de la huelga política de masas de Rosa Luxemburg, y la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Sin embargo, una nueva experiencia aún más traumática —la Primera Guerra Mundial, el victorioso Octubre ruso, la derrota de la revolución alemana de noviembre de 1918 enero de 1919— fue necesaria para que estas tres variantes se sintetizaran en un nuevo programa y en una nueva concepción estratégica, los del marxismo revolucionario tal y como está recogido en los documentos de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista.

Trotsky hizo una contribución absolutamente esencial a este gigantesco paso hacia delante del pensamiento y de la práctica marxista, y este pequeño libro intenta hacer una exposición sumaria y sistemática de esa contribución. A pesar de que muchos de sus elementos estaban ya presentes en los primeros escritos de Trotsky —especialmente en la obra maestra de su juventud, *Balance y perspectivas*, que recoge para el futuro las principales lecciones extraídas de la experiencia de 1905— se fueron relacionando de una forma cada vez más compleja y orgánica los unos con los otros con cada una de las etapas importantes en el desarrollo intelectual y político de Trotsky. Los jalones de este proceso fueron: su decisión de unirse al Partido Bolchevique en 1917; su papel en la Revolución de Octubre; las negociaciones de paz de Brest-Litovsk, y la construcción del Ejército Rojo y —de la Internacional Comunista; su lucha contra el ascenso de la burocracia en la Unión Soviética—

tica y la degeneración del Comintern; y la lucha por la Cuarta International. En cada una de estas etapas sucesivas, fueron reexaminados importantes aspectos, enriquecidos y desarrollados mas allá de la teoría existente previamente, mientras que al mismo tiempo eran integrados en la teoría marxista, reforzando su cohesión interna y su unidad de conjunto.

A medida que exponamos las contribuciones de Trotsky al desarrollo del pensamiento marxista, descubriremos en ellas nada menos que el intento de proporcionar una explicación coherente de todas las tendencias básicas de nuestra época, el intento de explicar el siglo XX. Desarrollaremos el pensamiento de Trotsky por lo tanto más en el orden lógico que en el cronológico: sobre todo, porque no estamos escribiendo una biografía sino tan solo haciendo un análisis de sus ideas más originales.

No creemos que exista nada parecido a un genio humano infalible; ni siquiera un partido político infalible, un comité central, una dirección o un dirigente. Trotsky cometió errores, y señalaremos algunos en el curso de nuestro análisis. Pero como en el caso de otros grandes pensadores y especialmente de otros grandes revolucionarios, sus mismos errores son a la vez fuente de conocimiento y pruebas de su estatura. A pesar de que no tenemos la intención de escribir una hagiografía, estamos convencidos, aun más que cuando iniciamos hace cuarenta años la lucha política por el marxismo revolucionario, de que la estatura de Trotsky no cesará de crecer con el paso del tiempo.

NOTAS

*Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia. Publicado en: Eduard Bernstein, Socialismo evolucionista, Fontamara, Barcelona, 1975.



La revolución socialista en los países atrasados



En general, el marxismo tradicional había mirado a los países relativamente atrasados —los de Europa del Sur y del Este, y más aún los de Asia y América Latina— a la luz de la conocida fórmula de Marx: los países más adelantados muestran como en un espejo a los más atrasados la imagen de su futuro desarrollo. Ello condujo a la conclusión de que la revolución socialista ocurriría en primer lugar en los países más avanzados, que el proletariado tomaría en ellos el poder mucho antes de que pudiese hacerlo en los países más atrasados. En última instancia —no sola-

mente en las semicolonias, sino también en países como Rusia y España ocurrirían “revoluciones democráticas” que, sin ser una repetición exacta de las revoluciones clásicas democrático-burguesas del pasado, conducirían a repúblicas democrático-burguesas en las que el movimiento obrero comenzaría tan sólo a acumular la fuerza necesaria, basada en un desarrollo acelerado del capitalismo, para desafiar la dominación de la burguesía en la lucha por el poder político.

Ningún marxista había cuestionado la hipótesis básica subyacente, que las tareas objetivas que estas revoluciones tenían que resolver en los países relativamente atrasados serían similares sino idénticas a las tareas con las que se habían enfrentado las revoluciones clásicas democrático-burguesas: derrocar el absolutismo o la autocracia y asegurar las libertades democráticas generales, el sufragio universal, y el desarrollo sin trabas de los partidos políticos y los sindicatos; eliminar los restos de las instituciones feudales o semif feudales en la agricultura y en el sistema tributario, especialmente la renta de la tierra y las grandes posesiones de la nobleza; unificar el mercado interior (tanto esta tarea como la Reforma Agraria eran vistas como la precondition para un rápido desarrollo de la industria y una completa modernización del país); suprimir las relaciones de dependencia con el capital extranjero (en aquellos casos en los que ni siquiera existiese una independencia nacional formal, esta era obviamente la tarea número uno) y resolver el problema de las minorías nacionales existentes dentro de las fronteras del estado dado históricamente.

Sobre como deberían solucionarse estas tareas había muchas diferencias entre los marxistas. Pero había un acuerdo general en que estas serían las tareas inmediatas más urgentes con las que la revolución tendría que enfrentarse, y no, por ejemplo, la inmediata socialización de toda la industria.

Sin embargo, esta definición de las tareas de la futura revolución estaba mezclada generalmente con una aproximación lineal y bastante mecánica a los problemas políticos implicados. Desde este punto de vista, de las primeras premisas se deducían, de una forma supuestamente lógica y directa, todo un conjunto de conclusiones; de las tareas democrático-burguesas de la futura revolución se derivaba su carácter de revolución democrático-burguesa; de su carácter democrático-burgués se infería la imposibilidad de desplazar a la burguesía y sus partidos de la dirección de la revolución y se determinaba la táctica del partido proletario (la socialdemo-

cracia como se le llamaba entonces) que, si bien defendía las reivindicaciones específicas de la clase obrera del tipo de jornada de ocho horas o derecho de huelga y asociación sindical, debería abstenerse cuidadosamente de cualquier tipo de acción excesiva capaz de asustar a la burguesía y empujarla al campo de la contrarrevolución, condenando así a la revolución a una derrota segura.

Este enfoque mecanicista, que representaba en su forma más pura el padre del marxismo ruso, Plejanov, fue cada vez más objeto de ataque tanto de los marxistas rusos como de los polacos e incluso de algunos marxistas alemanes, durante e inmediatamente después de la Revolución Rusa de 1905. Se sacó a relucir que el mismo Marx, ya en 1848, había puesto en duda la capacidad de la burguesía alemana para llevar a cabo una auténtica revolución burguesa. ¿No era su capacidad mucho menor 60 años después? Y ¿no habían sido los jacobinos, una dirección pequeño-burguesa, al desplazar a la burguesía al frente del proceso revolucionario, la precondition para la victoria ya en la Gran Revolución Francesa de 1789? ¿Quiénes eran los equivalentes de los jacobinos franceses en Rusia, Polonia o España? Desde luego no los políticos tradicionales de la burguesía liberal, con tendencias conservadoras y algo más que vacilaciones a la hora de montar barricadas, para no hablar de dirigir una insurrección armada.

Estas objeciones fueron formuladas por pensadores tan diferentes como Parvus y Kautsky, Lenin y Rosa Luxemburg, Franz Mehring y Trotsky. Pero Trotsky añadió tres consideraciones estructurales, demostrando una asombrosa capacidad de comprender la verdadera naturaleza de la economía y la sociedad de los países capitalistas relativamente atrasados.

En primer lugar señaló que, dada la relativa influencia del capital extranjero el proletariado moderno tendía a ser proporcionalmente más fuerte que la autodenominada “burguesía nacional”, porque tanto el capital extranjero como el “nacional” era muy consciente de la desfavorable relación de fuerzas social y política, y por esta razón objetiva tenía un miedo mortal a la revolución. No hay razón alguna, concluía Trotsky, de que el proletariado se autolimite fuertemente en sus reivindicaciones para evitar que la burguesía se pase al campo de la contrarrevolución. Los capitalistas lo harán en cualquier caso, sea cual sea la táctica del proletariado,

dada la específica correlación de fuerzas dominante en la evolución política de estos países.

En segundo lugar, bajo las condiciones del siglo XX, la forma en que las grandes haciendas se relacionaban con el capital era bastante diferente de la típica de los siglos XVI, XVII y XVIII, o incluso de la primera mitad del siglo XIX. Existe ahora una profunda interrelación con el capital a través del crédito, los bancos, la usura y la copropiedad. Por otra parte, dado que un número considerable de burgueses han adquirido haciendas o acciones de propiedades agrícolas, una reforma agraria radical —para no hablar de una verdadera revolución agraria, una *jacquerie* moderna— supondría un ataque directo contra los intereses tanto económicos, como sociales y políticos de la clase burguesa. Cualquier ataque contra la propiedad privada de la tierra provocaría la puesta en cuestión de la propiedad privada de los medios de producción en general, y levantaría el fantasma del socialismo. Consecuentemente, la burguesía de estos países relativamente atrasados no tendrá la capacidad o el deseo de llevar a cabo una auténtica reforma agraria radical. Y ello condena por lo tanto a una derrota segura a cualquier revolución que se mantenga bajo la dirección burguesa en estos países.

Por último, era más que dudoso, dado el tremendo peso del capital extranjero (entonces esencialmente británico, alemán, francés, italiano, holandés, belga y austriaco, pero también, aunque en una proporción marginal, estadounidense y japonés) y la inmensa superioridad de la industria extranjera en el mercado mundial, que quedase aún suficiente espacio en ese mercado, en la época del imperialismo, para el desarrollo a gran escala de la industria capitalista en países como Rusia, Polonia y Turquía, para no hablar de Brasil, la India o China. No parecía que existiese la menor posibilidad de llevar hasta el final la industrialización y la modernización de estos países mientras permaneciesen dentro del marco del capitalismo —un marco que, en la época del imperialismo, suponía la presión del capital extranjero y la competencia de las mercancías producidas en los países capitalistas avanzados. La falta de una revolución agraria radical y la subordinación a un mercado mundial dominado por el capital extranjero se combinaban así para limitar en gran medida, sino condenar al fracaso, cualquier intento de una industrialización profunda del país. Rusia, Turquía, Brasil, China y la India no repetirían el modelo

capitalista de Alemania, Italia, Austria o incluso Japón, porque ya no quedaba espacio para nuevas grandes potencias industriales en el mercado mundial capitalista.

Para decirlo con las propias palabras de Trotsky: “El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que lo patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados se ven obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la combinación de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas”.

Mientras que Lenin, escribiendo bajo la presión de su polémica con los populistas, buscó en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* recalcar el carácter “clásico” y “orgánico” de este desarrollo, Trotsky, por el contrario, insistió en su carácter singular. Cuando el desarrollo “orgánico” del capitalismo en Rusia estaba aún en su infancia, y acababa de aparecer una clase de obreros artesanos fabricantes de mercancías y de pequeños capitalistas en la industria ligera, la acción conjunta del estado y del capital extranjero injertaron en la atrasada economía rusa varias industrias pesadas de gran tamaño, concentrando una mayoría de asalariados. Es indispensable entender esta combinación de formas atrasadas y ultramodernas de desarrollo económico para comprender que ocurrió en Rusia, especialmente en 1905 y 1917.

Lenin y Rosa Luxemburg (y también Kautsky y Franz Mehring) estaban de acuerdo con el primer y segundo argumento de Trotsky de por qué era muy improbable que una dirección burguesa llevase a cabo una revolución victoriosa en Rusia. Sin embargo, Lenin discrepaba con el tercer argumento y Rosa Luxemburg (como Kautsky) dudaba a la hora de definirse.

Estas diferencias tuvieron una importante consecuencia política. Para Lenin, la tarea era reemplazar a la burguesía potencialmente contrarrevolucionaria al frente del proceso revolucionario por otras fuerzas sociales y políticas capaces de jugar un papel semejante al de los jacobinos en la Revolución Francesa. Pero estas fuer-

zas revolucionarias, a pesar de desplazar e incluso aplastar políticamente a la burguesía, seguirían impulsando un desarrollo capitalista en Rusia. No sería un capitalismo basado en el modelo prusiano de agricultura, sino en el modelo americano (en el que una multitud de granjeros libres e independientes proveen un inmenso mercado doméstico para los productos, industriales) el que permitiría competir a la industria rusa en el mercado mundial, en el que ya casi no quedaba espacio.

En términos de práctica política, ello implicaría una dirección revolucionaria (un gobierno) en el que el partido de la clase obrera formaría coalición con el partido del campesinado revolucionario: la famosa “dictadura democrática de los obreros y campesinos” diferente de la dictadura del proletariado como de la dictadura de la burguesía. Sin embargo, el estado surgido de esta dictadura (o gobierno revolucionario) sería un estado burgués, y la economía que se desarrollaría a partir de la victoria de la revolución sería también una economía capitalista: “La Revolución no puede saltar por encima de la etapa capitalista”.²

La fértil, aunque indisciplinada e inestable, mente de Parvus no quedó satisfecha con esta forma de plantear el problema. Señaló que, a través de la historia moderna, el campesinado había sido incapaz de construir sus propios partidos políticos centralizados lo que se consideraba generalmente como “partidos campesinos” eran, en realidad virtualmente siempre, partidos burgueses (partidos de la intelectualidad rural y comerciantes) que canalizaban los votos del campesinado pero que traicionaban sus intereses sociales específicos tan pronto como se rompía el sello de las urnas. Por lo tanto, pensó que solo un gobierno socialdemócrata podía encabezar con éxito la revolución, y acabar el trabajo, tal y como los jacobinos lo habían hecho en Francia. Pero como Lenin, y contrariamente a Trotsky, veía ese gobierno dentro del marco de un estado democrático burgués y del sistema económico capitalista; el modelo era el primer gobierno laborista que acababa de constituirse en Australia.

Con la audacia de un relámpago, el joven Trotsky se abrió paso a través de las contradicciones y las inconsistencias de estas posiciones. Mientras insistía con Lenin en que el campesinado desempeñaría un papel fundamental en la revolución, argumentó poderosamente contra él que el campesinado será incapaz de jugar un papel político independiente del proletariado y la burguesía, ¡especialmente duran-

te la revolución!. Basó esta incapacidad esencialmente en la dispersión del campesinado y en su oscilación, en tanto que pequeños propietarios y productores de mercancías, entre el capital y el trabajo asalariado. Como resultado de su heterogeneidad social, los estratos más bajos se hundían continuamente en el proletariado o el semiproletariado, mientras que los estratos superiores se convertían constantemente en capitalistas rurales que explotaban mano de obra asalariada. La historia de todas las revoluciones modernas, y de todas las experiencias políticas, desde el surgimiento del capitalismo industrial, había confirmado completamente este análisis. Una coalición con el llamado partido campesino siempre amenazaba con convertirse en una coalición con la burguesía, es decir, con caer precisamente en la trampa que implicaba la táctica tradicional menchevique y que los bolcheviques querían evitar. (Había un acuerdo completo entre Trotsky y Lenin, por supuesto, en la necesidad de evitar cualquier bloque con la burguesía “liberal”.) Solo si el proceso revolucionario permitía a la socialdemocracia —el partido proletario— conquistar la hegemonía política sobre el campesinado, movilizar y centralizar sus sublevaciones bajo la dirección de la clase obrera, solo entonces se podrían alcanzar completamente los objetivos históricos de la: revolución.

En otras palabras: la correlación de fuerzas políticas y sociales que caracteriza el proceso revolucionario en los países relativamente atrasados ³ era tal, que la revolución solo podía triunfar bajo la dirección socialista del proletariado. En Rusia, China, Turquía, India o Brasil; el papel que los jacobinos habían jugado en la Revolución Francesa solo podría ser cubierto por el partido de la clase obrera.

En contra de Parvus y Lenin, Trotsky demostró que era completamente irreal el mantener que la clase obrera, una vez conquistado el poder estatal, sería capaz de ejercer un autocontrol suficiente como para limitar la defensa de sus intereses específicos de clase a la lucha por las reivindicaciones inmediatas y democráticas, permitiendo mientras tanto su propia explotación por los capitalistas. Basta con hacerse una idea de la situación, decía Trotsky a quienes, como Parvus o Lenin, estaban más próximos a sus posiciones, aunque todavía se negaban a extraer todas las conclusiones hasta sus últimas consecuencias: tenemos a una clase obrera que acaba de alcanzar una victoria única, no solamente contra la autocracia sino también contra todas las fuerzas políticas conservadoras, incluida la burguesía, sus propios

explotadores. Esta clase obrera ha conquistado el poder estatal. Ha constituido un gobierno revolucionario. Gobierna el estado. Está armada. Esta en el punto culminante de su autoconfianza social y política. Y al día siguiente, se vuelve tranquilamente a las fábricas —¡y que fábricas había y hay en los países relativamente atrasados!—. Mansamente se someterá a seguir siendo explotada por los capitalistas desarmados; estará de acuerdo en gobernar fuera pero no dentro de la fábrica, donde transcurre no solamente la mayor parte de su vida sino también la más agotadora. Y todo ello lo hará simplemente porque, ciertos ideólogos le dicen que “el país no está maduro para el socialismo”. ¿No es completamente improbable semejante autorrestricción, semejante autocastigo por parte de una clase social políticamente victoriosa?

La conclusión de Trotsky era obvia: no habría etapas en las futuras revoluciones en los países relativamente atrasados. Si el proletariado conseguía conquistar la hegemonía política sobre el campesinado y la dirección del proceso revolucionario, entonces la revolución podría alcanzar la victoria. Pero en ese caso, la revolución pasaría sin interrupción de las tradicionales tareas de la revolución democrático-burguesa a las tareas centrales de la revolución socialista, sobre todo la socialización de los medios de producción que aún continuasen en manos de la clase capitalista. Esta era la primera y la más importante tesis de la teoría de la revolución permanente formulada ya por Trotsky en 1905-1906.

La revolución en Rusia y en países similares solo podía triunfar estableciendo la dictadura del proletariado, apoyada por el campesinado. Y esta dictadura no se mantendría dentro de los límites “nacionales” o “internacionales” del capitalismo: inmediatamente comenzaría a construir la sociedad socialista.

Sin embargo, si el proletariado no conquistaba la dirección sobre toda la nación, entonces la revolución sería derrotada, y la contrarrevolución triunfaría. Y bajo la contrarrevolución triunfante, cualquier esperanza de una modernización e industrialización a fondo del país se demostraría utópica.

Digamos de paso que el argumento de Trotsky sobre la improbable autolimitación del proletariado se confirmaría posteriormente bajo circunstancias insospechadas. Cuando los bolcheviques conquistaron el poder en la Revolución de Octu-

bre de 1917, intentaron aplicar un plan cuidadosamente formulado paso a paso de nacionalización de la industria rusa, los créditos, el transporte y la venta al por mayor, generalmente precedida por períodos de control obrero, en los que los obreros aprenderían a administrar las empresas antes de expropiarlas gradualmente. Este plan cuidadosamente establecido fue destrozado no solamente porque la burguesía lanzó la guerra civil contra el poder soviético; sino sobre todo porque la gran autoconfianza de los obreros no toleraba la explotación, la arrogancia, la dirección y el sabotaje de los capitalistas. Las expropiaciones espontáneas de fábricas comenzaron a extenderse a lo largo y a lo ancho; y la vida —la lucha de clases— demostró que no puede ser controlada por esquemas preconcebidos por muy inteligentes que estos sean.⁴

La idea de que la clase obrera podía realmente conquistar el poder “antes” y “en vez” de la burguesía en los países relativamente atrasados, le pareció una fantasía descabellada a la inmensa mayoría de los marxistas, rusos o no. Y así continuó siendo, incluso tras la insurrección de 1905, en la que los trabajadores rusos desplegaron una tremenda voluntad y energía revolucionarias, y su audacia superó a la que habían mostrado los trabajadores de París en los días de la Comuna. La teoría de la revolución permanente tuvo escaso eco más allá de círculo de los amigos y colaboradores más íntimos de Trotsky. Y a pesar de que es cierto que Rosa Luxemburg se acercó a sus posiciones, incluso esta gran revolucionaria retrocedió ante la conclusión lógica de su pensamiento y se negó a aceptar la perspectiva de una dictadura del proletariado que iniciase una política socialista en Rusia.

Lenin en particular no aceptó este concepto. Mientras concentraba el fuego contra el proyecto menchevique de dar apoyo crítico a la burguesía en el proceso revolucionario, ocasionalmente ridiculizó la teoría de la revolución permanente. Permaneció atado a la idea de que una etapa de revolución democrático-burguesa, de una reforma agraria que permitiese el desarrollo del capitalismo, era indispensable antes de que se pudiese plantear el problema de la etapa socialista. Abiertamente y sin ambigüedades definía la futura revolución como burguesa no sólo dada la forma política a que conduciría (la república democrática) sino también por su contenido socioeconómico: el desarrollo sin trabas del capitalismo basado en granjeros capitalistas libres. Posibilitar esta combinación era el objetivo de la

“dictadura democrática de los obreros y los campesinos”, por la que los bolcheviques lucharon en el período de 1905-1916. Los cuadros bolcheviques fueron educados en este espíritu, que provocaría en los años veinte y más tarde semejante caos en los jóvenes partidos comunistas de los países atrasados. Incluso Trotsky llegó a mirar Rusia como algo especial, y esperó hasta la experiencia de la Revolución China en 1927 antes de generalizar la tesis de la revolución permanente, de forma que comprendiese a todos los países relativamente atrasados en los que el proletariado ya tenía suficiente fuerza como para hacer de su conquista del poder político una posibilidad real.

Fue la Revolución Rusa de Febrero de 1917 la que ayudó a superar a Lenin y a Rosa Luxemburg sus vacilaciones de la década anterior. La primera dirección bolchevique posterior a Febrero (Kamenev, Molotov y Stalin) permaneció apegada a las viejas fórmulas, vislumbrando, tanto una fusión con los mencheviques como el apoyo crítico al gobierno provisional. Lenin, sin embargo, con el apoyo entusiasta de la vanguardia obrera bolchevique, giró en sus Tesis de Abril hacia el objetivo de “Todo el poder para los Soviets”, es decir, hacia el establecimiento de la dictadura del proletariado. Se convirtió en “trotskista” con relación al problema de la dinámica de la Revolución Rusa, en el mismo momento en que Trotsky se hacía “leninista” con respecto al problema organizativo.

Es cierto que, para convencer a sus viejos camaradas, Lenin utilizó algunas fórmulas ambiguas que más tarde permitirían a sus epígonos afirmar que, a pesar de todo, había habido dos etapas en la Revolución Rusa: la etapa de Febrero de 1917, en la que la autocracia había sido derrocada y se había instaurado una república democrático-burguesa; y la etapa de Octubre de 1917, en la que la clase obrera había conquistado el poder. Pero es completamente erróneo invocar estas fórmulas equivocadas para argumentar que Lenin continuaba rechazando la teoría de la revolución permanente.

De ninguna forma se puede mantener seriamente que la Revolución de Febrero realizó las tareas históricas de la revolución democrático-burguesa, principalmente la reforma agraria radical. Si se hubiera realizado, la Revolución de Octubre nunca hubiera triunfado, porque la clase obrera hubiera estado aislada de la mayoría de la nación. La victoria de Octubre fue solamente posible, exactamente

como Trotsky había previsto, porque fue el proletariado victorioso y no la burguesía victoriosa quien fue capaz de repartir la tierra a los campesinos⁵. Sobre esta firme base material —y solo sobre ella— fue posible establecer un estado obrero, sobre la base de la alianza entre el proletariado y el campesinado.

Y aún en menor medida puede mantenerse que la “dictadura democrática de obreros y campesinos” existiese alguna vez realmente en Rusia (o, para el problema, en cualquier otro sitio). El gobierno provisional, desde luego, no tenía nada que ver con ella: se trataba del proyecto clásico menchevique de una coalición entre la burguesía y los socialdemócratas conciliadores. Y tampoco tuvo nada que ver con ella el gobierno revolucionario de Octubre: era la dictadura del proletariado. La Historia probó que Trotsky había acertado en todos sus cálculos sobre las fuerzas motoras de la Revolución Rusa.

Al menos en dos problemas clave, después de marzo-abril de 1917, Lenin no solamente no fue ambiguo, sino extremadamente claro. Siguiendo una línea idéntica a la de las predicciones de Trotsky de 1905-1906, no dudó un minuto en caracterizar la dictadura del proletariado, la toma del poder por la clase obrera, la creación de un estado obrero, como el objetivo de los bolcheviques. Y también en esta ocasión mantuvo claramente la vieja posición de Trotsky de que no solamente la pequeña burguesía urbana, sino también la pequeña burguesía rural (por ejemplo, el campesinado) eran históricamente incapaces de actuar como una fuerza política independiente de la burguesía y del proletariado. Tenía que seguir a una o a otro.

La conclusión era clara: o el proletariado podía conquistar el poder, estableciendo un estado obrero en alianza con el campesinado, o la contrarrevolución triunfaría. La fantasía imposible probó ser correcta: el proletariado podía saltarse la etapa de la Revolución Burguesa y conquistar el poder en un país relativamente atrasado. No solamente podía hacerlo. Tuvo que hacerlo, o el país hubiera permanecido hundido en el cenagal del subdesarrollo.

NOTAS

1. Trotsky, *History of the Russian Revolution*, Londres, 1967, pp. 13-14. (Leon Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, ZYX, Madrid, 2 vols.)

2. “Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Significa que las reformas democráticas en el sistema político y las reformas sociales y económicas que se han convertido en una necesidad en Rusia, no implican en si mismas el socavamiento del régimen burgués; al contrario, despejarán, por primera vez, realmente el terreno para un amplio y rápido desarrollo del capitalismo, europeo y no asiático” (Lenin, “Two Tactics of Social Democracy in the Democratic Revolution”, *Collected Works*, vol. 9, Moscú, 1962, p. 48.) (Lenin, “Dos tácticas de la socialdemocracia rusa”, en Lenin, *Obras Completas*, Akal editor, Madrid.)

3. Países relativamente atrasados, pero, naturalmente, no todos los países atrasados. Un mínimo de fuerza numérica, organización concentrada y conciencia, así como de experiencia de lucha de masas, era indispensable para que la fórmula pudiera aplicarse.

4. Ver inter alia: Leo N. Kritznwn, *Die heroische Periode der grossen russischen Revolution*, Frankfurt, 1971, pp. 66-8. R. Lorenz, *Wirtschaftspolitische Alternativen der Sowjetmacht im Frühjahr und Sommer 1918*, en *Jahrbücher für die Geschichte Osteuropas*, 15/1967, pp. 218-21, enumera las expropiaciones espontáneas de fábricas realizadas por los obreros. Ver también Uwe Brugmann, *Gewerkschaften and Revolution. Die russischen Gewerkschafte, 1917-1919*, Frankfurt, 1972.

5. En una polémica con Bakunin en los años 1874-75, Marx enfocaba precisamente tal eventualidad: “Una revolución social radical depende de ciertas condiciones históricas determinadas de desarrollo económico como condición previa. Por otra parte, tan solo es posible allí donde, existiendo producción capitalista, el proletariado industrial ocupe al menos una posición importante dentro de la masa del pueblo. Y si ha de tener alguna oportunidad de victoria, tiene que ser capaz de hacer inmediatamente por los campesinos tanto como la burguesía francesa, *mutatis mutandis*, hizo por los campesinos franceses de la época.” (Marx, “*Conspectus of Bakunin's Statism and Anarchy*”, en *The First International and After*, *Pelican/New Left Review*, 1974, p. 334.) (En Marx, *La primera Internacional, Fundamentos*, Madrid, 1977.)



Los límites del proceso de transformación socialista en los países atrasados



Si Trotsky se hubiese limitado a predecir que en los países relativamente atrasados la clase obrera podía conquistar el poder y comenzar a construir una sociedad sin clases, antes de que hubiese surgido una industria capitalista completamente desarrollada, y antes de que la burguesía industrial hubiese conquistado ella misma el poder, entonces no hubiera desarrollado la teoría marxista manteniendo al mismo tiempo la cohesión interna del sistema teórico. Por el contrario, hubiera provocado un agujero en el mismo. Es más, fue exactamente de estar haciendo esto de lo

que le acusaron los mencheviques y la socialdemocracia tradicional desde el comienzo.

El concepto de socialismo de Marx estaba íntimamente unido a la hipótesis de que el capitalismo tiene que crear las condiciones de posibilidad, materiales, sociales y subjetivas, para la construcción de una sociedad sin clases. Es verdad que, al enfrentarse con los primeros socialistas rusos influenciados por el populismo, no descartó la idea de que los países situados fuera de la línea tradicional de desarrollo europeo podrían “saltar por encima” de la etapa capitalista, basándose en la comunidad aldeana y apropiándose la tecnología industrial occidental, de forma que pudiesen evitar el elevado coste social que las masas hubieran tenido que pagar en una revolución industrial bajo el capitalismo. Pero hizo depender esta posibilidad de la ausencia de una avanzada división en clases o de la propiedad privada de la tierra dentro de las aldeas, es decir, de la ausencia de un desarrollo embrionario del capitalismo, con sus efectos disolventes del dinero y la economía de mercado. Y dado que semejantes condiciones tenían que cumplirse para que un “salto” así pudiese de alguna forma ser realista, no es sorprendente que Friedrich Engels pudiese descartar esta hipótesis unos cuantos años más tarde, como superada en cualquier caso por los acontecimientos. De hecho, es dudoso que en alguna ocasión haya correspondido a la realidad.

A través de los escritos de Marx, los “efectos civilizadores” del capitalismo en la preparación de las condiciones necesarias para el socialismo es recalcada una y otra vez. Este énfasis está estrechamente unido a un examen crítico de todas las revoluciones sociales pasadas, a un análisis de la razón por la que, en vez de conducir a una sociedad sin clases, siempre han sustituido a la vieja clase gobernante y explotadora por una nueva. Marx lo explicó de una forma inequívoca por el hecho de que las condiciones materiales y sociales para una sociedad sin clases no habían madurado aún.

La precondition material para el socialismo era, desde el punto de vista de Marx, un grado de desarrollo de las fuerzas productivas que hiciese objetivamente superflua la existencia de clases dominantes, es decir, que permitiese a la sociedad liberar a todos los hombres y mujeres en una parte importante de su tiempo de trabajo de la necesidad de producir directamente la base de su propia existencia mate-

rial, eliminando así la división social básica del trabajo entre productores directos y administradores. La precondition social para el socialismo era la aparición de una clase social que, a través de su propia existencia y luchas, estuviese preparada para sustituir todas las formas de conducta y motivación asociadas con la propiedad privada y la competencia por la cooperación generalizada y la solidaridad. Solo un elevado grado de desarrollo del capitalismo industrial, y la creación de un fuerte proletariado industrial moderno, cumpliría estas dos condiciones.

Con toda seguridad, Marx nunca mantuvo que el socialismo nacería de una especie de misterioso “derrumbe final” del sistema, una vez que existiese suficiente industria capitalista y un proletariado lo bastante fuerte y bien organizado; no creía que solamente hubiera que esperar que llegase ese día. Semejante determinismo económico vulgar era algo profundamente extraño a su pensamiento dialéctico, para el que la premisa para un cambio social residía en la interconexión de las condiciones materiales que hacían posible ciertas formas de organización social, y la práctica revolucionaria de la humanidad que realmente lo llevaba a cabo.

Pero las posibilidades de una acción revolucionaria decisiva están a su vez determinadas material, económica y socialmente. No pueden surgir en cualquier circunstancia, sin tener en cuenta el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, tanto materiales como humanas. Si estas condiciones no existen, entonces “toda la vieja porquería” volverá a aparecer, como Marx lo describió tan llamativamente. Creer otra cosa es no solamente caer víctima de un vulgar voluntarismo, de la misma manera que Mao Tsé-tung y sus seguidores más radicales, sino trastocar partes esenciales del pensamiento de Marx y destruir su coherencia interna.

Trotsky recalcó, tanto sino más que Lenin y Rosa Luxemburg, el aspecto activo y consciente de la lucha del proletariado por el socialismo, contra la tradición más fatalista de Bebel, Kautsky, Plejanov y los austromarxistas. Pero nunca perdió de vista las condiciones económicas materiales que imponen límites despiadados a la práctica revolucionaria. Ello le llevó a un doble descubrimiento y a una doble predicción: a pesar de que era posible, además de deseable, que la clase obrera conquistase el poder en los países relativamente atrasados antes incluso que lo hiciese en los países más avanzados, no era posible construir con éxito el socialismo solamente en estos países relativamente atrasados. La combinación de estas dos predic-

ciones, claramente formuladas al final de su Balance y Perspectivas de 1906, contiene anticipadamente tanto los triunfos como las tragedias que el socialismo experimentaría durante la mayor parte del siglo XX.

La lógica del razonamiento de Trotsky es ineludible para cualquiera que posea una mente imparcial. Y sin embargo, es destacable la cantidad de autores —no solo mercenarios de la pluma contratados para dar hachazos, sino incluso comentaristas e historiadores auténticamente interesados— que continúan sin entender lo que verdaderamente dijo. En innumerables ocasiones se ha dicho que estas dos proposiciones son mutuamente contradictorias, cuando obviamente se complementan la una a la otra.¹ Lo que Trotsky defendió realmente es que, por la misma razón por la que era más fácil al proletariado ruso que, por poner un ejemplo, al británico o al americano tomar el poder, le era también inconmensurablemente más difícil que a éstos dar los pasos necesarios en dirección a la sociedad sin clases.

Esta razón puede resumirse en una sola fórmula: la relativa debilidad de la burguesía o, de una forma más general, la debilidad general de conjunto de la civilización capitalista en el sentido más amplio de la palabra. Fue su relativa debilidad (comparada con la del proletariado) la que hizo que la burguesía en el Este no tuviera ni el coraje ni la voluntad de dirigir una verdadera revolución burguesa; y dejó abierto así el camino para que fuese la clase obrera quien tomase la dirección de la lucha por la emancipación nacional y la modernización. Fue la debilidad general de la civilización nacional burguesa lo que hizo que poderosas tendencias de descomposición social — que la burguesía no podía absorber, controlar o neutralizar— acompañaran la industrialización y la modernización, revolucionando a la clase obrera y a otras muchas capas de la sociedad. Sin embargo, precisamente porque el capitalismo no había completado sus tareas históricas en los países relativamente atrasados, el proletariado, una vez en el poder, tuvo que enfrentarse con barreras infranqueables en el camino hacia una verdadera sociedad sin clases. En estos países el capitalismo no había creado las precondiciones materiales para una rápida abolición de la, división social básica del trabajo, la división entre aquéllos que producen y aquéllos que administran. Y cuando la clase obrera intentó crear ella misma estas condiciones, las consecuencias de la “acumulación primitiva socia-

lista” se convirtieron en obstáculos formidables para la supervivencia de la dominación política directa de la clase obrera.

Por otra parte, la debilidad de la civilización moderna —el bajo nivel de preparación cultural y técnica, la falta de experiencia en el autogobierno político de la clase obrera y las capas bajas de la pequeña burguesía— limitan la política revolucionaria del proletariado victorioso a un círculo de posibilidades cada vez más estrecho. A ambos lados, tanto el objetivo como el subjetivo, se levantan barreras insuperables en el camino de la construcción del socialismo en los países atrasados.

A estas limitaciones que surgen del pasado y del presente del subdesarrollo, hay que añadir el hecho, incluso más importante, de que los países relativamente atrasados no pueden ser considerados aislados de su forma específica de inserción en el mercado capitalista mundial, del mundo como un todo. Sería por supuesto excesivo decir que, ya antes de 1914, Trotsky había elaborado todos los argumentos que utilizaría a mediados de los años veinte contra la teoría de la “construcción del socialismo en un solo país”. Pero se desprende claramente de sus escritos de 1905-06, de igual manera que de sus escritos de la Primera Guerra Mundial, que estaba profundamente preocupado por los cambios introducidos por la aparición del imperialismo en las relaciones entre los países atrasados y las naciones desarrolladas, y la dinámica terrorífica del imperialismo, tanto en la esfera económica con sus diferentes implicaciones, como en la esfera política con sus consecuencias militares.

Incluso en el caso de que la clase obrera de un país dado fuese capaz de derrocar el poder semifeudal o burgués del estado, sería incapaz de escapar a la presión del capitalismo mundial en un triple sentido. Primero, la presión seguiría estando presente en el terreno político-militar. El capitalismo nunca dejaría de intentar recuperar esa parte del mundo donde, como resultado de una revolución socialista victoriosa, no podría seguir apropiándose directamente de la plusvalía (es decir, invertir y acumular capital). El capitalismo tiende, por su misma naturaleza, a expandirse, expandirse y expandirse hasta que abarque todo el mundo. Cuando se le hace retroceder, no se resigna nunca por sí mismo a esta situación; y en la mejor de las hipótesis, sólo puede ser obligado a aceptar una tregua temporal e insegura. Una presión político-militar implica amenazas de guerra y reconquista, intentos

de subversión, y el inicio o apoyo de guerras civiles. Ello impone a las revoluciones socialistas victoriosas la ineludible necesidad de una autodefensa militar, es decir, la construcción y mantenimiento de fuertes fuerzas armadas. El coste económico de semejantes instituciones militares es mayor cuanto más relativamente atrasado y pobre sea el país en cuestión. Y el coste político, ideológico y moral también puede convertirse (no inevitablemente pero sí al menos potencialmente) en un obstáculo formidable para la aparición de una verdadera sociedad sin clases.

La segunda forma de presión reviste un carácter directamente económico. El atraso real de los países en los que primero triunfaron revoluciones socialistas, los sometió a la presión constante de las mercancías más baratas y de la tecnología más avanzada del mercado capitalista mundial. Podían defenderse en un plazo inmediato manteniendo el monopolio estatal del comercio exterior, complemento indispensable de la socialización de los medios de producción (aun en su forma más baja: la nacionalización) pudiendo de esta forma asegurar que el desarrollo económico de las sociedades post-capitalistas no estará dominado ya por la ley del valor, es decir, que el imperialismo no podrá imponer un modelo de desarrollo que concuerde con sus propios intereses. Sin embargo, esta autodefensa no implica que puedan eliminarse los efectos laterales indirectos de la presión del mercado mundial dentro de las economías socializadas, o que la presión pueda desaparecer del todo.

Disfrutando las tremendas ventajas de una división internacional del trabajo, el mercado capitalista mundial retendrá durante un período indefinido una productividad del trabajo más alta. Forzará así a las economías socializadas, incluso bajo las circunstancias más favorables de un auténtico poder obrero en la economía y el estado, a combinar la tarea de reconstrucción social sobre la base de la igualdad, la fraternidad y la solidaridad entre todos los oprimidos, con la tarea de competir con un sistema social extraño, impulsado por su misma naturaleza a un crecimiento anárquico, caótico y discontinuo, pero también explosivo. La reconstrucción social tendrá que combinarse con la “acumulación primitiva socialista” seguida de una “acumulación socialista ampliada” —con todas sus duras e ineludibles constricciones a la misma reconstrucción social. Las mercancías baratas y la tecnología más avanzada del capitalismo parecerán ser obstáculos todavía más poderosos en

la “construcción del socialismo en un solo país” que los potentes ejércitos, marinas y fuerzas aéreas del imperialismo.

La tercera forma de presión, que se deriva de las dos anteriores, es la presión social y psicológica. La aparición de la sociedad socialista, aunque depende ante todo de un cierto número de precondiciones, conlleva también una transformación radical de la psicología, los hábitos, la manera de pensar, de la conducta y motivaciones del hombre y la mujer corriente —en otras palabras, una gigantesca revolución cultural (un término que, incidentalmente, acuñó Trotsky cuarenta años antes que lo utilizara Mao Tse-tung)—. Para poder llevar a cabo estos cambios radicales, es necesario crear un medio favorable caracterizado por el desarrollo de las fuerzas productivas, la elevación del nivel de vida, la satisfacción de las necesidades materiales básicas, el incremento de los “sueldos sociales” en relación con los sueldos individuales (la satisfacción social directa de un número cada vez mayor de necesidades, independientemente del esfuerzo productivo individual). El fortalecimiento no del sistema de recompensas y castigos materiales individuales (pérdidas y ganancias calculadas en dinero y mercancías), de incentivos y frenos, sino de la fe en la capacidad de la cooperación social y la solidaridad para satisfacer todas las necesidades básicas materiales de una forma igualitaria; ésta es la precondición indispensable si se quiere reemplazar la tendencia secular al enriquecimiento individual y el auto- engrandecimiento por la cooperación fraternal y la solidaridad como bases de la conducta cotidiana de la gran mayoría de los hombres y mujeres. (Que ello es posible y no una utopía lo demuestra el hecho que la tendencia hacia el enriquecimiento individual no es en sí producto de la naturaleza humana sino de específicas circunstancias socio-económicas —la aparición de la producción mercantil y de la economía de mercado—. Estas circunstancias están determinadas históricamente; no han coexistido con la humanidad durante cientos de miles de años, y por lo tanto no durarán siempre.)

No obstante, en tanto que predominen en la mayor parte del mundo otras condiciones socio- económicas de las que no pueden permanecer aisladas las economías socializadas; en tanto que una parte de los países capitalistas disfruten inevitablemente niveles de vida más altos sobre la base de su adelanto histórico en el desarrollo industrial y su productividad media de trabajo; en tanto que se asocien nive-

les de vida más altos con modelos consumistas que no conducen a la aparición del “hombre socialista”, seguirá habiendo una presión muy fuerte a imitar y seguir estos modelos de comportamiento dentro de las economías socializadas, con todas las distorsiones psicológicas, sociales, políticas y económicas que se desprenden de ello.

Dado que las revoluciones socialistas no pueden transformar los países relativamente atrasados en sociedades socialistas completamente desarrolladas, ¿hay que concluir que el proletariado victorioso y su partido dirigente no tienen otra alternativa que lanzarse a una aventura desesperada (una guerra revolucionaria para extender la revolución socialista a escala mundial) para no perder sin remedio alguno el poder? Contrariamente a lo que algunas veces se ha afirmado,² ésta jamás fue la posición de Trotsky. Aunque el problema no se llegó a plantear en términos concretos antes que los bolcheviques conquistasen realmente el poder en la Revolución de Octubre, a comienzos de los años veinte se fue convirtiendo cada vez más en el punto esencial de división entre los comunistas. Y la respuesta de Trotsky fue inequívoca: el proletariado victorioso tenía que hacer todo lo posible para permanecer en el poder y evitar la restauración del capitalismo, pero utilizando solamente una política y unos medios compatibles con el objetivo de construir una sociedad sin clases, y capaces de acercar y no de alejar a la sociedad de él. Ello no sólo implicaba que el estado obrero tenía que mantener su capacidad de autodefensa militar, y explotar las contradicciones entre los gobiernos burgueses, utilizando todas las maniobras diplomáticas compatibles con el aumento de la autoconfianza y la capacidad de lucha del proletariado mundial. También suponía impulsar vigorosamente el desarrollo de la economía nacional del país que había derrocado al capitalismo, de tal forma que se reforzase el peso del proletariado en la sociedad: su número, su preparación técnica, su nivel cultural, su conciencia política y su capacidad para dirigir el estado y la economía.

No era una ruptura utópica con el marxismo. Era el inicio de un nuevo capítulo gigantesco en la teoría y la práctica marxistas. ¿Cuáles son las tareas de las revoluciones victoriosas que permanecen temporalmente aisladas en un medio capitalista hostil? ¿Deben intentar ganar un margen de respiro hasta que se realicen nuevos avances de la revolución socialista en otras partes? ¿Qué deben hacer du-

rante este respiro? Trotsky era perfectamente consciente de las constricciones económicas, sociales y políticas que limitaban las opciones abiertas a un proletariado victorioso en estas condiciones. El abandono voluntario del poder a la clase enemiga sería un acto de traición, mientras que el intento de completar la construcción de una sociedad sin clases dentro de los estrechos límites nacionales sería un sueño imposible, utópico y reaccionario que acarrearía consecuencias desastrosas. Pero entre estas dos opciones extremas quedaban otras muchas, a pesar de la cantidad de limitaciones adicionales que implicarían. Desde luego ningún fatal determinismo económico hizo del estalinismo la consecuencia inevitable de las condiciones materiales existentes en los años veinte en Rusia.

Una política distinta en el terreno económico, social y cultural hubiera producido también una correlación entre las fuerzas sociales diferente dentro de la URSS, correlación que hubiera hecho imposible el estalinismo. Sobre todo, si la Internacional Comunista hubiera adoptado una táctica y una estrategia alternativas, en vez de depender cada vez más de la fracción estalinista del PCUS como la representación política de la burocracia soviética, habría creado una situación internacional fundamentalmente diferente para la supervivencia de la Revolución Rusa, con repercusiones decisivas en su desarrollo interno. Ni la derrota de la segunda Revolución China, ni la victoria de Hitler, ni la carrera sonámbula de la humanidad hacia la Segunda Guerra Mundial estuvieron predeterminadas desde comienzos de los años veinte, o la muerte de Lenin.

En otras palabras, la predicción de Trotsky de que los países relativamente atrasados no serían nunca capaces de “construir el socialismo” solamente con sus propios esfuerzos, no fue de ninguna forma una recaída en el determinismo económico mecanicista y fatalista con el que había tenido que romper para formular la teoría de la revolución permanente. Por el contrario, se basaba en la misma aplicación audaz de la ley del desarrollo desigual y combinado a escala mundial. El proletariado victorioso, al derrocar el capitalismo en su eslabón débil, en un país tan importante como Rusia, cambiaría el equilibrio mundial entre las fuerzas sociales y políticas de tal forma que daría un impulso tremendamente poderoso al proceso de la revolución socialista mundial. Situaría así a un nivel más alto y en un marco geográfico más amplio la prueba decisiva de fuerza entre las clases sociales funda-

mentales enfrentadas activa y conscientemente, la burguesía y el proletariado aliado con todos los sectores oprimidos y explotados de la sociedad. La revolución socialista comenzaría a escala nacional, pero se extendería internacionalmente. Y terminaría triunfando o siendo derrotada a largo plazo a escala mundial.

Las consecuencias negativas del “socialismo en un solo país”, de la degeneración burocrática del Comintern y su subordinación a los intereses particulares de la burocracia soviética, jugaron un papel clave al provocar derrotas decisivas de la clase obrera internacional, y socavar por lo tanto la defensa de la URSS.

¿Puede decirse, por lo tanto, que la victoria de la revolución socialista en los países relativamente atrasados representa objetivamente, en ausencia de una rápida victoria de la revolución mundial, una vía no-capitalista para la industrialización y la modernización de los países en los que la vía capitalista ha sido bloqueada? En un cierto sentido es verdad, y proporciona una nueva justificación histórica a estas revoluciones. (Sin embargo, de ninguna manera justifica a la burocracia que gobierna en estos países, o los crímenes que han cometido contra sus propios oprimidos y los de otros países.) Trotsky rechazó expresamente la idea de que los pueblos de estas naciones debían esperar hasta que los obreros de los países avanzados hubieran hecho su revolución, y mucho menos que se empantanasen a medio camino entre el capitalismo y el socialismo.³ Pueden alcanzar tremendos progresos; es más, lo han hecho, incluso si no han podido construir solos una comunidad socialista.

Pero el aislamiento de la revolución en los países relativamente atrasados no es una fatalidad. Está íntimamente unido a los efectos contradictorios que han tenido en el movimiento obrero internacional las primeras victorias de la revolución. Las consecuencias de este aislamiento combinan estos efectos con las formas específicas de poder político que han surgido en estos países. Sólo si estudiamos todos estos elementos en su interrelación podemos comprender qué ocurrió concretamente, y podremos superar la idea de que las cosas tienen que producirse de esa, y solamente de esa, forma.

NOTAS

1. Incluyéndola en sus argumentos clave contra Trotsky, Stalin y los estalinistas habían lanzado contra él la acusación de “negar” (o “subestimar”) las energías internas del proletariado ruso (o de la revolución rusa). Pero ¿cómo es posible conciliar tal “subestimación” con el hecho de que Trotsky fuera el primero en proponer que ese mismo proletariado debía tomar el poder? Para una reciente repetición de ese argumento, ver Kostas Mavrakis, *On Trotskyism*, Londres, 1976, pp. 25-40

2. Lenin über Trotzki, Frankfurt, 1969, p. 9.

3. Ver el Manifiesto de la Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional de mayo de 1940: “Por lo mismo de que crea enormes dificultades y peligros para los centros metropolitanos imperialistas, la guerra abre amplias posibilidades para los pueblos oprimidos. El rugir de los cañones en Europa anuncia la aproximación de la hora de su liberación... Tan sólo la lucha revolucionaria directa y abierta de los pueblos esclavizados puede despejar el camino de su emancipación... La perspectiva de la revolución permanente no significa en ningún caso que los países atrasados deban esperar la señal de los países avanzados, ni que los pueblos coloniales deban esperar pacientemente a que el proletariado de los centros metropolitanos los libere. ¡Ayúdate a ti mismo! Los obreros deben desarrollar la lucha revolucionaria en todo país, colonial o imperialista, donde se hayan dado condiciones favorables, y, a través de ello, ofrecen un ejemplo a los obreros de otros países.” (Manifiesto of the Emergency Conference of the Fourth International, en *Writings of León Trotsky 1939-1940*, Pathfinder Press, Nueva York, 1973, pp. 202, 206.) (Incl. en León Trotsky, *Escritos 1939-1940*, Pluma, Bogotá.)



La revolución mundial



Debido a una correlación de fuerzas económica, social y política única, Trotsky concluyó que el proletariado de los países relativamente atrasados sería capaz de conquistar el poder antes que el proletariado de los países más avanzados y antes de que la burguesía de esos países relativamente atrasados hubiera ejercido plenamente el poder estatal. Sin embargo, por la misma razón de su relativo atraso, el proletariado victorioso no puede, sólo con sus propias fuerzas, construir una sociedad socialista completamente desarrollada en estos países, es decir una sociedad

sin clases. Tuvo la oportunidad histórica de iniciar un proceso concreto de revolución mundial: extender la revolución socialista a los países industrializados más avanzados que, junto a las primeras revoluciones victoriosas, hubieran tenido los necesarios medios económicos y sociales para dar un salto decisivo hacia la sociedad socialista.

En otras palabras, era unilateral, mecanicista y por lo tanto parcialmente erróneo el plantear el problema como los marxistas tradicionales lo habían hecho: ¿Está Rusia “madura para el socialismo”? El planteamiento correcto era examinar si el mundo estaba maduro para el socialismo, y cómo la inserción concreta y contradictoria de Rusia en ese mundo desencadenaba una doble dinámica específicamente revolucionaria: interna e internacionalmente.

De esta forma, la contradicción aparentemente presente en los dos primeros pasos de la argumentación —¿por qué conquistar el poder si éste no permite realizar los objetivos históricos? — se resuelve dialécticamente.

Contrariamente a una leyenda que desaparece lentamente, este método básico de abordar el problema no era de ninguna manera específicamente “trotskista”. Era compartido en gran parte por todos los marxistas de izquierda, antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial. Parvus, dentro de los límites de su concepción de un gobierno social-demócrata para Rusia, había formulado la misma idea con un rigor incluso superior al de Trotsky. Rosa Luxemburg la compartió ampliamente en el período 1905-14, y la apoyó abiertamente entre 1917 y 1918; y Lenin y la dirección bolchevique eran aún más claros en 1914 y especialmente en 1917. Basta con referirse a la obra de Lenin ¿Conservarán los bolcheviques el poder? escrita en 1917, y “Del derrocamiento del zarismo al derrocamiento de la burguesía” de Bujarin, escrita en 1918. Incluso Kautsky y Mehring, al menos bajo la presión del entusiasmo despertado por la revolución rusa de 1905, se expresaron de una manera parecida, sino idéntica. Sólo el tremendo declive de la cultura tradicional marxista, un proceso unido al reformismo, al estalinismo y a décadas de derrotas y retrocesos del movimiento obrero, pudo hacer desaparecer estas posiciones, evidentes en sí mismas, de la conciencia de los trabajadores avanzados, presentándolas como el *point d'honneur* de una corriente “sectaria” llamada “Trotskismo”.

Trotsky tampoco identificó nunca el concepto de revolución mundial con un acontecimiento único cataclísmico, una especie de “revolución simultánea” que estallase en todos los países del mundo o por lo menos en los más importantes. Por el contrario, la revolución mundial era para él un proceso eminentemente concreto que se desarrollaba a partir de las contradicciones internas del capitalismo mundial (tanto del sistema imperialista como de la propia sociedad burguesa), pero de un capitalismo mundial estructurado en estados específicos, con diferentes poderes estatales, que la clase obrera y sus aliados tenían que derrocar. Trotsky, que comprendió que la contradicción entre el nivel de las fuerzas productivas y la supervivencia del estado-nación burgués (o de estados pre-burgueses con problemas nacionales explosivos) era una de las principales contradicciones del capitalismo decadente, evitó correctamente sacar la conclusión de que los estados pre-burgueses con problemas nacionales explosivos) como marco de la lucha social y política. Por el contrario, la conclusión lógica era que crisis sucesivas se desarrollarían en toda una serie de estados nacionales, ofreciendo mayores oportunidades de victoria al proletariado y a su vanguardia revolucionaria. La revolución mundial avanzaría a través de esta vía concreta: “...la revolución internacional... es una cadena, aunque discontinua, de revoluciones nacionales, cada una de las cuales alimenta a las otras con sus triunfos y a la vez sufre con sus fracasos”.

El concepto de Trotsky de la revolución mundial como un proceso concreto, que fue ampliamente incorporado a los documentos programáticos de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista (y al que probablemente sería más correcto llamar el concepto de Lenin y Trotsky, ya que Lenin hizo innumerables contribuciones, mientras que a Trotsky le corresponde el mérito histórico de haberlo formulado por primera vez), es el punto central de diferentes análisis teóricos, que corresponden a las transformaciones reales sufridas por el capitalismo mundial desde el período abierto en 1905, o como muy tarde desde la Primera Guerra Mundial.

Esta noción de la revolución mundial se encuentra apuntalada obviamente por el concepto de la economía mundial y la lucha de clases como una totalidad sometida al desarrollo desigual y combinado. A pesar de que el mismo Trotsky nunca elaboró una teoría detallada del imperialismo, estando fuertemente influenciado

por los estudios económicos de Parvus sobre los cambios ocurridos con el nuevo siglo, defendió resueltamente este concepto desde 1905 hasta el final de su vida. En la Crítica al Programa del Comintern de 1928 se encuentra elaborado de forma maestra y es difícil de comprender cómo alguien todavía es capaz de negar su validez. Se podría decir que, con la posible excepción del concepto de Marx de la determinación económica de la lucha de clases y de la lucha política, difícilmente ninguna idea innovadora de origen no-burgués ha sido tan ampliamente asimilada después de medio siglo como lo ha sido esta idea básica de Trotsky, a pesar de que, digámoslo de pasada, no se le reconocen la mayor parte de las veces sus derechos de autor.

Cualquier cambio radical del equilibrio temporal en una parte del sistema, del equilibrio de fuerzas entre las clases dentro de un país, del equilibrio entre las potencias imperialistas, del equilibrio entre el imperialismo y sus colonias en el caso de una sola potencia, del equilibrio entre el desarrollo de la producción y el desarrollo del mercado, del equilibrio entre la acumulación del capital y el aumento de la masa de plusvalía, o en un plano un poco diferente, del equilibrio entre el movimiento de masas y los aparatos burocráticos conservadores que normalmente lo encauzan y controlan, el más pequeño cambio radical en uno de estos equilibrios tiene repercusiones en todo el sistema. Y produce toda una serie de ondas de choque que acelerarán el proceso revolucionario en toda una serie de países inimaginables. Para nombrar sólo dos ejemplos entre los procesos recientes más sorprendentes: a) la interacción entre las luchas de liberación nacional en Angola, Mozambique, Guinea-Bissau, el derrocamiento de la dictadura portuguesa, la concesión de independencia a las excolonias portuguesas, la extensión de la lucha de liberación en Angola y Mozambique a Zimbabwe, y la extensión también de la lucha en Portugal a España; y b) el impacto generalizado de la recesión económica de 1974-75 en la aceleración del proceso revolucionario en Irán.

Este método de abordar el problema está lejos de cualquier generalización simplista. Implica la necesidad de un análisis detallado de la economía mundial y sus fluctuaciones; de la forma en que cada país capitalista específico se relaciona y se integra en ella; del diferente impacto de las fluctuaciones precisamente en función de las especificidades de cada uno de los países; de la correlación de fuerzas gene-

rada históricamente entre el capital y la clase obrera (y otras clases sociales) en cada país; de los factores implicados en cualquier cambio repentino en esta relación de fuerzas; de las formas específicas de vida y de lucha política en cada uno de los países en un momento dado de su desarrollo histórico, formas que son el resultado de todos los factores previamente mencionados; de la forma específica del movimiento obrero nacional, de sus diferentes componentes, de su dinámica y su relación con la lucha de clases internacional; y de otros por el estilo. El mismo Trotsky, de una forma maestra, aplicó este análisis a una serie de países específicos: los ejemplos más destacados son la Rusia zarista, Gran Bretaña a mediados de los años veinte, Alemania a finales de los veinte y comienzos de los treinta, Francia y España a mediados de los treinta. Incluso contribuciones más pequeñas, como las que se refieren a Estados Unidos en los años treinta, siguen siendo asombrosas por su capacidad de visión, por su combinación de lo abstracto y lo concreto, lo general y lo particular, de lo histórico y lo coyuntural, por su dominio del pasado y su intuición del futuro.

Estrechamente relacionado con este concepto del capitalismo mundial como una totalidad orgánica pero estructurada se encuentra el concepto de su decadencia histórica, iniciada con la Primera Guerra Mundial. Resumiremos de una forma muy general este concepto en la siguiente perspectiva histórica global: desde la Primera Guerra Mundial, la función civilizadora (progresiva) del modo de producción capitalista ha disminuido frente a sus tendencias regresivas y la barbarie; y periódicamente, las fuerzas productivas que libera se transforman en fuerzas destructivas con un poder y unas consecuencias cada vez más terribles. Dos guerras mundiales, el fascismo y la amenaza nuclear son el resumen de este cambio de la tendencia histórica.

La Primera Guerra Mundial, especialmente, fue concebida como una línea divisoria, no sólo por Trotsky y Rosa Luxemburg, sino también por Lenin y toda la izquierda socialista (internacionalista) de la época. Hoy más que nunca, su juicio debe de considerarse correcto. Basta con señalar un aspecto de esta regresión histórica. La lista horrible de crímenes cometidos en las guerras coloniales de conquista del siglo XIX, para no hablar de la exterminación sistemática de los indios en América del Norte, Argentina y otras partes; y la carrera de armamentos que pre-

cedió a la Primera Guerra Mundial (es más, la guerra hubiera sido imposible sin esta carrera de armamentos). Pero la Primera Guerra Mundial marca claramente un cambio cualitativo decisivo a este respecto. El tremendo aumento de la violencia, la militarización de la sociedad, la restricción de las libertades individuales, el racismo y el chovinismo relacionados con la guerra, extendieron por todo el mundo de una manera cualitativamente más alta una serie de tendencias repugnantes que habían estado presentes en la sociedad burguesa desde sus comienzos. El mundo ha vivido con ellas desde entonces. En este sentido, todas las catástrofes que han caído sobre la Humanidad — Hitler, Stalin, Auschwitz, Hiroshima, la carrera permanente de armamentos, el hambre en el llamado Tercer Mundo, la amenaza de una aniquilación nuclear— tienen su origen inmediato en la Primera Guerra Mundial, si bien sus raíces más profundas se hunden por supuesto en la misma naturaleza de la expansión y la competencia capitalistas.

Entre los internacionalistas que percibieron claramente este giro, y que denunciaron la guerra imperialista desde el primer día, Trotsky fue uno de los más destacados: fue él quien redactó el famoso Manifiesto de la Conferencia de Zimmerwald, el primer encuentro internacional de los socialistas que se oponían a la guerra. Su violento ataque contra los “social-patriotas”, aquellos socialistas que se pasaron al campo de quienes apoyaban la guerra bajo el pretexto de la “defensa nacional”, estuvo motivado especialmente por el hecho de que cualquier asociación del movimiento obrero con las formas más extremas de decadencia capitalista haría desaparecer cualquier esperanza de una salida positiva a la crisis mundial. La víspera de la guerra, incluso un socialista relativamente moderado como Jean Jaurés había afirmado claramente en sus famosos discursos en el Congreso de Bâle de la Internacional Socialista que si los capitalistas precipitaban criminalmente a la humanidad en una carnicería en la que se destruyen millones de vidas y los resultados morales de décadas de civilización, el deber del movimiento obrero sería convertir el descontento y la indignación que la guerra provocaría más tarde o más temprano en una poderosa palanca para el derrocamiento revolucionario del capitalismo. Lenin resumió más tarde este mismo planteamiento en su famosa fórmula: convertir la guerra imperialista en una guerra civil (por la conquista del poder por la clase obrera). La oposición apasionada contra las guerras imperialistas

(y coloniales) como crímenes horribles contra la humanidad no era razón para que los marxistas revolucionarios no las considerasen a la vez como la expresión extrema de la crisis del capitalismo, que podría conducir a la revolución mundial.¹

El concepto del modo de producción capitalista como una época de decadencia histórica no coincide necesariamente con el de una decadencia absoluta de las fuerzas productivas (es decir, de la producción material, incluyendo el número y la preparación técnica de la clase obrera). Ni siquiera en el caso de la decadencia histórica del modo de producción feudal fue así. Ahora bien, Trotsky no fue siempre claro con respecto a este problema, especialmente en el famoso pasaje del Programa de Transición* de 1938 en el que mantiene explícitamente lo contrario. Pero debemos considerar este pasaje más como una descripción de lo que realmente ocurrió entre 1914 y 1939, cuando esta decadencia era un hecho innegable, que como una predicción a largo plazo del futuro.² En sus análisis históricos más minuciosos, especialmente en su informe al Tercer Congreso del Comintern en 1921, y su Crítica al Programa del Comintern de 1928, Trotsky elabora su posición de una forma más acabada y correcta.³ Este importante problema teórico tiene varias implicaciones de primer orden. Porque si hubiera habido una decadencia lineal absoluta de las fuerzas productivas humanas y materiales desde la Primera Guerra Mundial, decadencia que se mantendría durante un período indefinido de tiempo, entonces las posibilidades para la revolución mundial y el socialismo mundial serían cada vez menos favorables después de que se hubieran perdido las primeras batallas importantes, y las precondiciones para el socialismo mundial se deteriorarían por lo tanto constantemente. Felizmente, la historia ha demostrado que no era así.⁴ Y el mismo Trotsky no hubiera dejado de estar dispuesto a aceptar el veredicto de la historia.

Estrechamente relacionado con el concepto de la revolución mundial como un proceso concreto se encuentra el de la lucha de clases como un ciclo relativamente autónomo,⁵ es decir, el desarrollo gradual de la fuerza, la militancia, la confianza en sí misma y la conciencia de la clase obrera desde fuertes explosiones como las huelgas políticas de masas, las huelgas generales, o incluso insurrecciones, hasta crisis revolucionarias en el auténtico sentido de la palabra. De nuevo tenemos una

asombrosa confirmación de cómo la teoría marxista fue desarrollada de una forma creativa por los grandes marxistas del siglo XX.

Marx correlacionaba aún estrictamente las revoluciones proletarias con las crisis económicas de sobreproducción. Si bien esta correlación era en gran medida válida en la época del capitalismo pre-imperialista, la relación precisa se hizo mucho más compleja con el imperialismo y la época de decadencia del capitalismo. (Sin embargo, incluso desde entonces, no se puede dejar de lado toda correlación entre el ciclo económico y el ciclo de la lucha de clases sin romper realmente con el marxismo.) Al identificar esta relación, es absolutamente necesario hacer un detallado análisis de los ascensos y reflujos de la lucha de clases en el siglo xx en los sectores más importantes de la clase obrera internacional. Trotsky nunca sistematizó este análisis. Pero sus elementos clave están presentes en muchos de sus escritos coyunturales sobre la lucha de clases en Rusia, Alemania, Gran Bretaña, Francia, España, China y otros países.

En el concepto de un ciclo relativamente autónomo de la lucha de clases, encontramos igualmente un nuevo ejemplo de la ruptura decisiva de Trotsky con cualquier forma de determinismo económico mecanicista. Rechazó como un sin sentido la noción de que cuanto peor fuese la situación de la clase obrera (a más bajo nivel de vida, mayor miseria), mayores serían las oportunidades para la revolución (mundial); así atacó duramente los errores ultraizquierdistas del Comintern, tanto en 1920-21 como en 1929-34. Señaló además que los ascensos de la lucha de clases generalmente coinciden con cambios bruscos del clima económico (la transición de crisis a etapas de recuperación, o de booms a crisis) en vez de con fases de aguda crisis y paro. La razón es obvia. El paro masivo debilita a la clase obrera, al menos desde el punto de vista de su capacidad de movilización sobre una base económica. Sólo bajo condiciones de extrema radicalización política y tensión, de extrema debilidad del poder de la clase capitalista y presencia de un poderoso partido revolucionario de masas (como el que existía en Alemania en 1923, probablemente el único ejemplo de este tipo) pueden coincidir un aumento de las oportunidades revolucionarias y un desempleo generalizado.

El concepto de un ciclo relativamente autónomo de la lucha de clases está relacionado a través de toda una serie de eslabones de mediación con el concepto de

la revolución mundial como un proceso concreto. En primer lugar, implica que, incluso en la época de decadencia del capitalismo, la revolución no está siempre al orden del día en cada país capitalista. Por el contrario, las oportunidades se presentan sólo periódicamente: cuando la crisis general de la sociedad burguesa y la crisis creciente del estado burgués coincide con una generalización y radicalización cada vez más fuertes de las luchas de la clase obrera y un rápido ascenso de su conciencia de clase. Si ello ocurre realmente en un país dado es un problema que no puede ser resuelto a través de la especulación sino del análisis concreto de la situación concreta. Trotsky, siguiendo a Lenin, incluyó entre las fuerzas desencadenantes de la crisis revolucionaria fenómenos tan diversos como dificultades económicas, crisis monetarias, crisis políticas, crisis militares (derrotas en la guerra, guerras coloniales, resistencia de masas contra la guerra o sus preparativos) e incluso, si se dan unas condiciones específicas, resultados electorales.

Sin embargo, el concepto del carácter periódico de las crisis revolucionarias incluye también la noción de su relativamente corta duración; de ahí el papel decisivo de las iniciativas del partido revolucionario para poner fin a esta fase de aguda polarización entre fuerzas de clase antagónicas a través de la victoria de la revolución; de ahí también la posibilidad de una salida alternativa, la estabilización, aunque sólo sea temporal, del orden capitalista. Trotsky elaboró esta idea especialmente en sus Lecciones de Octubre* y en el segundo volumen de su magistral Historia de la Revolución Rusa. Pero recorre también como una línea roja sus análisis sobre los ascensos concretos de la lucha de clases en países específicos.

Relacionada con ella en el pensamiento de Trotsky se encuentra la idea de que sólo en circunstancias excepcionales puede la clase obrera superar en su totalidad o casi en su totalidad su heterogeneidad innata. Esto implica que las diferentes capas del proletariado se integran y abandonan la lucha en momentos diferentes normalmente, luchando con una intensidad y durante períodos de tiempo diferentes. Desde luego, todos estos factores socio-psicológicos suponen fuertes obstáculos al asalto generalizado contra el orden burgués.

Encontramos aquí una nueva confirmación de la ley del desarrollo desigual y combinado, principal forma de Trotsky de aplicar la dialéctica para la comprensión y transformación de la realidad contemporánea. Trotsky hizo así los análisis

más refinados sobre las especificidades nacionales de la estructura social, de las contradicciones de clase y de la lucha de clases de cada uno de los países capitalistas que estudió. Al mismo tiempo, relacionó constantemente este análisis con el lugar que ocupa cada país en el sistema capitalista mundial como totalidad, y las consecuencias que una victoria, o una derrota, de la revolución en un país tendría sobre el sistema como un todo.

Esta combinación da lugar a dos nuevas nociones relacionadas: primera, que la lucha de clases puede, en ciertas coyunturas y en ciertos países, provocar un giro decisivo en la situación mundial (y hoy es difícil negar que Trotsky estaba en lo cierto de forma extraordinaria en sus sucesivas aplicaciones de este juicio a: Rusia en 1917, Alemania en 1918, 1923 y 1930-33, China en 1925-27, Francia en 1934-37, España en 1936-37); y segunda, que las situaciones nacionales específicas de madurez excepcional para un cambio revolucionario están en función no sólo de la especificidad nacional, sino también y más especialmente en función de la inserción específica de cada país en la economía y la política mundiales.

En otras palabras, el proceso de la revolución mundial, si bien es la concatenación de luchas de clases “nacionales” que alcanzan un punto explosivo, posee al mismo tiempo una unidad orgánica en sí, y que no es sino la otra cara de la unidad orgánica del mercado capitalista mundial. De esta unidad se desprende una internacionalización cada vez mayor de las fuerzas productivas, de las operaciones del capital, y por lo tanto de la lucha de clases. Esta creciente internacionalización de la lucha de clases —lo que no implica ni una unificación mecánica ni una sincronización perfecta— produce no sólo guerras internacionales sino también revoluciones internacionales (es decir, revoluciones que se extienden rápidamente de un país a otro), contrarrevoluciones internacionales y guerras civiles internacionales.

El internacionalismo consecuente de Trotsky hundía por lo tanto sus raíces no sólo en la repulsa política y moral del nacionalismo y de la colaboración de clases que necesariamente implica. Se desprende lógicamente de su comprensión de la tendencia hacia la internacionalización de las fuerzas productivas y la lucha de clases. Expresa su profunda convicción de que la explosiva contradicción entre la supervivencia de la nación-estado y la dinámica internacional de las fuerzas producti-

vas (una de las primeras fuentes de las guerras mundiales, el fascismo y de todos los peligros que amenazan con destruir la civilización moderna) sólo puede ser superada a través de la lucha del proletariado por la revolución mundial y la federación mundial de repúblicas socialistas. La burguesía no puede desde luego alcanzar una federación mundial ya que su defensa de la propiedad privada la encadena a la competencia.

Cuando Trotsky predijo, siguiendo a Parvus y anticipándose un poco a Rosa Luxemburg, que la futura revolución rusa se extendería a Occidente, y en primer lugar a Alemania, no partió de una intuición sino de la valoración del impacto que tendría sobre la clase obrera con el nivel medio más alto de conciencia de clase la victoria de la revolución socialista, una clase obrera que se enfrentaba con el menos flexible de los aparatos de estado burgueses (porque no era aún “puramente” burgués). La maduración de la rivalidad interimperialista concentraba un gran número de contradicciones mundiales en el país que, a pesar de estar a la cabeza desde el punto de vista del movimiento obrero organizado, no podía convertirse en una potencia imperialista de primer rango.

Podríamos multiplicar el número de ejemplos que demuestran cómo el proceso concreto de la revolución mundial tal y como lo concibió Trotsky es al mismo tiempo una serie de revoluciones “nacionales” y una reacción en cadena con orígenes y repercusiones internacionales. Pero aparte del análisis teórico, también está ahí la evidencia empírica. Si alguien duda de la realidad (¡y del realismo!) de la concepción de Trotsky, que medite sobre la siguiente lista de crisis revolucionarias que estallaron realmente después de la Revolución Rusa de 1905: Persia 1906-09, China 1911, México 1910-17, el ascenso irlandés de 1916, Rusia 1917, Alemania 1918, Austria 1918, Finlandia 1918, Polonia 1918-19, Baviera 1919, Italia 1919-20, Alemania 1923, China 1925-1927, Indonesia 1929, Indochina 1930, España 1931-34-36-1937, Francia 1936, Italia 1943-48, Yugoslavia 1941-45, Grecia 1944-45, Indochina 1945-54, Indonesia 1945-48, China 1947-49, Argelia 1954-62, Bolivia 1952, Cuba 1956-62, Angola 1962-76, Francia Mayo 1968, Chile 1970-73, Mozambique 1973-75, Portugal 1974-75, Etiopía 1974, Irán 1978... Esta lista está lejos de ser completa, y por lo menos deben de añadirse los inicios de revoluciones políticas en los estados obreros burocratizados: República Democrática Alemana

1953, Polonia 1956, Hungría 1956, República Socialista Checoslovaca 1967-69. ¿Puede haber alguna duda de que la revolución mundial es una realidad básica de nuestro siglo, de que vivimos en la era de la revolución permanente?

NOTAS

*Incluido en León Trotsky, *La revolución de octubre*, Fontamara, Barcelona, 1977.

1. Debido a su aguda percepción de esta relación entre guerra y revolución, Trotsky ha sido erróneamente acusado de desear realmente la guerra. Ya en 1915 señaló que, si bien las guerras podían acelerar o incluso precipitar las revoluciones, lo harían en unas condiciones mucho más desfavorables que un proceso revolucionario que madurase en condiciones de paz internacional. Durante las sesiones de la Comisión Dewey de Investigación sobre los Juicios de Moscú, Trotsky dio una respuesta todavía más categórica a acusaciones de este tipo.

* Publicado en: León Trotsky, *El programa de transición*, Fontamara, Barcelona, 2.a edición, 1981.

2. Cf. Lenin, “Imperialism, the Highest Stage of Capitalism”, en *Collected Works*, cit., vol. 22, p. 300. (V. Lenin, *Obras Completas*, Akal, Madrid.)

3. “Si concedemos (concedámoslo por el momento) que la clase obrera, en lugar de alzarse en lucha revolucionaria, otorga a la burguesía el regir los destinos del mundo por un largo período de años, por ejemplo dos o tres décadas, entonces, sin duda alguna, se establecerá alguna nueva especie de equilibrio. Europa se verá empujada violentamente en marcha atrás. Millones de trabajadores europeos perecerán por desempleo y malnutrición. Los Estados Unidos se verán obligados a reorientarse en el marco mundial, a reconvertir su industria, y a soportar restricciones por un período considerable. Luego, después de que, de este modo, se haya establecido, en la agonía, durante 15, 20 o 25 años, una nueva división mundial del trabajo, llegará quizá una nueva época de auge capitalista.” (Trotsky, “Report on the World Economic Crisis and the New Tasks of the Communist International” (“Informe sobre la crisis económica mundial y las tareas de la Internacional Comunista”), 1921, en *The First Five Years of the Communist International*, Nueva York, 1945, vol. 1, p. 211.) “Una situación tan inestable como aquella en que el

proletariado no puede tomar el poder mientras que la burguesía no se siente lo bastante firmemente dueña en su propia casa ha de resolverse abruptamente, tarde o temprano, en un sentido u otro, ya sea a favor de la dictadura del proletariado, ya a favor de una seria y prolongada estabilización capitalista a costa de las masas populares, sobre los huesos de los pueblos coloniales... ¡y quizá sobre nuestros propios huesos! “No existen situaciones absolutamente desesperadas.” La burguesía europea tan sólo puede encontrar una vía de perduración, escapando a sus graves contradicciones, a través de las derrotas del proletariado y de los errores de la dirección revolucionaria. Pero la inversa es igualmente cierta. No habrá nuevo auge del capitalismo mundial (naturalmente, con la perspectiva de una nueva época de grandes trastornos) tan sólo en el caso de que el proletariado sea capaz de encontrar una vía de salida del actual equilibrio inestable de la vía revolucionaria.” (Trotsky, “The Draft Programme of the Communist International” (“Proyecto de programa de la Internacional Comunista”) en *The Third International after Lenin*, Nueva York, 1970, p. 65. (León Trotsky, *La Tercera Internacional después de Lenin*, Akal, Madrid.) Toda esta problemática es estudiada en E. Mandel, *Late Capitalism*, New Left Books, Londres, 1975, pp. 216-221. (Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, ERA, México, 1980.)

4. Constituye un error paralelo el equiparar un nuevo auge de las fuerzas productivas con una prolongación de la vida del capitalismo mundial, es decir, con la imposibilidad de la revolución socialista. De un modo bastante extraño, el propio Trotsky adoptó, al menos en una ocasión, esta concepción “mecanicista marxista” derivada de la versión de Plejanov-Kautsky-Bauer del determinismo económico. (Véase “Whither Russia? Towards Capitalism or Socialism?” (“¿Adonde va Rusia? ¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?”) en *The Challenge of the Left Opposition*, Nueva York, 1975, p. 375. Este texto, escrito en 1925, contradice claramente los pasajes de 1921 y de 1928 citados en la nota 3.) El signo de que un modo de producción dado está en decadencia no es el hecho de que el auge de las fuerzas productivas haya cesado. Más bien se hace visible esta decadencia cuando las contradicciones entre el desarrollo productivo y el orden social existente (las relaciones de producción) se hacen cada vez más explosivas, cuando los fenómenos de destrucción, decadencia y despilfarro son cualitativamente mayores de lo que eran du-

rante el ascenso del modo de producción, y cuando la amenaza contra la civilización provocada por un nuevo auge de las fuerzas productivas es correspondientemente mayor. Esto ha ocurrido ya realmente en la historia, por ejemplo, en la Francia del siglo XVIII y en los veinte años que precedieron a la revolución en Rusia. Y esto es lo que se ha estado produciendo desde el comienzo del “boom” de posguerra de 1948-68 en el mundo capitalista.

5. Véase Trotsky, “The “Third Period” of the Comintern's Errors”, en *Writings of León Trotsky 1930*, Pathfinder Press, Nueva York, 1975, p. 32. (León Trotsky, *Escritos 1930*, Pluma, Bogotá.)



El proletariado y su dirección



La Revolución Rusa estalló y triunfó. Desencadenó un proceso internacional de revoluciones en Europa central, la más importante de las cuales fue la Revolución Alemana de Noviembre de 1918. Pero la Revolución Alemana fue derrotada. La Revolución Rusa quedó aislada en un país atrasado, cercada por un medio hostil imperialista. ¿Cómo puede explicarse, en términos marxistas, la paradoja de que mientras el objetivamente débil proletariado ruso triunfó, el objetivamente mucho más fuerte proletariado alemán fuera finalmente aplastado por la contrarrevolu-

ción (primero de una forma limitada en 1919, 1921, 1923 y más tarde de la forma más violenta posible con la conquista del poder por los nazis)?

Hay dos maneras básicamente diferentes de contestar esta pregunta. Para la tradición Kautsky-Bauer de determinismo económico, “la relación de fuerzas era aún muy desfavorable para el proletariado” en 1918-1919, y fue peor aún en los años que siguieron; la clase capitalista en Alemania era aún demasiado fuerte y su aparato de estado no había sido suficientemente debilitado por la derrota en la guerra. En particular, el apoyo internacional que había ganado de las potencias de la Entente significaba que la revolución socialista sería una aventura sin esperanzas condenada al bloqueo económico y el hambre. Las clases medias eran todavía básicamente conservadoras y tendían casi unánimemente a oponerse a la revolución. La misma clase obrera estaba insuficientemente organizada, y sobre todo demasiado dividida y carente de experiencia en la lucha revolucionaria, como para asumir la tarea de la reconstrucción socialista con alguna posibilidad de éxito.

En una variante particular “izquierdista” de este fatalismo determinista (o, sería más correcto decir, pseudo-izquierdista), la clase obrera alemana, al menos en su mayoría, es concebida como una “aristocracia obrera” enraizada internacionalmente y corrompida por las sobreganancias imperialistas, y por lo tanto (con la excepción de una minoría empobrecida o sectores marginales como los parados) socialpatriota, conservadora, reformista, y sin la menor inclinación revolucionaria.

La segunda posición comienza por señalar las numerosas falsedades históricas contenidas en la primera versión. Es simplemente falso que la mayoría de los obreros alemanes fuesen “conservadores”, estuvieran “desorganizados” y “no tendieran al socialismo” en el período 1918- 1923. Por el contrario, tan alto era su nivel de organización y tan fuerte su deseo de construir el socialismo, que los dirigentes del partido reformista socialdemócrata sólo pudieron desviarlos del establecimiento inmediato del poder soviético a través del engaño consciente y la superchería, proclamando que la revolución socialista había triunfado y que se había llevado a cabo también la socialización de la economía. Incluso a pesar de estas traicioneras maniobras, la mayoría de los obreros organizados transfirió rápidamente su lealtad de la dirección del SPD al centrista USPD, que era identificado con la dictadura del proletariado, y cuya mayoría se integró a su vez en la Internacional Comunista

en el invierno de 1920-1921. Hay también algunas evidencias, aunque controvertidas, de que la mayoría de los obreros sindicalizados se orientó hacia el comunismo en la crisis de 1923.¹

Tampoco es verdad que la burguesía y su aparato de estado fuesen tan fuertes en 1918-1919 como para no poder ser derrotados por una clase obrera bien organizada. De hecho, su debilidad fue tan pronunciada que permanecieron casi completamente inactivos durante las primeras semanas de la revolución, poniendo todas sus esperanzas en la dirección del SPD, Ebert, Scheidemann y Noske. Como la burguesía esperó, serían estos socialdemócratas de derecha quienes engañarían a los trabajadores para la reconstrucción de la república burguesa en vez de tomar el poder, y quienes estarían dispuestos a levantar un nuevo ejército represivo a partir de las fuerzas imperiales en desintegración. Como se demostró, estos cálculos eran correctos. Pero los sucesos subsiguientes demostraron también claramente que el gran capital alemán optó por esta solución debido no a su fuerza sino a su desesperada debilidad. Sin duda, la burguesía hubiera preferido no tener una república con un gobierno socialdemócrata. Aunque hizo todo lo que estuvo en su mano para escapar a este “mal menor” tan pronto como fuese posible: primero con medidas parlamentarias (entre 1920 y 1923, y entre 1923 y 1928, con un corto interregno en el verano y otoño de 1923); más tarde, después de 1930, de forma mucho más violenta y finalmente de una manera abiertamente terrorista.

La idea de que la Entente hubiera podido organizar con éxito el asedio por hambre de Alemania es igualmente dudosa. Una revolución socialista victoriosa en este país, después de la victoria de la Revolución Rusa, hubiera llevado con toda seguridad a la creación de un bloque geográfico que incluiría a Austria, Hungría, Italia y probablemente también Polonia.² Como Lenin señaló en su mensaje a los obreros alemanes, no había ninguna razón económica o geográfica por la que este inmenso bloque económico no pudiese ser autosuficiente en la producción y distribución de alimentos -especialmente con la industria y la tecnología alemanas aplicadas a la mecanización de la agricultura rusa. De hecho, la extensión posterior de la revolución, o al menos su poder de atracción entre los trabajadores franceses y británicos, hubiera hecho imposible políticamente para las potencias victoriosas en la Primera Guerra Mundial el llevar a cabo un bloqueo a largo pla-

zo de la revolución. De igual manera, los trabajadores europeos hubieran demostrado una capacidad de sacrificio similar a la de los trabajadores rusos, o, en tiempos más recientes, vietnamitas, convencidos como estaban de la legitimidad de su propia causa.

Por lo tanto, en realidad, no existe una explicación pura o estrictamente “objetiva” del fracaso de la revolución alemana en el período inmediato de posguerra. Y tampoco hay ninguna razón por la que las oportunidades de victoria que surgieron en 1920 y 1923 —y por última vez con el ascenso potencial de un frente único obrero contra el fascismo en 1930-1933— estuviesen “objetivamente” condenadas al fracaso. El secreto de estas derrotas no reside en la profunda solidez de las fuerzas productivas, ni en el sustrato inmediato de la estructura de clases y la relación de fuerzas entre las clases en la sociedad alemana. Por el contrario, se encuentra en el nivel totalmente diferente de la relación entre la clase obrera y su dirección; de la relación de fuerzas entre las diferentes tendencias dentro del movimiento obrero organizado; y de la correlación, por una parte, de ciertos niveles de conciencia de clase y el papel jugado conscientemente por la dirección revolucionaria, y de otra, de la acumulación de ciertos tipos de experiencias de lucha.

Efectivamente, ningún marxista lo negaría, en último término todos estos factores subjetivos tienen también una base objetiva, es decir, una base independiente de la fuerza relativa, la acción consciente, y los aciertos y errores que tenga en su intervención la vanguardia revolucionaria. Pero mientras que una explicación objetiva de este factor subjetivo incluye como un elemento fundamental aquello que los trabajadores avanzados y los marxistas pueden hacer y pueden cambiar en una situación dada, el llamado factor objetivo de la historia es definido normalmente como si no pudiese ser , alterado en absoluto.

Trotsky estaba bien dotado para comprender un problema de este tipo. Aunque hay que recalcar que los tres principales representantes del marxismo revolucionario surgidos en el período anterior a 1914, Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburg, así como el principal teórico revolucionario de posguerra, Antonio Gramsci, plantearon instintivamente el aggiornamento del marxismo a la época imperialista desde los dos ángulos del problema. Lo hicieron esforzándose por comprender cada vez mejor el proceso concreto de la revolución socialista en el siglo XX (la Revo-

lución Rusa y la revolución mundial) y planteándose más y más las precondiciones subjetivas para la victoria de la revolución socialista, casi no mencionadas por los marxistas “tradicionales” del período anterior a 1905. Los cuatro hicieron dar al análisis marxista un paso de gigante al tratar de delimitar la problemática marxista del factor subjetivo en la lucha de clases y la revolución.

El papel de Trotsky fue verdaderamente profético a este respecto. Ya en 1905-1906, mucho antes que Lenin o Rosa Luxemburg, vio el problema una vez más en términos de la ley del desarrollo desigual y combinado. La proposición básica de Balance y perspectivas, que el proletariado podría tomar el poder en un país relativamente atrasado como Rusia antes de hacerlo en los países industriales desarrollados, no sólo se basa en una clara comprensión de que la correlación de fuerzas entre la clase obrera (aliada con el campesinado) y la burguesía era sin duda mucho más favorable a la primera en Rusia que en Alemania o Gran Bretaña (dada la mucha mayor debilidad y el aislamiento social de la burguesía).³ Sino que implica también una segunda dimensión. Ya que, a pesar de que la clase obrera era mucho más fuerte en Alemania que en Rusia, su capacidad para tomar el poder en un momento dado podía verse paralizada por el papel social conservador que su dirección tradicional podría revelar de pronto en el momento decisivo.⁴

Trotsky no elaboró el porqué de este desarrollo desigual y combinado en el movimiento obrero, el hecho de que se pudiesen combinar la clase obrera y las organizaciones obreras más fuertes con una experiencia insuficiente de los diferentes tipos de lucha de clases, y con una dirección fundamentalmente conservadora. Sí respondió al fin y al cabo al reflujo del movimiento revolucionario en Rusia, pasando por un período de dudosas maniobras con el “centro marxista” en el SPD, en parte dando marcha atrás de sus asombrosas intuiciones de 1905-1906, a pesar de haber denunciado el conservadurismo de la dirección del SPD en 1907 en una obra titulada *La Socialdemocracia Alemana*.⁵ Rosa Luxemburg fue sin duda el principal teórico que mantuvo un análisis marxista lúcido sobre estas cuestiones en el período que va de 1910 a 1914, mientras que Lenin ocupaba una posición intermedia entre Trotsky y Luxemburg.

Sólo con el estallido de la Primera Guerra Mundial, y especialmente con la victoria de la Revolución de Octubre y la lucha por la construcción de la Internacio-

nal Comunista, desarrollaría Trotsky, en estrecha colaboración con los principales teóricos del Comintern, una teoría más acabada de las relaciones dialécticas existentes entre la clase obrera y su dirección, entre el movimiento obrero organizado y su burocracia. Esta teoría recibió su forma definitiva en los escritos del período 1930- 1940.

El ascenso del proletariado ocurre en condiciones sociales y económicas muy diferentes a aquéllas en las que tuvo lugar el ascenso de la burguesía. Mientras que esta última era la fuerza económica predominante en la sociedad mucho antes de conquistar el poder, y mientras que controlaba ya, a pesar de estar políticamente oprimida, la mayor parte de la riqueza social, la clase obrera sigue sin poseer riquezas materiales y con un poder económico relativamente pequeño mucho después de haber creado organizaciones que agrupan a millones y que comienzan a extender sus manos hacia la conquista del poder. Es imposible, por lo tanto, que la clase obrera obtenga una hegemonía ideológica y cultural bajo el estado burgués, mientras que sí le fue posible a la burguesía conquistar esta hegemonía bajo la monarquía semifeudal absolutista. La gran mayoría de los intelectuales e ideólogos que se pasaron al bando de la burguesía revolucionaria estaban dominados por la ideología burguesa. Pero los intelectuales e ideólogos que se unen al movimiento obrero organizado a raíz de su ascenso impetuoso, siguen estando imbuidos en su mayor parte de ideas pequeño-burguesas, cuando no directamente de ideología burguesa. Y sus motivaciones son al menos ambiguas -el carrerismo, especialmente el lograr una carrera parlamentaria, juega un papel importante en este proceso. De forma parecida, cuanto más desarrollado y civilizado es un país capitalista, tanto mayor es la capacidad de su burguesía para maniobrar políticamente, en general, y con respecto al proletariado en particular.⁶

Más aún, el ascenso de las organizaciones de la clase obrera, junto con la conquista de importantes posiciones dentro de las instituciones del estado democrático burgués (el parlamento, la administración municipal y regional, el sector público, etc.) opera como una poderosa palanca que les integra en la sociedad burguesa a través del ascenso social individual. No son las instituciones del estado burgués las que son “transformadas” con la penetración de los representantes de los trabajadores en los niveles más altos. Por el contrario son estos representantes de los trabaja-

dores los que son transformados en sus perspectivas, su mentalidad, sus motivaciones e intereses materiales. Trotsky concluyó que la dirección tiende a separarse de la clase obrera, siendo “inspirada” por la clase dominante. (Un proceso similar afectó a la dirección de la burguesía cuando era demasiado débil para luchar por la conquista del poder —por ejemplo, en el siglo XVI en Gran Bretaña o en el siglo XVII en Francia.)

Este proceso se ve poderosamente complicado por un nuevo desarrollo de la división social del trabajo en las organizaciones obreras de masas. Mientras son relativamente pequeñas, los obreros pueden regir sus propios asuntos, designando a sus dirigentes sobre la base de un estricto sistema rotatorio. Pero tan pronto como crecen se hacen relativamente difíciles de administrar —un desarrollo inevitable si se quiere alcanzar el objetivo de una organización y una solidaridad de masas, incluso a un nivel puramente sindical— y entonces comienzan a aparecer en su seno los administradores profesionales.

El poderoso aparato de funcionarios de la clase obrera, reclutado en su mayoría a partir de la propia clase y sólo en parte entre la intelectualidad pequeño-burguesa, tiene la tendencia de identificarse con la organización en sí, a perder de vista el hecho de que la organización no es un fin en sí misma, sino un medio para alcanzar la emancipación de la clase obrera y para la construcción de la sociedad sin clases. La defensa de la organización a cualquier precio, incluso sacrificando los intereses políticos materiales y morales de la clase, pasa a ser el objetivo número uno en la mente del aparato con las ventajas materiales de los puestos en el aparato de las organizaciones obreras —y muy frecuentemente con ventajas obtenidas en el aparato de estado democrático-burgués— este cambio en las perspectivas y motivaciones señalan la aparición de una nueva capa social, la burocracia obrera.

La función política y social clave que cumple es la de intentar sustituir la lucha de clases intransigente por la conciliación y la colaboración de clases, con la esperanza de evitar pruebas de fuerza decisivas entre las clases sociales y de defender las mejoras ya conquistadas, que a pesar de ser modestas para los trabajadores son mucho más sustanciales desde su punto de vista. Esta burocracia obrera es por su propia esencia conservadora y opuesta a revoluciones que “amenacen a la organi-

zación”. La famosa fórmula de Friedrich Ebert, presidente del Partido Socialdemócrata Alemán y primer presidente de la República de Weimar, resume de la forma más clara posible esta mentalidad: “Odio la revolución como si fuese un pecado mortal”.

¿No aceptaron en gran medida —al menos en los países imperialistas más ricos— la mayoría de los trabajadores esta evolución? ¿No aceptaron las direcciones mucho más moderadas que surgieron en las organizaciones de masas en vísperas y después de la Primera Guerra Mundial? La respuesta a estas preguntas no es tan simple como pudiera parecer a primera vista.

En primer lugar, y ante todo, no fue fácil para los trabajadores el darse cuenta de los cambios que estaban teniendo lugar. Tendrían que ocurrir toda una serie de acontecimientos tumultuosos, y pasar por nuevas experiencias revolucionarias, antes que cientos de miles de trabajadores pudiesen comprender que los viejos partidos socialdemócratas se habían transformado de fuerzas políticas revolucionarias en fuerzas políticas básicamente conservadoras. Se produjo así un retraso en el tiempo inevitable, entre el momento en que esta función cambió objetivamente — como muy tarde en agosto de 1914, pero probablemente ya en 1910 en la mayoría de los países europeos— y el momento en el que incluso las más amplias masas se dieron cuenta de ello. Este retraso conllevó el que la aparición de nuevos partidos revolucionarios fuese relativamente lenta, durante un período de tiempo que duró más de una década; y este retraso a su vez hizo que la derrota de la primera oleada revolucionaria que tuvo lugar tras la guerra fuese virtualmente inevitable.

Sin embargo, la clase obrera en los períodos “normales” tampoco es homogénea ni está organizada en su totalidad. Ello conduce a una situación paradójica: cuando estalla una crisis revolucionaria importante es precisamente cuando los trabajadores se ven confrontados con los resultados prácticos de la política de conciliación, colaboración de clases y descaradamente procapitalista de la dirección socialdemócrata, es precisamente entonces cuando importantes capas avanzadas y previamente organizadas de la clase obrera pueden romper con el reformismo; pero es también entonces cuando sectores desorganizados y sin experiencia política de la clase se organizan por primera vez, acudiendo normalmente en tropel hacia el partido que ha aparecido en el período anterior como el mayor parti-

do obrero, tendiendo así a reforzar a la social-democracia por su derecha, justo cuando ha sido debilitada por su izquierda.

Finalmente, es innegable que millones de trabajadores europeos sí rompieron con el reformismo en el período de entreguerra —no sólo a partir de acciones objetivamente revolucionarias por su alcance y amplitud, sino también engrosando las organizaciones que, a sus ojos, aparecían decididamente a la izquierda de la social-democracia.

Algunas veces, su elección fue en gran medida correcta desde un punto de vista político: esencialmente por lo que se refiere a aquéllos que entraron en auténticos partidos comunistas de masas en los años veinte. Algunas veces, sin embargo, la elección se basaba en una trágica ambigüedad, como en el caso de aquellos que se unieron a los PC francés o español en 1936, o al PC italiano en 1943-1945, erróneamente identificados con la Revolución Rusa y la lucha por construir partidos socialistas revolucionarios, cuando en realidad ya habían optado en lo fundamental por la línea de colaboración de clases como la socialdemocracia clásica.

De nuevo aquí tuvo lugar un retraso en el tiempo entre el momento en el que los partidos estalinistas cambiaron su naturaleza y el momento en el que amplios sectores de la clase obrera internacional se dieron cuenta de ello. Siendo como debe ser éste un balance objetivo de lo que realmente ocurrió en la clase obrera occidental entre 1914 y 1939, sencillamente no se puede resumir con una fórmula ya hecha, conclusión de sentido común, del tipo: “cada clase social (o cada país) tiene la dirección que se merece”. Estas chabacanerías sólo pueden ser creíbles si se borra la constancia histórica de luchas decisivas en el seno del movimiento obrero: luchas en las que participaron cientos de miles sino millones de individuos, centradas sobre problemas clave de la estrategia, la táctica, la política, la organización e incluso la teoría “pura”, y cuyos resultados varían mucho de un país a otro, de una década a otra.

Trotsky intuitivamente, y Rosa Luxemburg más conscientemente, llegaron además a una conclusión clave antes de 1914. Comprendieron, y Lenin adoptaría y sistematizaría su argumentación después de agosto de 1914, que a pesar de que la clase obrera occidental había pasado por un continuo crecimiento en términos de

fuerza organizativa, autoconfianza y conciencia de clase, no había acumulado antes de la Primera Guerra Mundial la necesaria experiencia en la lucha —en formas específicas de lucha —que le hubieran permitido rápidamente sustituir a la dirección reformista por una revolucionaria cuando las condiciones objetivas exigiesen ese cambio sin mayor dilación. Nuevas experiencias dramáticas, incluyendo derrotas inevitables, serían necesarias antes que una nueva dirección revolucionaria pudiese formarse. Pero no sólo las derrotas y los errores tienen un valor pedagógico, no sólo a partir de ellas pueden extraerse conscientemente las lecciones en el tiempo; las victorias revolucionarias pueden jugar también el papel de locomotoras en el desarrollo de la conciencia y en la formación de una nueva dirección de la clase obrera. Si Trotsky creía firmemente (a lo que se unirían más tarde los bolcheviques) que la Revolución Rusa victoriosa desencadenaría toda una serie de revoluciones en Occidente, lo hacía por todas las razones indicadas anteriormente, sobre todo por el caos que semejante victoria causaría en el sistema mundial capitalista como totalidad orgánica. La existencia de un estado obrero introduciría (y de hecho introdujo) en la lucha de clases mundial una nueva dimensión, constituyendo una conquista que, aunque parcial, sería más importante que cualquier otra lograda previamente por el movimiento obrero internacional. Pero Trotsky estaba también convencido de que los cientos de miles sino millones de obreros occidentales sacarían las necesarias conclusiones subjetivas de la victoria de la Revolución Rusa; que esta victoria aceleraría su ruptura con la conciliación y la colaboración de clases mil veces más que cualquier polémica literaria o que cualquier lucha política de tendencias. Y tampoco aquí se equivocó.

NOTAS

1. A propuesta de Hilferding, el primer congreso de los consejos de obreros y soldados alemanes (el mismo que -decidió transferir el poder a la Asamblea Nacional) adoptó por unanimidad, el 18 de diciembre de 1918, una resolución que llamaba a un inicio inmediato de la socialización de todas las ramas industriales que estuvieran maduras para tal medida.

2. En 1919, una minoría muy amplia del Soviet de Varsovia estaba a favor de una Polonia soviética. La situación en ese país no cambió radicalmente sino en 1920, especialmente después de la invasión del Ejército Rojo.

3 Results and Prospects, cit., p. 197. (Balance y perspectivas, cit.)

4. “Los partidos socialistas europeos, especialmente el mayor de todos ellos, el Partido Socialdemócrata alemán, han desarrollado su conservadurismo de un modo proporcional a la asunción del socialismo por parte de las grandes masas, y a la organización y disciplina de esas mismas masas. Como consecuencia de ello, la socialdemocracia, como organización que incorpora la experiencia política del proletariado, puede, en un momento determinado, retener la lucha directa del proletariado por el poder. La tremenda influencia de la revolución rusa indica que destruirá la rutina y el conservadurismo del partido, y pondrá al orden del día la cuestión de una abierta prueba de fuerza entre el proletariado y la reacción capitalista.” (Trotsky, Results and Prospects, cit., p. 246.) (Balance y perspectivas, cit.)

5. Véase Trotsky, My Life, Harmondsworth, 1975, pp. 210-12. (Trotsky, Mi vida, Pluma, Bogotá), y L. Sinclair, León Trotsky: A Bibliography, Stanford, 1972, p. 28.

6. Trotsky, The First Five Years of the Communist International, cit., vol. 1, pp. 57-8. (Los cinco primeros años de la Internacional Comunista, cit.)

7. Ejemplos extremos fueron el voto de la fracción parlamentaria del SPD a favor de la política extranjera de Hitler en la última sesión “libre” del Reichstag en marzo de 1933; la repugnante capitulación de los burócratas sindicales en abril de 1933 ante la “revolución nacional” de Hitler; y la declaración de su disposición a colaborar con el gobierno nazi en un momento en que millares de camaradas suyos estaban ya encarcelados o en campos de concentración. Todo ello únicamente con el propósito de “salvar la organización”. (Véase Julius Braunthal, History of the International 1914- 1943, Londres, 1967, pp. 385-6.)



Los consejos obreros



En el curso contradictorio de la historia, los errores suelen convertirse en fuente de conocimiento. El pensamiento revolucionario, después de haberse metido en un callejón sin salida, puede de pronto descubrir una nueva avenida. En gran medida esto es lo que le pasó a Trotsky en relación con el problema de la organización de la clase obrera.

La tenaz oposición de Trotsky al concepto de organización de Lenin de 1902-1903 no tiene en sí misma nada de positivo; y los recientes y tardíos intentos de rehabilitarla son ahistóricos y estériles. De hecho, las consecuencias a largo plazo del “no bolchevismo” de Trotsky entre 1903 y 1917 aparecen hoy más trágicamente incluso que entonces. Entre 1923 y 1928 hizo mucho más difícil desde luego la tarea de ganar a los cuadros bolcheviques a los principios políticos clave de su lucha contra la burocracia. Y si esos cuadros se hubieran inclinado en su mayoría hacia la oposición de izquierda, la historia mundial hubiera sido bastante diferente.

Trotsky tuvo al principio, se puede ver claramente, un recelo inmaduro contra una organización partidista fuerte, separada de las masas de la clase obrera aunque estuviese estrechamente integrada en ellas. Esta organización es necesaria en el terreno programático y político y de ninguna manera en el administrativo o “burocrático”. Sin embargo, esta actitud inicial de Trotsky le hizo mucho más sensible a otras formas de organización de la clase obrera distintas de las tradicionales del partido y los sindicatos, que normalmente sólo integran a una minoría de los asalariados. (Sólo en una serie de pequeños países como Bélgica, Austria o los países escandinavos la inmensa mayoría de los asalariados han sido sindicalizados actualmente, después de un largo período de historia del capitalismo.) Por lo tanto, Trotsky comprendió inmediatamente el giro histórico que representaba la aparición del Soviet de Petersburgo en octubre de 1905.

Mientras que Lenin dudó sobre la importancia del Soviet, y mientras que los cuadros medios bolcheviques por lo general desconfiaron, Trotsky dio la bienvenida a estas nuevas formas de organización como “la señal del futuro”. Ya en Balance y perspectivas predijo con toda confianza que todo el vasto Imperio se vería cubierto de soviets en la siguiente revolución. E incluso opuso audazmente la democracia directa de los soviets a la democracia indirecta y representativa de los parlamentos tradicionales. La Historia probaría que estaba en lo cierto.

Pero probó incluso más: soviets, consejos obreros, comités de base y otros órganos de democracia directa han surgido durante el siglo XX como las formas clásicas de auto-organización de la clase obrera prácticamente en todos los casos en los que se ha iniciado una auténtica revolución proletaria —es decir, una revolución popular en la que los asalariados eran la mayoría o una importante minoría

de los participantes efectivos en el proceso revolucionario. Los dos ejemplos más recientes que confirman asombrosamente esta ley histórica son la Revolución Portuguesa de 1974-1975 y la Revolución Iraní de 1979.

Las razones objetivas de por qué era así no fueron comprendidas claramente en todas sus ramificaciones por los participantes de la Revolución de 1905, incluido Trotsky. Marx y Engels habían dado algunas indicaciones teóricas importantes con su temprana y famosa Circular a la Liga Comunista Alemana de 1850, y especialmente con sus observaciones sobre la Comuna de París.¹ Pero sólo después de la Revolución Rusa de 1917 y de la Revolución Alemana de 1918 surgió una teoría completamente desarrollada de los consejos obreros. Aparte de Lenin y Trotsky, hicieron contribuciones al análisis teóricos comunistas como Gramsci, Bujarin, Korsch (y de una forma mucho más contradictoria y ambigua, Max Adler y Pannekoek, en la “derecha” y en la “extrema izquierda” respectivamente del pensamiento marxista). Pero Trotsky tiene de nuevo el honor de haber iniciado esta línea de pensamiento. Y fue también él quien acuñó el concepto de auto-organización, que indica inmediatamente y resume de manera admirable el hecho de que nos enfrentamos con un fenómeno universal y no meramente ruso.

Una de las raíces del problema radica en la tendencia ya discutida a una renovación de la división del trabajo —y a la burocratización— en las organizaciones de masas de la clase obrera. A pesar de que llevó más de una década a las amplias masas de trabajadores el reunir la experiencia necesaria para comprender algunas de las cuestiones básicas implicadas, se subestimaría gravemente la inteligencia y el sentido práctico de los sectores más avanzados de la clase obrera si se creyera que nadie se había dado cuenta de que tenían agarrado el gato por la cola. Habiendo planteado el problema en un estadio muy temprano, una serie de anarquistas hicieron algunas contribuciones que, en este aspecto menos que en cualquier otro, son todo menos “pequeño-burguesas” o “reaccionarias”. Ya en 1898, en el prefacio de su libro *Los orígenes del cristianismo*, el mismo Kautsky había planteado la posibilidad de una burocratización conservadora del movimiento obrero de masas, similar a la sufrida por la Iglesia Católica cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del estado.

Sin embargo, esta creciente preocupación —si bien sólo en círculos limitados de vanguardia— no proporcionó una rápida respuesta al problema de cómo superar este peligro. La solución anarquista — grupos pequeños, más hincapié en la emancipación y en la acción individual, autogestión en el sentido proudhonista, con el peligro de preservar o reintroducir la economía de mercancías y el dominio del mercado— era muy poco convincente e incluso poco práctica. La historia ha avanzado por lo tanto en el sentido de organizaciones de masas cada vez mayores. Y en el único país en el que los anarquistas mantuvieron la hegemonía ideológica sobre el movimiento obrero —en España, o mejor aún en el movimiento obrero de Cataluña, Aragón y Levante— la CNT-FAI se vio atenazada también por todos los problemas relacionados con la organización de masas de la clase obrera, incluyendo la trágica práctica de la colaboración de clases en 1936-1937 y la participación en un gobierno con la burguesía.

La respuesta de los “ultras” pseudo-leninistas —todo peligro puede evitarse gracias a la influencia de un partido revolucionario “puro”— tampoco tiene mucha credibilidad. Se basa en el teorema de la infalibilidad del partido, o peor aún de su dirección —lo que puede ser un artículo de fe, pero no una proposición científica. Más aún, descarta la posibilidad misma de la burocratización del partido revolucionario. Un programa correcto no garantiza una política correcta en todas y cada una de las situaciones, especialmente cuando un partido se ve confrontado con nuevos e imprevisibles giros en los acontecimientos, inevitables en la vida real. El debate y la lucha política son imprescindibles en el seno de un partido revolucionario, pero no son la garantía de que las soluciones sean correctas. Sólo la experiencia práctica puede ofrecer la prueba final de quién estaba en lo cierto y quién se equivocaba. Pero las relaciones con la clase obrera y con sus luchas son en sí mismas un poderoso terreno de prueba para la teoría revolucionaria en situaciones nuevas y controvertidas. Necesariamente, esta relación debe de trascender los límites de los militantes del partido, y alcanzar a sectores importantes del proletariado —o por lo menos a los más militantes y con mayor conciencia de clase. ¿Cómo se establecen estos lazos en períodos relativamente “normales”? ¿Cómo se desarrollarán al calor de acontecimientos tumultuosos, de crisis revolucionarias propiamente dichas?

En este punto del análisis, un estudio de las tendencias objetivas en la conducta de la clase obrera se cruza con la búsqueda de garantías contra las desviaciones burocráticas y oportunistas de las organizaciones de la clase obrera. Desde sus mismos inicios, la organización de la clase obrera ha sido acompañada, más allá de los objetivos inmediatos de cada forma concreta de organización, por una tendencia instintiva de clase a superar la subordinación y la alienación, es decir, a la fatalidad de tener la propia existencia dictada y dominada por fuerzas extrañas. Esta subordinación es un aspecto clave en la existencia de los asalariados: en el proceso de producción a nivel de fábrica; en su inserción en el modo de producción capitalista como un todo; en su relación con la sociedad burguesa como consumidor, ciudadano, votante o soldado. Su destino cotidiano es obedecer órdenes, seguir instrucciones; su sueño secular es determinar por sí mismo su propio destino.

Este sueño sólo puede manifestarse de una forma confusa y marginal bajo condiciones “normales” —es decir, bajo un funcionamiento normal de la economía capitalista y la estabilidad del estado burgués— pero recibe un poderoso estímulo con cada forma más elevada de movilización y lucha de la clase obrera. Un sinnúmero de observadores han descrito la sensación de alegría, de felicidad y el repentino descubrimiento de la libertad que acompaña a una huelga de masas, al menos a aquellas huelgas que se caracterizan por un mínimo nivel de participación de masas y de espontaneidad. No es casual que, con un intervalo de 32 años, tanto las huelgas generales y las ocupaciones de fábricas de junio de 1936 como las de Mayo de 1968 en Francia hayan sido descritas por sus participantes y críticos como la *fête*: una fiesta llena de alegría. Más aún, sólo a través de luchas masivas y de la autoorganización puede la clase obrera adquirir la sensación de su tremenda e ilimitada fuerza como clase, y de que esta sensación se corresponde con la realidad objetiva. La realidad confirma así lo que una vieja canción de la clase obrera alemana predijo: todas las ruedas se paran si las manos poderosas de la clase obrera hacen que se paren. Es también sólo bajo estas circunstancias cuando puede comprender su capacidad para cambiar la sociedad: para construir otro tipo de economía, otro tipo de estado, otra organización del trabajo, otra cultura, diferentes de las que les impone el capitalismo.

Sin embargo, estas luchas de masas deben desembocar en formas de organización más elevadas que los sindicatos: una forma de organización que englobe a la totalidad de los trabajadores en lucha, organizados de forma permanente o no; una forma de organización volcada en lograr la victoria en la lucha, sin importar la fuerza económica relativa de los sindicatos al comienzo; una forma de organización que pueda estructurar la resistencia de los trabajadores y articular con ella la solidaridad de sectores cada vez más amplios: mujeres de huelguistas y familiares, asociaciones de vecinos, otros grupos de trabajadores, campesinos y pequeños comerciantes que ofrezcan comida y crédito, organismos de autodefensa, y otros muchos por el estilo.

Un comité elegido democráticamente, responsable ante la asamblea general de huelguistas, capaz de coordinar todas las fábricas en huelga, es el prototipo clásico de esta forma de auto-organización. ² Y cuando un consejo de delegados de comités de huelga de este tipo engloba a la mayor parte de la población en una gran ciudad, entonces sus estructuras comienzan a ir más allá de las estrictas necesidades de una lucha “puramente económica”. Organiza los asuntos económicos, la autodefensa, la distribución de comida, la solidaridad, las relaciones públicas (boletines de prensa, etc.), el transporte. Puede llegar a organizar la producción en las fábricas ocupadas, bajo control obrero. ¿Qué otra cosa es esto sino una nueva forma embrionaria de administración pública, es decir, un futuro estado obrero basado en los consejos obreros, la democracia obrera (o socialista) como una forma de democracia mucho más elevada que cualquiera de las formas más avanzadas de democracia burguesa? El primer comité de huelga que realmente adquirió este carácter a escala nacional, convirtiéndose en una especie de “pregobierno” con ciertas funciones gubernamentales, fue el comité central de huelga creado por los obreros finlandeses en la huelga general de Octubre de 1905. La aparición de esta nueva forma de organización está estrechamente unida, por supuesto, a la desintegración objetiva del poder del estado burgués, y con la creciente aceptación popular de la legitimidad de los nuevos órganos de poder como una autoridad real. En otras palabras, va unida a la dinámica de una auténtica crisis revolucionaria.

Trotsky comprendió esta combinación dinámica de revolución y autoorganización antes y mejor que nadie en el movimiento obrero internacional. De ahí su

dramática intervención en la sesión final del Soviet de Petrogrado de 1905, cuando ordenó a los cosacos que habían venido a disolver el Soviet que esperasen hasta que la sesión hubiese sido clausurada oficialmente. (Los cosacos obedecieron realmente la orden, demostrando así a su manera que instintivamente sentían que había nacido un nuevo poder.)³ Esta comprensión también pagó fuertes dividendos durante la preparación inmediata de la Revolución de Octubre: un regimiento tras otro de la guarnición de Petrogrado declaró entonces públicamente su fidelidad al Comité Militar Revolucionario, reconociéndolo como la máxima autoridad, a cuyas órdenes se subordinaban las del Estado Mayor del Ejército. Como consecuencia de este éxito político, la verdadera insurrección no costó más que 15 muertos y 60 heridos, gracias a que virtualmente no quedaba nadie que reconociese la legitimidad y la autoridad del gobierno provisional.

Ciertamente, hay muchas formas intermedias entre un comité de huelga elegido democráticamente y un consejo obrero completamente desarrollado: un ejemplo es el movimiento de shop stewards (delegados de taller) y por el control obrero que tuvo lugar en Gran Bretaña inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. Trotsky nunca adoptó una actitud dogmática con respecto a las formas específicas, y no siempre puras, en las que surge una situación de doble poder en una crisis revolucionaria. Puede hacerlo desde los comités de fábrica, como tendió en Alemania en 1923; o puede hacerlo a partir de comités de frente único, como Trotsky esperaba que sucediese en Francia en 1934-1936, y como ocurrió en España efectivamente en 1936.⁴ Estos comités de frente único, en la medida en que con frecuencia se componen mecánicamente de representantes de cada una de las organizaciones más importantes de la clase obrera, sobre unas bases decididas desde arriba, que no son elegidos y que los huelguistas independientes no están representados en él, son obviamente formas de organización menos elevadas que los consejos obreros. Pero en la medida que se extienden a cada fábrica, cada barrio o pueblo, tendiendo a organizar y movilizar a un número enorme de personas, son obviamente algo más que simples “cárteles de organizaciones” (o, incluso peor, que simples “cárteles burocráticos”): son un paso en dirección a los auténticos soviets.

Si se convierten o no en soviets dependerá en gran medida de un importante número de condiciones, una no poco importante consistente en la relación de fuerzas que exista entre las diferentes corrientes dentro del mismo movimiento obrero —especialmente entre la vanguardia y los aparatos burocráticos.

Los consejos obreros, en tanto que las formas más elevadas de unidad y autoorganización de la clase obrera, están claramente en relación con la amplitud de las movilizaciones de masas, la flexibilidad de las formas organizativas, y con el cambio cualitativo que las propias masas sean capaces de desarrollar en su actividad. Como señaló Marx en sus comentarios sobre la Comuna de París, se trata de hecho de una forma más elevada de democracia: una forma que comienza a romper la barrera existente entre los votantes pasivos y los participantes activos en la tarea de gobernar, la barrera entre las funciones legislativas y ejecutivas. Todos aquellos elementos de la democracia representativa indirecta que son característicos de la democracia burguesa y que tienden a invadir las organizaciones de masas burocratizadas, limitando a la vez los derechos y la autoactividad de las masas, dan ahora paso a un número cada vez mayor de elementos de democracia directa. De acuerdo con la definición de Marx, el socialismo es un sistema de productores asociados. Y la forma normal en la que estos productores gestionan sus asuntos es tal que la división del trabajo tradicional burguesa (o, en general, de clase) —la división entre aquéllos que administran y aquéllos que, en el mejor de los casos, pueden decir algo sobre los administradores (o votar) sin participar directamente en la gestión del gobierno— se ve reducida radicalmente y comienza a desaparecer.

No es fácil para la clase obrera, por supuesto, explotada por definición, oprimida y alienada bajo el capitalismo, saltar espontáneamente a las formas más elevadas de autoorganización, incluso en las condiciones de una huelga de masas. Algunas experiencias preparatorias facilitarían sin duda el gigantesco paso hacia adelante de conciencia que implica la aparición de auténticos consejos obreros. Pero se haría bien en dudar del carácter esencialmente espontáneo de este proceso. El surgimiento real de consejos obreros a escala nacional requiere con toda probabilidad una interrelación muy delicada y compleja de factores: una experiencia cada vez mayor de lucha de masas entre los sectores clave de la clase obrera; un proceso de diferenciación dentro de la clase que dé nacimiento a una vanguardia amplia de

trabajadores avanzados que hayan extraído ciertas conclusiones de estas experiencias; una creciente y saludable desconfianza por parte de estos trabajadores en la política y la estrategia reformista-parlamentaria de las burocracias obreras en general; y el reforzamiento del partido revolucionario y de su influencia entre la vanguardia amplia de los trabajadores.

A pesar de que los primeros soviets surgieron independientemente de los bolcheviques, no fue así cuando se formaron en 1917. El mismo Trotsky modificaría gradualmente sus posiciones del período 1905-1914, viendo cada vez más la relación entre la autoorganización de la clase (los consejos obreros) y la organización separada de la vanguardia revolucionaria como una unidad dialéctica de contrarios, y no como una relación mutuamente excluyente. El partido de vanguardia no puede sustituir a la clase en la toma y ejercicio del poder. Pero sin él, los órganos de autoorganización de la clase obrera que engloban un sinnúmero de niveles diferentes de conciencia y actividad, ni conquistarán ni ejercerán, a largo plazo, el poder. A través de los órganos de autoorganización, el partido de vanguardia gana la hegemonía política de la clase como un todo y lucha —con medios políticos y no administrativos— por consolidar y mantener esa hegemonía. Y puede hacerlo respetando la independencia de los consejos obreros, defendiendo la estructura democrática sin la que no pueden seguir siendo órganos de poder y de máxima unidad de acción de la clase como un todo.

Se ha defendido que el concepto de autoorganización de la clase obrera de Trotsky, que implica una insurrección de masas apoyada activamente por la inmensa mayoría del proletariado, entra en contradicción con su actividad en la organización de una “conspiración secreta” en vísperas de la Revolución de Octubre.⁵ Sin embargo, esta objeción olvida el hecho innegable de que la inmensa mayoría de la clase obrera rusa —de la población urbana— se había expresado de forma inconfundible en unas elecciones abiertas y libres a favor de la conquista del poder por los soviets. Esta mayoría se reforzó incluso en las elecciones a la asamblea constituyente, en las que dos tercios de la población urbana apoyaron el poder soviético. Pero también es un hecho que la destrucción de los restos de poder del estado burgués plantea problemas tanto puramente técnicos como políticos: requiere la articulación de la movilización y actividad de las masas con cuerpos especializados

como los Guardias Rojos (que ocuparon los centros neurálgicos centrales del poder, asaltaron el Palacio de Invierno, y llevaron a cabo otras tareas de este tipo). Ambos fueron elementos esenciales de la insurrección, que no se puede reducir por lo tanto a una “conspiración secreta” que utilizara las actividades públicas de los soviets como una “cobertura” útil. Trotsky demostró ser un maestro en este trabajo de integración; y, como con los problemas sociopolíticos y militares de la guerra civil, dejó un esqueleto de teoría generalizada que sigue siendo único en la literatura marxista hasta hoy.

Bajo la presión severa del hambre masiva y la peligrosa descomposición de la fuerza de la clase obrera —incluido el sentido numérico, físico de la palabra— el gobierno bolchevique se vio obligado a restringir la democracia soviética fuertemente en el período 1920-1921, suprimiendo las formaciones y partidos de oposición en los soviets, y eliminando el derecho de formar tendencias en el seno del mismo Partido Bolchevique. Trotsky apoyó completamente estas medidas. Sólo un detallado estudio crítico-histórico demostrará si eran o no inevitables en orden a salvar la dictadura del proletariado.

Pero Trotsky hizo más que apoyarlas desde un punto de vista pragmático. Intentó justificarlas teóricamente, llegando incluso a mantener erróneamente que, bajo ciertas circunstancias, el partido revolucionario tenía que sustituir a la clase obrera en el ejercicio del poder. Daba así un giro de 180 grados teórico, negando todo lo que había mantenido durante casi dos décadas sobre la autoorganización de la clase, y expresando exactamente las desviaciones sustitucionistas que había atribuido (equivocadamente) a Lenin en el debate de 1903-1904.

Hoy, con las ventajas que proporciona el mirar hacia atrás, podemos mantener con toda seguridad que estas formulaciones eran erróneas teóricamente. Algunos pasajes de *Terrorismo y comunismo* y de los discursos de Trotsky a los IX y X Congresos del Partido deben considerarse como apologías teóricamente injustificables de las medidas prácticas en curso, y no como un enriquecimiento de la teoría marxista.⁶ En *La revolución traicionada*,* Trotsky resume el proceso histórico abierto en 1920-1921 con la siguiente frase contundente, que podría aplicarse a sus propios escritos de 1920-1921: “La supresión de los partidos soviéticos llevó a la supresión de las tendencias. La supresión de las tendencias llevó a la consolda-

ción de la burocracia”. Ya en 1934 había mantenido categóricamente: “En nuestro caso, los soviets han sido burocratizados como resultado del monopolio político de un solo partido que a su vez se había burocratizado”.⁷ Este dilema plantea esencialmente el problema de si existe una “tercera vía” en las sociedades poscapitalistas entre, de una parte, el gobierno de los consejos obreros sobre la base de un sistema multipartidista y la actividad política consciente de la clase obrera, estimulada institucionalmente, y, de otra, el gobierno administrativo de la burocracia (sea terrorista o “benigno”). Ya en 1918, Rosa Luxemburg negó categóricamente esta posibilidad.⁸ Y en nuestra opinión, la historia ha demostrado que estaba en lo cierto, al menos en este punto de su crítica a los bolcheviques (de ninguna manera en otros puntos). La fórmula de Trotsky de 1936 parece indicar que llegó a una conclusión similar.

Se ha sugerido también que la teoría de la revolución permanente de Trotsky, que culmina en el concepto de que una clase obrera relativamente débil y culturalmente atrasada tenía que tomar el poder en Rusia, le hizo vulnerable precisamente a este tipo de desviaciones “jacobinas”, que en su juventud creyó que se daban en Lenin. Trotsky habría sobreestimado así la madurez política del proletariado ruso y su capacidad para mantener durante un período prolongado un alto nivel de movilización política, incluso en circunstancias extremadamente adversas. Y como los acontecimientos demostrarían que era irrealista, tuvo que girar hacia el sustitucionismo.

Este argumento es claramente anacrónico. Si correspondiese con la realidad, Trotsky hubiera defendido en 1906 o 1917 la idea de que el proletariado ruso era capaz de ejercer el poder solamente en Rusia por muchos años, sin una extensión de la revolución a otros países. Pero como es bien sabido, su razonamiento se desarrolló exactamente en la dirección opuesta: en todo caso, tanto él como los otros bolcheviques subestimaron el heroísmo y la lucidez política del proletariado ruso, su capacidad para mantener un nivel elevado de movilización durante la guerra civil.

Últimamente han aparecido nuevas críticas al concepto de autoorganización de la clase obrera y contra la misma noción del ejercicio del poder estatal a través de consejos obreros elegidos democráticamente. Son, sin duda, más sofisticados

que los crasos y vulgares argumentos de origen socialdemócrata (identificables generalmente con la burguesía liberal) y estalinista.

Tomemos como el ejemplo más típico la crítica contenida en el libro de Rudolf Bahro.⁹ El argumento de Bahro gira esencialmente sobre dos nociones. En la medida que los consejos obreros concentran fundamentalmente su fuerza en los lugares de trabajo (fábricas, etc.), están todavía ligados a la división del trabajo que genera la sociedad burguesa: son instituciones nacidas desde el capitalismo y, como tales, incapaces de acomodarse a una verdadera sociedad sin clases, socialista. En particular, se supone que son incapaces de ir más allá de la conciencia cooperativista (fragmentada), y de ayudar al surgimiento de una conciencia general, que sólo puede ser el producto del trabajo general, en tanto que opuesto al específico.

Lo que se expresa aquí realmente es la duda, sino el rechazo, sobre la hipótesis básica del socialismo científico: a saber, que la sociedad sin clases sólo puede alcanzarse a través de la fusión del programa marxista revolucionario con los intereses sociales (incluidos los materiales) de una clase social (una fuerza social) que tenga el suficiente poder y capacidad como para hacer este empeño objetivamente posible. Si se cree que la clase obrera es incapaz de liberarse de los grilletes intelectuales, morales, psicológicos y culturales del capitalismo, incluso en las favorables condiciones de una crisis y una victoria revolucionaria, entonces el socialismo se convierte en una utopía. Ya que no existe otra fuerza social que posea siquiera una fracción de su potencial objetivo y subjetivo para la reconstrucción socialista, se convierte en una necesidad el volverse hacia el nivel del reagrupamiento individual para encontrar un “sujeto revolucionario” adecuado —sin tener por otra parte la más ligera prueba de que este reagrupamiento individual llegue a englobar nunca a algo más que a una pequeña minoría de la sociedad. La articulación específica entre el poder de masas, su actividad, un importante salto en la conciencia individual hecho posible por los consejos obreros, un partido revolucionario y un sistema multipartidista en cambio sólo confiere vagas esperanzas en el progreso de la “conciencia general”. Al mismo tiempo, en tanto que no se especifica quién tomará las decisiones que expresen el interés “general” como opuesto al “particular”, es al menos posible, sino inevitable, que el poder siga estando en manos del estado burocratizado, aunque éste esté dirigido por una élite ilustrada en vez de

por mediocres funcionarios del partido. Bahro no ha entendido que la alternativa se establece entre un aparato de estado independiente de la masa de ciudadanos, y los consejos que representan la única forma de autoorganización y control de las masas mismas producida por la historia. Una Liga Comunista minoritaria no es desde luego un sustituto del control de masas, incluso si incluye el nivel más alto de “conciencia general”.

NOTAS

1. Es interesante observar que, en países donde la clase obrera tiene escasa o nula tradición revolucionaria, desarrollos similares eran incipientes en grandes movimientos huelguísticos. Véase Philip S. Foner, *The Great Labor Uprising of 1877*, Nueva York, 1977, que describe la huelga de 1877 en St. Louis como “la primera huelga auténticamente general de la historia”, conducente a una situación, el 25 de julio, en que el comité ejecutivo de los huelguistas gobernaba realmente la ciudad. Hubo contemporáneos que hablaron de la “Comuna de St. Louis”, e historiadores de tiempos posteriores de un “soviet de St. Louis” (op. cit. pp. 178-80). Sobre los comités de huelga “unidos” o “centrales” y (al menos en 54 ciudades) los “consejos de acción” que surgieron durante la huelga general británica de 1926, véase Christopher Farman, *May 1926: The General Strike*, Londres, 1974, pp. 193-208.

2. Véase Trotsky, 1905, Harmondsworth, 1973, pp. 125-9.

3. Roy Medvedev, *The October Revolution*, Nueva York, 1979.

4. Con lúgubre presciencia, Trotsky propuso la formación de una milicia de obreros catalanes a finales del verano de 1934. Proseguía: “Cada regimiento elige su comité y cada comité envía un delegado al comité central de las milicias unidas de toda Cataluña. El comité central (es decir, el soviet central) funcionará entonces como el estado político, pero ante todo y sobre todo como un organismo de control y luego como autoridad central para las reservas y el equipamiento de las fuerzas armadas.” (“Le Conflit Catalán et les Tâches du Proletariat”, en Trotsky, *Oeuvres*, vol. 4, París, 1979, p. 185.) (Incluido en Trotsky, *La revolución española*, Fontanella, Barcelona.) Fue exactamente de esa forma que emergió el poder dual en

el curso del victorioso levantamiento de los obreros contra el coup fascista de julio de 1936. ¡Incluso estaba ahí el “comité central de las milicias unidas”!

5. Sobre la interrelación entre soviets, sindicatos y el partido revolucionario en el pensamiento de Trotsky, véase Livio Maitan, “Gli Strumenti della Classe Operaia in Trockij”, en *Storia del Marxismo Contemporáneo*, Milán, 1974, pp. 826-42, y Maitan, *Trockij oggi*, Turú, 1959.

6. Véase el discurso de Trotsky en el X Congreso del PCR: “La Oposición Obrera ha aparecido con consignas peligrosas, que fetichizan los principios de la democracia. Parecen haber situado los derechos de voto de los obreros por encima del partido, como si el partido no tuviera el derecho de defender su dictadura, aun en el caso de que esa dictadura entrara en colisión temporal con el humor transitorio de la democracia obrera.” (Citado en Isaac Deutscher, *The Prophet Armed*, Oxford, 1963, p. 508.) (Deutscher, *El profeta armado*, ERA, México.) Para hacerle justicia, debemos señalar que ya en 1925, si no ya en El nuevo curso de 1923, Trotsky se corrigió y estableció claramente el dilema histórico: “No debemos construir el socialismo por la vía burocrática, no debemos crear una sociedad socialista por medio de órdenes administrativas; tan sólo por medio de la mayor iniciativa, la actividad individual, la persistencia y resistencia de la opinión y la voluntad de las masas de muchos millones de hombres... tan sólo en esas; condiciones... es posible construir el socialismo. Es por esto que la burocratización es una enemiga mortal del socialismo... La construcción socialista tan sólo es posible a través del crecimiento de una genuina democracia revolucionaria.” (Izvestia, 2 de junio de 1925.) Debería observarse también que, en 1933, Trotsky llevó a cabo una corrección radical de la posición que había adoptado sobre la cuestión sindical antes y durante el X Congreso del partido. Escribió “La relativa independencia de los sindicatos es un elemento de corrección necesario e importante en el sistema estatal soviético, que se encuentra, por su parte, sometido a presiones por parte del campesinado y la burocracia. Hasta el momento en que las clases desaparezcan, los obreros —incluso en un Estado obrero— deben defenderse con la ayuda de sus organizaciones profesionales. En otras palabras: los sindicatos siguen siendo sindicatos durante todo el tiempo, precisamente, en que el Estado siga siendo un Estado, es decir, un aparato de compulsión. La estatización de los sindicatos tan sólo puede tener lugar

de modo paralelo a la desestatización del Estado mismo.” (Archivos Trotsky, No. T.-3542, citado en Richard B. Day, León Trotsky and the Politics of Economic Isolation, Cambridge, 1973, pp. 186-7.)

* Publicado en: León Trotsky, La revolución traicionada, Fontamara, Barcelona, 2.a edición, 1981.

7. “If America Should Go Communist”, en Writings of León Trotsky 1934-35, Pathfinder Press, Nueva York, 1971, p. 79. (Trotsky, Escritos 1934-1935, Pluma, Bogotá)

8. “Pero con la represión de la vida política en el país en su conjunto, la vida en los soviets ha de hacerse necesariamente cada vez más tarada. Sin elecciones generales, sin una libertad sin restricciones de prensa y de reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida se extingue en toda institución pública, se convierte en una mera apariencia de vida en que tan sólo la burocracia sigue siendo el elemento activo.” (Rosa Luxemburg, The Russian Revolution, Ann Arbor, 1961, p. 71.) (R. Luxemburg, La revolución rusa, Anagrama, Barcelona)

9. Rudolf Bahro, The Alternative in Eastern Europe, NLB, Londres, 1978. (R. Bahro, La alternativa, Alianza Editorial, 1980.)



La construcción de partidos revolucionarios de masas



En la historia del pensamiento humano, no sólo social sino incluso científico-natural, la falta de comprensión de un problema dado ha probado ser con frecuencia el mejor punto de arranque para su comprensión posterior. El hecho de que, durante casi 15 años, Trotsky no entendiese la justificación histórica real del bolchevismo, le ayudó sin duda a captar la teoría leninista de la organización mejor que muchos otros bolcheviques después de 1917. Como el mismo Lenin dijo en no-

viembre de 1917: “Trotsky lo comprendió (que era imposible la unidad con los mencheviques) y desde entonces no ha habido mejor bolchevique”.¹

Habiendo comprendido que un partido revolucionario de vanguardia es un instrumento indispensable para la conquista y ejercicio del poder por la clase obrera, tan necesario para la revolución y el socialismo mundiales como la auto-organización de la clase, Trotsky jugó un papel clave, en y después de 1918, en el esfuerzo, en tiempo de guerra, de los revolucionarios internacionalistas para construir nuevos partidos revolucionarios de masas, separados y distintos de la vieja socialdemocracia, y una nueva internacional revolucionaria, la Internacional Comunista. Los historiadores —en particular los hostiles— han insistido fuertemente en las consecuencias negativas de su “excesivo optimismo”. Han señalado sus “falsas esperanzas” en un “estallido inmediato” de la revolución en Alemania o Austria durante la primera parte de 1918, refiriéndose especialmente a su táctica en las conversaciones de paz de Brest-Litovsk con los Imperios Alemán y Austro-Húngaro.² Pero hoy sabemos que esta táctica de agitación encontró un enorme eco en la clase obrera de Berlín y Viena. Que se necesitaron todas las maniobras de traición del ala derecha de los dirigentes de la socialdemocracia para prevenir una explosión en ambas ciudades en enero- febrero de 1918.³

Se ha prestado mucha menos atención, tanto por los biógrafos de Trotsky como por los historiadores del período, al papel clave que jugó en la elaboración de un concepto estratégico para ganar a las masas de los países imperialistas y de las colonias al comunismo: el concepto estratégico de la construcción de partidos revolucionarios de masas. Menos atención aún se ha prestado a las relaciones orgánicas existentes entre este concepto y los dos elementos clave de su marxismo: el concepto de revolución permanente y el concepto de auto-organización de la clase obrera. Pero estas relaciones orgánicas aparecen con bastante claridad en sus contribuciones a las primeras discusiones en la Internacional Comunista, especialmente las referidas al frente único en Francia y Alemania; la llamada “Acción de Marzo” (1921) en Alemania; la ruptura con las desviaciones ultraizquierdistas en el Tercer Congreso del Comintern; y las posibilidades a medio plazo del comunismo mundial después de la relativa estabilización del capitalismo, iniciada en Occidente. La contribución de Trotsky a la crisis alemana de 1923 y a la Huelga General

Británica continuaron la misma tradición después de que Lenin hubiera desaparecido de escena. Y en su lucha contra el “tercer período ultraizquierdista” y el frentepopulismo subsiguiente de la Comintern estalinizada, encontramos lo que en cierto sentido es la mejor defensa de este concepto estratégico.

Trotsky comenzó, como Lenin, por rechazar cualquier idea de que una revolución socialista podía triunfar en un país imperialista, en los que la mayoría de la población activa consistía ya en asalariados, en tanto que los comunistas sólo tendrían el apoyo de una pequeña minoría de la clase obrera. La misma noción de estado obrero o de dictadura del proletariado, basado en la auto-organización de la clase en consejos obreros, excluye la posibilidad de que este poder pueda ser ejercido sin el consenso, e incluso la participación activa, de la inmensa mayoría de la clase.

No es cierto por lo tanto que la lucha de Lenin y Trotsky por el frente único obrero (en especial, pero no sólo, en Francia y Alemania) o su tenaz insistencia en que el Partido Comunista británico debía luchar por su afiliación al Partido Laborista, fuese tan sólo una maniobra táctica para debilitar a la socialdemocracia y reforzar los partidos comunistas. Y aunque no se debe minimizar la dimensión de construcción del partido de esta lucha, es solamente un elemento de una orientación mucho más amplia: ganar a la mayoría de la clase obrera a la idea del derrocamiento revolucionario del capitalismo y el establecimiento del poder de los consejos obreros (soviets). Obviamente, ello engloba a un número de personas mucho mayor que el de aquellas que quieren unirse al partido comunista, incluso durante y después de una revolución proletaria victoriosa.

La estrategia de ganar a la mayoría del proletariado al comunismo como opuesto al reformismo tiene dos implicaciones en todos aquellos países en los que el movimiento obrero agrupa a un número significativo de trabajadores. Ambos aspectos operan en cierta manera independientemente el uno del otro, aunque es innegable que también están interrelacionados. De una parte, está el importante problema de superar la división político-partidista de la clase obrera para mantener su capacidad de conjunto en la defensa de sus intereses esenciales. (Y hoy, por supuesto, contrariamente al período anterior a 1914, la división es la regla en vez de la excepción —a pesar de que no debemos subestimar el peso de las corrientes sindi-

calista, anarcosindicalista y sindicalista-revolucionaria en la clase obrera antes de 1914.) La necesidad de la unidad se plantea con una fuerza particular cuando la clase obrera es atacada por la patronal, la burguesía y el estado burgués. Pero también se plantea cuando una oportunidad histórica parece hacer posible una ruptura ofensiva decisiva hacia el derrocamiento del capitalismo; y cuando la incapacidad para movilizar la fuerza de toda la clase, como resultado de la división política previa, amenaza con poner en peligro el avance revolucionario.

Por otra parte, no deja de ser un problema real el hacer romper al sector de la clase obrera que todavía sigue a los embaucadores reformistas con las ilusiones parlamentaristas y electoralistas que mantiene de hecho: en otras palabras, el problema de alcanzar la unidad de acción de la clase obrera en unas condiciones que lleven a una elevación importante y general del nivel de conciencia de clase del proletariado. Tras convertirse en un bolchevique, Trotsky dejó de mantener la ilusión espontaneísta de que este ascenso de nivel de la conciencia de clase sería un resultado más o menos automático de la movilización cada vez más amplia de las masas —al menos un ascenso de la conciencia que corresponda a la necesidad de emprender resueltamente la vía de la lucha por el poder.

En la política de frente único definida en el Tercer Congreso del Comintern, en cuya elaboración y aplicación Trotsky jugó un papel fundamental, ambos aspectos de esta estrategia se interrelacionan constantemente. La lucha por el frente único es una lucha por la unidad de acción real de las masas trabajadoras que, en muchos sino en todos los casos en los que la clase obrera se encuentra dividida políticamente, es imposible de alcanzar sin la participación real de la dirección reformista. Creer que cientos de miles de trabajadores que todavía no están dispuestos a romper con la socialdemocracia sí lo están para participar en movilizaciones políticas de masas independientemente, o incluso en contra, de las decisiones de sus propios dirigentes de partido, es creer ilusamente que el problema histórico de hacer romper a los obreros socialdemócratas con el reformismo está ya resuelto.

Pero la lucha por el frente único es también una lucha para crear las condiciones más favorables para que un número cada vez mayor de trabajadores rompa con las ilusiones reformistas, gradualistas y electoralistas y con la política de conciliación y colaboración de clases. Si no consigue lograr este objetivo, sólo permitirá

en el mejor de los casos conseguir victorias parciales en luchas defensivas (¡lo que ni mucho menos carece de importancia!), dejando sin resolver el problema central de esta época: cómo elevar la conciencia de la clase trabajadora de los países imperialistas industrializados hasta ese punto en que comprendan la necesidad de luchar por el poder obrero.

Tanto para Lenin como para Trotsky, por consiguiente, la política de frente único nunca implicó un “pacto de no agresión ideológica” con el reformismo socialdemócrata, el abandono por parte del movimiento comunista de su autojustificación política, de su crítica mil veces justificada del reformismo y el gradualismo, históricamente en bancarrota. La fórmula histórica de la política de frente único es: marchar separados, golpear juntos. Marchar separados significa: mantener la propia independencia ideológica y política, no transformar los acuerdos de frente único en “un programa común a largo plazo” desleído que, mientras la socialdemocracia mantenga su influencia de masas, sólo puede llevar a capitular ante el gradualismo y la colaboración de clases. Golpear juntos significa: llegar a acuerdos, a pesar de las diferencias ideológicas y programáticas irreconciliables, sobre acciones comunes con objetivos específicos que correspondan a los intereses de la clase obrera en su conjunto, a los intereses comunes de las organizaciones implicadas, tal y como éstas los entienden.

No hay nada de hipócrita, maquiavélico o deshonesto en esta política. Por el contrario, cuando los elementos antes mencionados se plantean clara y públicamente, nadie puede ponerla en cuestión desde el punto de vista de la moral proletaria. No se intenta de ninguna manera ocultar el propio rechazo del gradualismo y del colaboracionismo de clase de la socialdemocracia como contrarios a los intereses de la clase obrera, como mortalmente hostiles a la revolución socialista, y por lo tanto como una poderosa fuerza que prolonga la decadencia del capitalismo y la decadencia de la civilización en general. Al mismo tiempo, se afirma claramente que el interés común de los trabajadores socialdemócratas y comunistas de luchar contra el paro o el fascismo implica un interés común en el frente único contra la ofensiva de la patronal o el asalto fascista. Después de todo, tanto a los socialdemócratas como a los comunistas les interesa continuar su debate sobre las ventajas e inconvenientes relativos del gradualismo y la revolución, y continuarlo como

trabajadores con contrato y con el salario completo y no como víctimas pauperizadas y desmoralizadas del paro permanente. Tanto a unos como a otros les interesa desde luego continuar este debate en sus propias casas del pueblo, en sus propios periódicos no censurados, en sus asambleas sindicales convocadas y celebradas libremente, en vez de tener que discutir estos temas en un campo de concentración o en la celda de una cárcel.

Este es un planteamiento auténticamente dialéctico del frente único obrero y del problema de ganar a la mayoría de la clase obrera a la idea de la revolución socialista a través de movilizaciones y acciones de masas (que pueden combinarse con procesos electorales, pero que de ninguna forma pueden subordinarse a ellos). De acuerdo con ello, confiere una gran importancia a la estructura organizativa del frente único y a la táctica de la llamada fórmula de gobierno: dos problemas que ocuparon un papel fundamental en los debates, del Comintern en los años veinte y a inicios de los treinta, y en las contribuciones que Trotsky continuó haciendo hasta el final de su vida.

La forma organizativa más avanzada del frente único obrero será obviamente aquella en la que la unidad de acción se estructura a todos los niveles, incluyendo fábricas y barrios, en comités de frente único (o acción). Creados por todas las organizaciones que participan en el frente único, estos comités deben de estar sujetos de modo creciente a la elección y revocación democrática por las mismas masas trabajadoras —en cuyo caso cada vez se parecerán más al modelo de los auténticos consejos obreros. Y así ocurrirá con cualquier cambio repentino de la situación objetiva (con cualquier incidente que precipite la crisis revolucionaria).

La forma política más avanzada de frente único será obviamente también aquella en la que la constitución de un gobierno de los partidos de la clase obrera (o de las organizaciones de masas de la clase obrera) es el objetivo declarado de la unidad de acción de la clase. En este caso, el fin principal de toda la política de frente único —educar a la clase obrera en la necesidad de conquistar el poder— se sitúa mucho más cerca, cuando la cuestión del poder se entrelaza cada vez más con los objetivos originalmente defensivos del frente único.

Pero como los comunistas —y sobre todo Trotsky, tras febrero de 1917— no tienen ninguna ilusión en los deseos o la capacidad de los gradualistas y socialdemócratas de tomar realmente el poder y derrocar el estado burgués, esta consigna gubernamental debe de ir acompañada de la advertencia paciente de lo que ocurrirá si se permite a los socialdemócratas (y hoy, a los partidos comunistas reformistas) seguir su inclinación y su inercia natural. Si no, toda esta propaganda centrada en la consigna de gobierno, que puede jugar un papel muy importante en educar a la clase obrera tanto en la importancia del poder como en la naturaleza del reformismo y del gradualismo, puede reforzar de hecho las ilusiones de un sector del movimiento de masas. Y por la misma razón, la situación “ideal” es aquella en la que el desarrollo de la lucha de clases y la conciencia de la clase obrera permite que el impulso hacia la auto-organización “estructurada” y orgánica del frente único se combine con la consigna unificadora de gobierno: hacia un gobierno de frente único obrero de los partidos socialdemócratas y comunistas, basado en los comités elegidos democráticamente; un gobierno que aplique una política anticapitalista, de ruptura con la burguesía, elaborada por las propias masas, y que refleje sus necesidades y preocupaciones.

Trotsky enfocó tanto las formas organizativas como los objetivos políticos del frente único sin el menor espíritu de ultimatismo. La variante más favorable, que acabamos de describir, no es de ninguna manera la única forma posible de organización y dinámica del frente único. Y especialmente no es la única forma en la que puede iniciarse la dinámica de frente único en la clase obrera. Pero el inicio de esta dinámica es una precondition fundamental, sino decisiva, para que amplios sectores de las masas oprimidas avancen hacia el marxismo revolucionario, hacia la construcción de partidos revolucionarios de masas. Sería una estupidez criminal el sacrificar la posibilidad de iniciar este proceso en tanto que aparezcan las condiciones ideales.

Esta es la razón por la que Trotsky —a través de toda su lucha por la construcción de partidos revolucionarios de masas en el Comintern hasta 1933, y después, en unas condiciones mucho menos favorables, en la educación de los primeros núcleos de la Cuarta Internacional— aprovechó sin vacilar, consecuentemente, todas las circunstancias propicias, todas las oportunidades que facilitasen un diálogo

y un paso adelante en la conciencia de todos los sectores no revolucionarios de la clase obrera. Incluso las iniciativas “puramente” electorales pueden jugar este papel: con tal que sean congruentes con el objetivo explícito, que permitan dar un paso adelante y no atrás a las masas en el camino de comprender la necesidad de conquistar el poder, y que ayuden y no entorpezcan la construcción de partidos revolucionarios.

Dos conceptos se encuentran en la base de este enfoque, que Trotsky mantuvo tenazmente hasta el final de su vida. El primero, que elaboró de una forma aún más clara que Lenin después de 1917-1918, y que afinó especialmente en la última década de su vida, es el concepto del movimiento obrero organizado como una unidad orgánica. Un concepto que reforzó su lucha por la auto-organización (por el poder obrero basado en los consejos) y la democracia obreras. Y que hoy constituye una diferencia decisiva entre sus seguidores y no solamente las diferentes corrientes ideológicas que no han roto su cordón umbilical con el estalinismo, sino también con un número cada vez mayor de corrientes socialdemócratas bajo la influencia de la ideología burguesa.

Este concepto le ayudó (y a sus seguidores) a distinguir entre el hecho innegable de que fuerzas hostiles de clase ejercen una poderosa influencia ideológica sobre el movimiento obrero —y que un número de “agentes” operan en él, pagados por sectores de la burguesía— y la idea de que las luchas entre las grandes corrientes históricas del movimiento obrero son en realidad “una lucha de clase entre la burguesía y el proletariado”. Esta última conclusión sólo puede llevar a la supresión de la democracia obrera y del debate ideológico reales: a reemplazar de modo creciente la diferenciación política por la represión administrativa (en el caso de la socialdemocracia, represión ejercida a través del aparato de estado burgués; en el caso de la burocracia, represión ejercida a través del aparato de estado de los estados obreros burocratizados). En situaciones extremas, puede conducir a la violencia física, al asesinato o a la aniquilación masiva física.

Independientemente del origen de sus ideas y sus ilusiones, e independientemente de la naturaleza de los embaucadores a los que siguen, los sectores de la clase obrera que apoyan a la socialdemocracia, el anarquismo o el estalinismo son parte de la clase obrera y no parte de la burguesía. La revolución socialista no po-

drá triunfar en las sociedades industriales avanzadas hasta que las masas que siguen a estas corrientes ideológicas no sean ganadas en su mayoría para el proyecto revolucionario, o al menos comiencen a mirarlo desde una neutralidad favorable. (La verdad de que no es posible una revolución socialista victoriosa si la mayoría de los trabajadores siguen siendo reformistas, conlleva la necesidad de una lucha ideológica continua e inmisericorde contra el reformismo.)

Señalemos, de pasada, que el concepto del movimiento obrero como una unidad orgánica debe de basarse en el concepto materialista del proletariado como una clase que engloba a todos los asalariados, a todos aquellos que por necesidad económica venden su fuerza de trabajo. Esta es la definición clásica de proletariado que puede encontrarse en los escritos de Marx, Engels, el joven Kautsky, Plejanov, Lenin y el joven Trotsky. Trotsky vacilaría más tarde en esta cuestión, injustificablemente desde nuestro punto de vista. Algunas veces agrupó a los asalariados de cuello blanco bajo la categoría de “nueva pequeña burguesía” —lo que provoca muchas contradicciones conceptuales, incluyendo la definición de los mismos partidos obreros.⁴

El concepto del movimiento obrero organizado como un todo orgánico unido al proletariado no contradice de ninguna manera la idea, que Trotsky defendió enérgicamente, de la inevitable diferenciación y segmentación interna del proletariado. Esta diferenciación se expresa en las diferentes organizaciones de masas de la clase obrera; y hunde sus raíces materiales en los intereses sectoriales inmediatos, que corresponden además a los diferentes niveles de conciencia, aunque no necesariamente a estos intereses sectoriales. Trotsky no sólo recalcó que esta segmentación y diferenciación es una de las razones fundamentales por las que es necesario un partido revolucionario de vanguardia. También se preocupó profundamente por tendencias objetivas como la creciente integración de (o de amplias partes de) la burocracia sindical en el estado burgués —que es una consecuencia de las leyes objetivas de funcionamiento de la sociedad burguesa tanto en los países imperialistas como en los semicoloniales. Pero atacó con fuerza la generalización exagerada de que este proceso de fragmentación e integración hubiese transferido partes del movimiento obrero de la clase obrera a la clase capitalista, y que, por lo tan-

to, estas partes fuesen ya incapaces de defender ninguno de los intereses de la clase obrera.

El segundo concepto básico subyacente a la táctica de frente único es pedagógico. Como Rosa Luxemburg y Lenin —cuyo *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* sigue siendo una fuente esencial a este respecto— Trotsky comprendió que las masas amplias aprenden de la experiencia, en particular de la experiencia en la acción, infinitamente más que de la propaganda y la agitación oral o escrita. La lucha por el frente único fue así en última instancia una lucha por experiencias en la acción. Y éstas, bien sean positivas o negativas, pueden ayudar a las masas a alcanzar varias conclusiones que los marxistas revolucionarios han ido extrayendo desde 1905- 1906, o al menos desde 1914, y que a las masas amplias les resulta difícil leyendo sólo panfletos o meditando sobre la historia mundial. Esencialmente nos referimos a las siguientes conclusiones: que el capitalismo ha cumplido su misión civilizadora; que la posterior supervivencia del capitalismo solo traerá a la humanidad un número creciente de catástrofes como guerras mundiales, paro desastroso y sangrientas dictaduras reaccionarias; que el capitalismo no puede abolirse a trozos o por pasos graduales; que sólo puede abolirse por la acción de masas en ciertos momentos favorables de la historia, llamados crisis revolucionarias; que los socialdemócratas juegan entonces el papel clave de evitar la revolución a cualquier precio, porque están profundamente convencidos (e interesados materialmente) de que el resultado de estas revoluciones será peor que la decadencia del capitalismo (y porque creen, por lo menos de alguna forma, en la posibilidad de cambiar gradualmente el sistema); y por lo tanto, para salvar a la humanidad de la barbarie, es necesario construir partidos revolucionarios de masas que, a la vez que apliquen una política lo más amplia posible de autoorganización y unidad en la acción del proletariado, estén dispuestos y preparados para aprovechar la oportunidad para conducir a la clase obrera al poder durante estas crisis revolucionarias.

NOTAS

1. Estas palabras fueron pronunciadas en la reunión del 1.º de noviembre del comité de Petrogrado del partido bolchevique. Trotsky publicó más tarde una fotocopia del borrador de las actas de la conferencia que incluyen estas palabras; pero

el censor del borrador las había suprimido en la versión editada. (Trotsky, *The Stalin School of Falsification*, Nueva York, 1973, pp. 103-5.)

2. Véase J. Carmichael, *Trotsky: An Appreciation of his Life*, Londres, 1975, pp. 227-31; M. Basmanov, *The Nature of Contemporary Trotskyism*, Moscú, 1974, y *Lenin über Trotzki*, Frankfurt, 1969, pp. 19-20.

3. Véase, entre otras fuentes, Román Rosdolsky, *Die revolutionäre Situation in Oesterreich im Jahre 1918 und die Politik der Sozialdemokraten*, Berlín, 1973.

4. Para tan controvertible definición, véase Trotsky, *History of the Russian Revolution*, Londres, 1967, vol. 3, p. 166. (Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, ZYX, Madrid, 2 vols.) Merece observarse que, mientras los trabajadores de cuello blanco fueron relativamente poco numerosos (como lo siguen siendo en los países semicoloniales), su absorción por la pequeña burguesía fue obviamente más fácil y se produjo frecuentemente. La diferencia entre sus ingresos y los de los obreros manuales era tan amplia que podían realmente acumular cierto capital.



El estalinismo



Tanto los comunistas rusos como los del resto del mundo, antes y después de la Revolución de Octubre, consideraban como un tópico el que la clase obrera no mantendría el poder en la relativamente atrasada Rusia a menos que la revolución internacional viniese en su ayuda.¹ Pero la pérdida del poder del estado se identificaba generalmente con la restauración del capitalismo, del poder económico y político de la burguesía rusa. Pero la historia tomó por el contrario un curso imprevisible. La derrota de la primera oleada revolucionaria de posguerra sí tuvo como re-

sultado la pérdida del ejercicio directo del poder político por la clase obrera. Sin embargo el poder no fue recuperado por la burguesía rusa, vieja o nueva. Cayó en manos de una nueva capa social privilegiada, la burocracia soviética, que surgió como un tumor canceroso en el seno mismo de la clase obrera rusa.

La explicación histórica básica de este nuevo giro de la historia es doble. El hecho de que ninguna otra revolución socialista victoriosa rematase los grandes ascensos revolucionarios de posguerra en Europa Central —y en China entre 1925 y 1927— dejó aislada a la Rusia Soviética en un medio capitalista hostil, debilitó a la clase obrera rusa, y minó las condiciones para un poder soviético como el de 1917-1920. Pero los ascensos revolucionarios fueron lo suficientemente fuertes como para impedir que el imperialismo mundial restaurase el capitalismo en Rusia. El nuevo equilibrio inestable mundial entre las fuerzas capitalistas y antiimperialistas permitió a la Unión Soviética sobrevivir, aunque en una forma extremadamente pervertida y degenerada.

Más aún, la victoria del Ejército Rojo en la guerra civil, la decisiva debilidad de la vieja burguesía rusa, la dispersión del campesinado, la fuerza del nuevo aparato de estado, se combinaron para hacer el proceso de reaparición de una nueva clase capitalista en lucha por el poder, a pesar de que se vio facilitado sin duda por la Nueva Política Económica bolchevique de 1921, mucho más lento, contradictorio y débil que lo que Lenin y Trotsky habían imaginado en un principio. De nuevo, de la debilidad paralela del proletariado y la gran, mediana y pequeña burguesía rusas surgió un nuevo equilibrio inestable en la sociedad soviética, cuya expresión más clara fue el ascenso de la burocracia rusa y su ejercicio privativo del poder económico y social.

Cuando decimos que este giro de los acontecimientos sorprendió a los marxistas rusos y del resto del mundo, debemos señalar sin embargo que la posibilidad de una degeneración burocrática del poder obrero (o de un estado obrero) se había concebido teóricamente ya en un estadio relativamente temprano de la historia del pensamiento socialista —entre otros por ciertos pensadores anarquistas y por Kautsky en su famoso prólogo a los *Orígenes del Cristianismo* (1898). Tras la Revolución de Octubre, primero Rosa Luxemburg y después Otto Bauer contrapu-

sieron esta posibilidad a la restauración inevitable del capitalismo precedida por los mencheviques.

Lo que hace que la percepción exacta y el análisis científico de este proceso nos sean tan difíciles, y su explicación actual tan complicada para los marxistas, es la manera como se ha entrelazado con las formas sociales y las estructuras económicas producidas por la Revolución socialista de Octubre. La nacionalización de los medios de producción; la prohibición constitucional de la apropiación privada de estos medios de producción y de la explotación particular del trabajo asalariado; el monopolio estatal del comercio exterior; la supresión de las relaciones capitalistas de producción y de la producción generalizada de mercancías (es decir, el hecho de que la economía soviética no se desenvuelve de acuerdo con las leyes de funcionamiento del capitalismo descubiertas por Marx)² la posibilidad de una planificación a largo plazo: todas estas conquistas de la Revolución de Octubre siguen intactas hasta hoy.

Sin embargo, esta continuidad no se limita tan sólo al campo del sistema económico. Los sucesivos dirigentes de la burocracia, desde Stalin, pasando por Malenkov, hasta Kruschev y Brezniev han seguido presentándose como los herederos legítimos de Lenin. El marxismo continúa siendo la doctrina oficial del estado. La construcción de una sociedad sin clases comunista todavía es el objetivo final proclamado de la política del gobierno. El Partido Comunista de la Unión Soviética aún se llama Partido Comunista de la Unión Soviética. Y, aunque la Internacional Comunista fue disuelta en 1943, el “movimiento comunista mundial”, su hijo ilegítimo, mantiene un poderoso lazo entre el PCUS y el gobierno soviético de una parte, e importantes sectores del movimiento obrero internacional de otra.

Por todo ello, los marxistas revolucionarios rusos, y en primer lugar Trotsky, pronto intentaron explicar la naturaleza del proceso contrarrevolucionario que se desarrollaba en la Unión Soviética desde comienzos de los años veinte a la luz de un paralelismo histórico evidente: en concreto, el Thermidor que marcó el punto de giro de la Gran Revolución Francesa.

Como su equivalente francés, el thermidor ruso fue una auténtica contrarrevolución. Pero en vez de conducir a la restauración del poder de la clase dominante

prerrevolucionaria (la aristocracia semifeudal en Francia, los terratenientes y capitalistas en Rusia), el thermidor mantuvo en gran parte las conquistas socio-económicas de la revolución. Fue, por así decir, una contrarrevolución política en el seno de la revolución, lo que no implica que sus consecuencias se limitaran tan sólo a la esfera de la superestructura social. De la misma forma que el proceso que se desarrolló en Francia desde el Thermidor, pasando por el Bonapartismo y el Imperio Napoleónico hasta la Restauración Borbónica de 1816, la contrarrevolución en Rusia tuvo también un grave impacto en el terreno socio-económico, pero sin llegar a provocar una restauración de las relaciones de propiedad y producción prerrevolucionarias.

La misma idea del poder soviético implica un aparato de estado débil y barato en su funcionamiento. Éste había sido uno de los argumentos fundamentales de Marx a favor de la dictadura del proletariado, siguiendo la experiencia de la Comuna de París. Y fue reafirmado vigorosamente por Lenin en *El Estado y la Revolución*, una de las obras más “libertarias” producidas jamás por un marxista confeso. Desde el punto de vista de la teoría general marxista, el poder del estado es proporcional a la gravedad de las contradicciones sociales. Así, un estado de la inmensa mayoría que busque impedir que una minoría relativamente pequeña reconquiste el poder no debe conocer el grado de hipertrofia o violencia represiva que caracteriza a un estado al servicio de una minoría relativamente pequeña, que defiende la explotación y la opresión de la mayoría por una clase dominante.³

Pero aunque este razonamiento es sin duda aplicable a la dictadura del proletariado en los países industriales avanzados, y, estamos seguros, la práctica confirmará su corrección, su aplicación en la Rusia Soviética implicó toda una serie de rupturas fundamentales.

En primer lugar, la “inmensa mayoría” a la que Lenin se refiere constantemente en *El Estado y la Revolución* no es ni proletaria ni una fuerza social relativamente homogénea. Por el contrario, se componía de trabajadores y campesinos (o más precisamente: obreros, semi-proletariado rural, campesinos pobres, y aquellos sectores del campesinado medio que no estaban básicamente comprometidos en la explotación de trabajo asalariado): en otras palabras, un bloque heterogéneo de diferentes clases sociales, cuyos intereses inmediatos e históricos no eran de ninguna

manera idénticos. A pesar de que los bolcheviques, empezando por Lenin, recalcaron la necesidad de mantener una alianza a largo plazo entre estas clases, la creencia de que se podía hacer sin violar constantemente, al menos en parte, los intereses de una de ellas, de varias o de todos los componentes de este bloque demostró ser una utopía.⁴ De ahí la necesidad de un arbitro para zanjar las disputas entre estos intereses conflictivos. Bajo condiciones de escasez de los bienes de consumo y de pobreza generalizada, este arbitro —la burocracia soviética— expolió un precio cada vez mayor por sus servicios, en la forma de privilegios materiales. La situación de fortaleza sitiada, en la que se encontró la Unión Soviética entre las dos guerras mundiales, ayudó sin duda a este proceso.

En segundo lugar, la idea de un aparato de estado débil y barato presupone que la clase obrera —junto con sus aliados— es capaz de ejercer un gran número de las funciones tradicionales del estado en la estructura de los soviets (consejos obreros). Pero ello a su vez presupone condiciones objetivas favorables para esta ampliación gradual de la autoadministración de la clase obrera. En la Rusia Soviética que surgió de tres años de guerra civil y lucha contra la intervención imperialista extranjera, las condiciones para este florecimiento de la democracia soviética (autogobierno de masas) eran extremadamente desfavorables.

La clase obrera era débil tanto numérica como físicamente. Había sido apartada de la actividad política no sólo por la desmoralizante ausencia de la revolución mundial sino sobre todo por la presión de las necesidades materiales y la miseria. Puesto que tenía un nivel relativamente bajo de preparación técnica y cultural, tuvo que depender en una extensión desproporcionada de los técnicos y expertos pequeño-burgueses. Y los miembros más conscientes y activos políticamente de la clase habían sido diezmados por la guerra civil o absorbidos por el aparato de estado y el ejército. Todos estos factores influenciaron fuertemente la creciente hipertrofia del poder y su monopolización cada vez mayor por parte de la burocracia. Los trabajadores no fueron expulsados de los soviets: los fueron abandonando gradualmente.

La burocracia soviética surgió progresivamente en la sociedad rusa posrevolucionaria a través de la fusión de una serie de elementos: fuertes restos del viejo aparato de estado zarista que, como Lenin lamentó, había sido destruido o dispersado

en mucho menor grado que el que se había presumido inicialmente; un grupo de gerentes, que comprendía administradores profesionales de las “unidades económicas” (fábricas, empresas comerciales públicas, empresas estatales de transportes y telecomunicaciones, etc.), cuyo número creció a pasos agigantados cuando se aceleró la industrialización en 1928; personal del nuevo aparato de estado soviético (incluyendo el militar), en un número no comparable con el de los dos anteriores, originado y reclutado en la intelectualidad obrera y pequeño-burguesa; y el mismo aparato del partido (incluyendo al menos los estratos superiores del aparato de los sindicatos). El ascenso de la burocracia soviética al status de casta dominante habitual y privilegiada, unida estrechamente al monopolio del poder político y social —un proceso que tomó forma con la institucionalización de la dictadura estalinista— es la expresión de la fusión de estos componentes en una sola capa social, aunque heterogénea, consciente de sus intereses sociales particulares y colectivos.

Lenin fue consciente ya en un estadio inicial del peligro de una degeneración burocrática del estado soviético —un par de años antes que Trotsky y más o menos al mismo tiempo que la Oposición Obrera, estructurada alrededor del viejo dirigente obrero bolchevique Shlyapnikov, hacia públicos similares temores. Ya en 1921 Lenin definió al estado ruso como “un estado obrero y campesino con deformaciones burocráticas” o mejor “un estado obrero con deformaciones burocráticas” en la formulación corregida de unos días después. Justificó las huelgas obreras contra las empresas públicas refiriéndose a este fenómeno de la deformación burocrática del estado obrero. En los últimos años de su vida se obsesionó literalmente con el crecimiento de la burocracia soviética y fue torturado por la duda de si su política no habría engendrado un monstruo, de si su partido no habría jugado el papel histórico de aprendiz de brujo.

Justo antes y después de la muerte de Lenin, Trotsky y la Oposición de Izquierda recogieron esta lucha contra la burocratización del estado soviético: la llevaron a cabo como miembros del partido hasta su expulsión en 1927-28, como fracción pública que exigía su readmisión en el partido y en la Internacional Comunista entre 1929 y 1933, y como organización independiente después de 1933. Es cierto que estuvieron tan aislados con sus temores como lo pudo estar Lenin en el período 1921-1923. Dado el alto nivel de educación teórica y de conciencia de clase

de los dirigentes y cuadros obreros bolcheviques, fueron muchos los que instintiva o conscientemente sintieron, en momentos diferentes entre 1921 y 1936, que la situación existente no correspondía con lo que el bolchevismo había intentado alcanzar, que era difícil decir, a pesar de todos los esfuerzos de imaginación que se quisieran hacer, que la clase obrera realmente ejercía el poder del estado.

La tragedia del Partido Bolchevique postleninista, sino desde 1921, fue que esta conciencia no apareció simultáneamente en todos estos diferentes medios. No se expresó por lo tanto de una forma organizada —a excepción de la Oposición de Izquierda, una pequeña minoría—, no llegó a las mismas conclusiones políticas, y sobre todo no se fusionó con la vanguardia políticamente activa de la clase obrera, la única base social posible para una revisión radical de la política del PCUS.⁵ Es en la combinación de estos factores subjetivos y objetivos en donde se encuentran las razones de la victoria de Stalin y la burocracia. Y no es simplemente el resultado inevitable de las condiciones objetivas desfavorables —como suele mantenerse en todas las interpretaciones “objetivistas” de la historia soviética, con un inevitable fuerte regusto de apologética a favor de Stalin y la burocracia.

La principal ilusión del dirigente y cuadro bolchevique medio fue no tanto negar la posibilidad de una degeneración del Estado Soviético, sino la de ver en el partido un poder capaz de contrapesar efectivamente y prevenir este peligro. No comprendieron, o no quisieron ver, que con el declive radical de la actividad política de la clase obrera, el “partido” se reducía cada vez más a la concha vacía del aparato del partido, separado cada vez más del proletariado real.

A su vez, el aparato del partido era absorbido inevitablemente en un proceso de fusión gradual con el aparato de estado. Y, en vez de ser bloqueado en sus inicios por un Partido Bolchevique combativo, la burocratización del estado soviético fue acelerada y completada por la burocratización del mismo Partido Bolchevique. Un diálogo de uno de los últimos debates a los que Trotsky asistió en el seno de los organismos de dirección del PCUS expresa dramáticamente esta transformación: Molotov: “Y el partido, ¿qué hace usted con el partido?” —Trotsky: “El partido, ¡ustedes lo han estrangulado!” —Stalin: “Estos cuadros sólo pueden ser removidos con la guerra civil”.⁶

La táctica de Trotsky y de la Oposición de Izquierda, lejos de estar basada en “vacilaciones centristas”, “falta de decisión” o cierto tipo de “complejo de edipo” (que supuestamente le impedía oponerse más radicalmente al aparato de estado que él mismo, en no menor medida que Lenin, había ayudado a crear), se basaba en una comprensión extremadamente severa y objetiva de las raíces de la burocratización de los medios para oponerse a ella. La pasividad política de la clase obrera —o al menos de su vanguardia— era el principal escollo; y era necesario concentrar todos los esfuerzos para removerlo. Trotsky, sus amigos y aliados lucharon así simultáneamente por: una democracia interna del partido más amplia; una mayor democracia soviética (éste era el mensaje principal de su famoso Nuevo Curso, publicado en 1923, a cuyas conclusiones generales se opuso fuertemente el triunvirato dominante de Stalin-Zinoviev-Kamenev, aunque formalmente fue adoptado por la dirección del partido); una alternativa económica inmediata que implicaba, entre otras cosas, un aumento de los salarios reales y la desaparición del paro masivo; y una orientación generalizada hacia la industrialización rápida y el incremento de la lucha de clases en el campo. (Una fuerte ofensiva contra los kulaks debería lanzarse, aunque no por medios terroristas, sino ayudando a los campesinos pobres a liberarse, a través de la mecanización y las cooperativas, del dominio de los campesinos ricos sobre la economía rural).

Es completamente erróneo el decir que Stalin y la fracción que dirigía simplemente hicieron suya la política económica de la Oposición de Izquierda. En realidad, a finales de los años veinte en el PCUS surgieron tres estrategias diferentes para el desarrollo económico: primero, la posición de Bujarin, basada en un ritmo lento de industrialización y la integración armónica de los kulaks en la “construcción del socialismo”; segundo, el programa de la Oposición de Izquierda, basado en un ritmo rápido de industrialización, a costa de los kulaks y los Nepmen pero en beneficio de los obreros y los campesinos pobres, y en la colectivización voluntaria de aquella parte de la agricultura que pudiese ser mecanizada y dirigida por los campesinos pobres; y tercero, la posición de Stalin, basada en un ritmo de industrialización aventurero y en la colectivización forzosa, a costa tanto de los obreros como de los campesinos. La base social de estas tres políticas es obvia.

Nos parece evidente que hubo una alternativa política, económica y social coherente a la política seguida por Stalin. Si hubiese prevalecido habrían surgido una Unión Soviética y un mundo muy diferentes. Durante los años veinte y la mayor parte de los treinta, la dirección soviética hubiera tenido un poder considerable para ayudar, en vez de estrangular a la revolución mundial en las continuas oportunidades que se presentaron. Trotsky prosiguió la política de Lenin de ganar un tiempo de respiro hasta la siguiente ruptura de la revolución mundial -un tiempo de respiro, sin embargo, durante el cual se incrementase significativamente el peso objetivo-, y el nivel medio de la conciencia de clase y de la actividad política de la clase obrera soviética. Pero si ocurría lo contrario, sería cada vez más probable tanto la victoria completa de la burocracia soviética como la derrota de la revolución mundial. Y en tanto que la clase obrera no volviese a ser políticamente activa, sólo los cuadros y militantes del partido podían ser el eslabón decisivo a la hora de revertir esta tendencia. De ahí el porqué Trotsky se concentró en la lucha de fracciones interna del partido. De ahí las consecuencias de su derrota en esta lucha.

La derrota de la Oposición de Izquierda fue la derrota de la fracción que representaba en el Partido Comunista Soviético —más aún, en la sociedad soviética y en la Internacional Comunista— los intereses de clase del proletariado tanto a nivel inmediato como histórico. Implicó por lo tanto la derrota del proletariado, la victoria de la contrarrevolución política, que culminó con la exterminación física de los cuadros bolcheviques en 1936-38. Darle cualquier otra connotación, ver el ascenso del estalinismo sólo en términos de “culto a la personalidad” o de “circunstancias objetivas adversas dentro y fuera de la Unión Soviética” es romper con la interpretación marxista de la historia. Los cataclismos tumultuosos que atañen a la vida (y, por lo tanto, a la muerte) de millones de personas deben de explicarse siempre, en última instancia, como el resultado de la lucha entre poderosas fuerzas sociales (no solamente clases antagónicas, sino también sub-fracciones de clases sociales). De otra forma, no se podría explicar en términos marxistas la Primera Guerra Mundial, y, de alguna manera, tampoco la Segunda Guerra Mundial.

Pero el surgimiento de la dictadura de la burocracia estalinista no puede interpretarse lógicamente a menos que se comprenda correctamente la naturaleza de

la burocracia, la sociedad y el estado soviéticos. Trotsky consiguió al hacerlo uno de sus logros teóricos más sobresalientes, quizás el más importante desde la formulación de la teoría de la revolución permanente. Aplicando correctamente la dialéctica marxista, el método de análisis marxista en general, pudo explicar coherentemente uno de los fenómenos más contradictorios y confusos del siglo xx.

Trotsky llegó a la conclusión de que lo que estaba ocurriendo en la Unión Soviética no era ni la restauración del capitalismo (aunque fuese bajo la forma de “capitalismo de estado”) ni la emergencia de una nueva clase dominante y un nuevo modo de producción (“el colectivismo burocrático”). Por el contrario, mantuvo que el poder dictatorial de la burocracia se ejercía dentro de la estructura de una sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo, bloqueando de forma decisiva su avance hacia el socialismo; que la estructura social había sido violentamente distorsionada por el proceso de burocratización, que sin embargo no había desembocado en una forma de dominio social estable, homogénea y capaz de autorreproducirse. El estado soviético seguía siendo un estado soviético, si bien extremadamente degenerado. La burocracia no podía crear nuevas relaciones de producción, pero tampoco pudo asegurar el funcionamiento normal de las surgidas de la Revolución de Octubre: las distorsiona y trastorna, minando su lógica interna. El modo específico en el que la burocracia gobierna, y los diferentes privilegios que se apropia como precio de este gobierno —esencialmente en la esfera del consumo— contradicen violentamente las exigencias de una planificación económica óptima. De ahí tanto la constante crisis económica que tortura a la sociedad soviética —cualitativamente diferente de las crisis de sobreproducción capitalistas— como su tasa de crecimiento económico a largo plazo, más alta que la del mundo capitalista.

No trataremos de nuevo aquí la correlación específica que existe entre el ascenso de la burocracia soviética hasta el poder absoluto y las necesidades de la llamada “acumulación primitiva socialista”. Ni volveremos sobre la correlación que hay entre el ascenso del estalinismo y las implicaciones de la teoría de “la construcción con éxito del socialismo en un solo país” (es decir, la política de coexistencia pacífica con el capitalismo mundial, y la transformación de la Internacional Comunista de un instrumento de la revolución mundial en un instrumento de las manio-

bras diplomáticas de la burocracia soviética). Estos temas han sido ya discutidos en el segundo capítulo.

En tres coyunturas decisivas en la historia soviética después de Lenin, la naturaleza dual y contradictoria de la burocracia soviética se reveló claramente, permitiendo a Trotsky y a sus seguidores comprender lo que estaba pasando. En contraposición, los defensores de otras teorías sobre la contrarrevolución estalinista se descarriaron sin esperanza.

Primero, durante la crisis de la economía soviética de 1928, la burocracia como capa social (haciendo abstracción de fracciones minoritarias) no se alió con los kulaks y Nepmen a favor de la restauración del capitalismo y de una integración más estrecha en el mercado capitalista mundial. En cambio, utilizó medidas violentas y terroristas para aplastar la naciente acumulación privada de capital y la extensión de la pequeña producción mercantil. Esta política tuvo unas consecuencias tan desastrosas desde el punto de vista económico que produjo un descenso decisivo en el nivel de vida de la clase obrera —y por lo tanto también en la productividad del trabajo prevista—. Sólo las extremas tensiones sociales que causó pueden explicar las purgas masivas del período 1934- 38 y la bárbara regimentación de la vida social.

Durante y después de la Segunda Guerra Mundial, especialmente durante el asalto imperialista nazi, la burocracia soviética como capa social (haciendo abstracción de nuevo de fracciones minoritarias sin importancia) ni capituló ante el imperialismo ni se transformó en el núcleo de una nueva burguesía neocolonial rusa, al servicio del imperialismo alemán y de Estados Unidos. Bajo el impulso de la resistencia de los trabajadores soviéticos, defendió en general las estructuras socio-económicas de la URSS, producto de la Revolución de Octubre— a pesar de que con sus propios métodos terroristas y militaristas llevó en innumerables ocasiones la causa de la defensa de la URSS al mismo borde del colapso.

Finalmente, cuando el poder militar soviético se desbordó más allá de las fronteras de la URSS en 1944-45, ocupando una vasta parte de Europa Central y Oriental, aquellos territorios sobre los que se consolidó definitivamente el poder de la burocracia (en el contexto específico de las relaciones de poder de la “guerra fría”) tu-

vieron que ser “estructuralmente asimilados” a las relaciones de propiedad y producción creadas por la Revolución de Octubre. La burocracia no mantuvo sino que abolió por el contrario la propiedad privada en estos países. Y aunque no estableció el poder de los consejos obreros, de hecho aplastó toda forma de poder obrero directo, fue incapaz de ascender a un nivel comparable al de una nueva clase dominante. La definición de Trotsky de la burocracia, del estado y de la sociedad soviéticas se justificó en lo esencial en las tres ocasiones.

Por todas estas razones, Trotsky mantuvo que cualquier reinstauración del capitalismo en la URSS supondría un gigantesco paso atrás en la historia. Los intereses tanto del proletariado ruso como mundial exigían evitarlo, defender la URSS contra el imperialismo. Pero era necesario hacerlo con métodos que estuviesen de acuerdo con los intereses globales de la clase obrera, no de tal forma que hiciesen el derrocamiento del capitalismo más difícil aún.

Esta concepción de la burocracia soviética no subestima en manera alguna su papel históricamente contrarrevolucionario. Sólo fija los límites de la contrarrevolución. El papel de la burocracia es contrarrevolucionario ante todo a escala mundial —en su política consciente de colaboración con el capitalismo para evitar nuevas revoluciones socialistas (que estallan para “provocar” una “conspiración” del capitalismo mundial contra la URSS) y en las desastrosas consecuencias que la identificación del “socialismo” con las condiciones soviéticas ha tenido en la predisposición del proletariado occidental para emprender la revolución socialista—. Pero su papel es contrarrevolucionario en la propia Rusia —donde las sucesivas políticas anti-obreras han tenido como resultado la despolitización y atomización extremas de la clase obrera (represión de masas, feroz legislación laboral y exterminio de los cuadros bolcheviques por Stalin; desigualdad social creciente; vulgar “consumismo” bajo Kruschev y Brezniev; supresión de cualquier tipo de actividad sindical independiente)—. El tremendo despilfarro y desorganización que introduce en la economía soviética la planificación centralizada burocráticamente tiene un efecto a largo plazo que opera en la misma dirección contrarrevolucionaria.

De este análisis coherente de la sociedad soviética después de Lenin, Trotsky extrajo la conclusión de que lo que tenía que prepararse era una nueva revolución política que, a la vez que mantuviese y consolidase las principales conquistas de la

Revolución de Octubre, eliminase el poder dictatorial de la burocracia, a través de la democratización de la sociedad soviética, y volviese a restaurar en manos del proletariado el poder político. Un poder que sería ejercido a través de soviets elegidos democráticamente, dentro de un sistema multipartidista; y un sistema de planificación revisado bajo gestión de los trabajadores y el control público democrático, eliminando así la mayor parte de las fuentes del monstruoso despilfarro que bloquea hoy el funcionamiento normal del sistema. El desarrollo de las fuerzas productivas y el crecimiento en número, preparación técnica y cultural de la clase obrera facilitará objetivamente esta revolución política, de la misma forma que lo harán nuevas victorias revolucionarias en Occidente u Oriente.

La Revolución Húngara de octubre-noviembre de 1956 y la Primavera de Praga de 1968 —febrero de 1969 muestran de forma impresionante lo que será esta revolución política. El aplastamiento de estas dos sublevaciones obreras masivas por la intervención militar soviética confirma de nuevo la naturaleza contrarrevolucionaria de la burocracia soviética.

Es fácil de comprender por qué ningún otro aspecto del pensamiento de Trotsky ha sido puesto en duda tan constantemente como lo ha sido su intento para explicar el fenómeno del estalinismo dentro de la estructura conceptual clásica del marxismo.⁷ Una teoría del estado obrero soviético burocráticamente degenerado como una sociedad en transición entre el capitalismo y el socialismo, pero que no es ella misma ni capitalista ni socialista, y de la burocracia como capa privilegiada estable en el seno de la clase obrera en vez de una nueva clase dominante es sin duda más difícil y complicado de entender que respuestas del tipo “blanco o negro”, “sí o no”. Explicaciones que sustituyen criterios estrictamente científicos, aunque sean sumamente abstractos, por la indignación moral y por la lealtad fanática más ciega. A pesar de todo, a medida que el tiempo pasa, aparece cada vez más como la única explicación marxista del fenómeno estalinista, encontrando incluso un eco creciente en las filas de los mismos partidos comunistas.⁸

NOTAS

1. “Tanto antes de octubre como durante la revolución de octubre, dijimos siempre que nos consideramos, y podemos tan sólo considerarnos, como uno de

los contingentes del ejército proletario internacional, un contingente que pasó a primer plano no debido a su nivel de desarrollo y preparación, sino debido a las condiciones excepcionales de Rusia; siempre dijimos que la victoria de la revolución socialista, por lo tanto, sólo puede considerarse definitiva cuando se convierte en la victoria del proletariado en al menos varios países avanzados. Fue en este respecto que experimentamos las mayores dificultades. Nuestra patrocinación de la revolución mundial, si puede llamarse así, se ha justificado, en su conjunto, plenamente. Pero desde el punto de vista de la velocidad de su desarrollo hemos sufrido un período excepcionalmente difícil; hemos visto por nosotros mismos que el desarrollo de la revolución en los países más avanzados ha demostrado ser considerablemente más lento, considerablemente más difícil, considerablemente más complicado... Pero... este desarrollo... más lento de la revolución socialista en Europa Occidental nos ha cargado de increíbles dificultades.” (Lenin, “Informe al Séptimo Congreso Panruso de los Soviets”, en *Collected Works*, cit., vol. 30, p. 207.) (Lenin, *Obras Completas*, cit.)

2. Esas leyes incluyen la competencia entre capitales distintos motivados por la maximalización del beneficio, competencia que conduce inevitablemente a la anarquía de la producción. Esto, combinado con la tendencia descendente de la tasa de ganancia, y con la tendencia de la producción a desbordar la demanda efectiva de los consumidores finales, se resuelve en crisis periódicas de sobreproducción. En armonía con su postulado de que el capitalismo ha sido restaurado en Rusia, el más inteligente de los “capitalistas de estado”, A. Bordiga, predijo con fiabilidad que una enorme crisis de sobreproducción golpearía a Rusia en los años setenta: “En el curso de los próximos veinte años, la producción industrial y el comercio mundial experimentarán una crisis de las proporciones de la del crash americano de 1932; sólo que esta vez no perdonará al capitalismo ruso.” (A. Bordiga, *Revolución und Konterrevolution in Russland*, Milán, 1957.) Ya sabemos qué ha ocurrido con esta predicción.

3. Lenin, “Estado y revolución”, en *Collected Works*, vol. 25, pp. 463-4. (Lenin, *O.C.*, cit.)

4. Durante el período 1924-27, cuando era el principal teórico de la fracción dirigente del PCUS y el principal antagonista de la Oposición de Izquierda, la ilu-

sión básica de Bujarin era creer en tal armonía entre el proletariado y no sólo los sectores pobres y semiproletarios del campesinado, sino el campesinado en su totalidad. Véase Stephen F. Cohén, *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, Nueva York, 1973, pp. 192-201. (F. Cohén, *Bujarin y la revolución bolchevique*, Siglo XXI editores.)

5. Trotsky ha sido frecuentemente criticado por no tomar el poder, con la ayuda del ejército rojo, cuando hubiera podido hacerlo, en el período inmediatamente posterior a la muerte de Lenin. Pero dada la pasividad de la clase obrera en aquella época, se hubiera convertido a su vez en prisionero y herramienta de la burocracia, aunque sin duda de un modo menos bárbaro que Stalin. Para un revolucionario proletario no existe alternativa a levantarse y gobernar con su dase. Aun criticando erróneamente su “ineficaz” oposición a Stalin, Irving Howe (Trotsky, Londres, 1978, p. 98) dice correctamente: “Aquéllos que le echaron en cara el no adoptar semejante curso no supieron entender ni al hombre ni a sus ideas.”

6. La escaramuza de Trotsky con Molotov tuvo lugar el 1.º de agosto de 1927 en el pleno conjunto del CC y de la Comisión Central de Control del PCUS. (*Die Linke Opposition in der Sowjetunion*, vol. 5, Berlín, 1976, p. 280.) La observación de Stalin fue hecha durante su discurso en esa reunión.

7. La larga lista de críticos incluye (en orden histórico) a Dan, Bordiga, Rizzi, Schachtman, C.L.R. James, Cliff, Castoriadis, Sweezy, Bettelheim, y a escritores maoístas como Mavrakis.

8. Así, Santiago Carrillo (*Eurocomunismo y Estado*, Crítica, Barcelona, 1977) y Jean Einstein (*El fenómeno Stalin*, Laia, Barcelona) se extienden largamente sobre el análisis por Trotsky de la burocracia soviética, aunque lo hagan con un sesgo “objetivista”. En *L'URSS et Nous* (París, 1978), una obra semioficial publicada por el PCF, Alex Adlet, Francis Cohén, Maurice Decailot, Claude Frioux y León Robel hablan de una capa burocrática privilegiada como principal instrumento de gobierno en la URSS (pp. 74, 91-92), capa que goza de un monopolio de poder casi irreversible. Pero no hacen ni una sola mención al análisis de la burocracia por Trotsky.



El fascismo



El estalinismo, la victoria de la contrarrevolución política en Rusia, era esencialmente el producto de una derrota parcial de la revolución mundial en el período 1918-23. Una derrota que a su vez pesó gravemente sobre el resultado de las importantes luchas de clase de 1923-1940. El balance de estas luchas fue desastroso en gran parte del mundo. El fascismo (o dictaduras militares parecidas) se estableció en gran parte del hemisferio norte, con las excepciones cruciales de USA, Canadá, Gran Bretaña y México. El asesinato de Trotsky por un agente de la GPU

en agosto de 1940 en México constituyó una expresión simbólica de esta tendencia reaccionaria a escala mundial, que culminó en la barbarie de la Segunda Guerra Mundial.

El fascismo, la victoria de la contrarrevolución política en los países imperialistas, fue tan difícil de conceptualizar por el pensamiento contemporáneo social, incluyendo el marxista, como el estalinismo. Y una vez más, al explicar este nuevo y terrible fenómeno, Trotsky se irguió por encima de sus contemporáneos. Ningún otro escritor comprendió tan claramente la naturaleza del fascismo, la amenaza que representaba para la clase obrera y la civilización humana; ningún otro previno al movimiento obrero a tiempo para alzarse contra esta amenaza, planificando la táctica y la estrategia correctas para oponerse a él. Podemos decir sin exageraciones, que con las posibles excepciones de *El 18 Brumario* de Luís Bonaparte y *La lucha de clases en Francia, 1848-1850* de Marx no existe un análisis marxista sobre problemas políticos y sociales actuales comparable en profundidad y capacidad de percepción a los escritos de Trotsky sobre Alemania de 1929-1933.*

En su planteamiento del fenómeno del fascismo, Trotsky se vio ayudado de nuevo poderosamente por su comprensión de la ley del desarrollo desigual y combinado: síntesis del materialismo dialéctico aplicado a la sociedad de clases. Como otros pocos escritores marxistas (por ejemplo, Ernst Bloch y Kurt Tucholsky), Trotsky comprendió la no correspondencia de las formas socio-económicas e ideológicas, es decir, el hecho de que ideas, costumbres y añoranzas de épocas pre-capitalistas hubiesen sobrevivido fuertemente en amplios sectores de la sociedad (especialmente entre las clases medias amenazadas por la pauperización, pero también en sectores de la misma burguesía, intelectuales desclasados, e incluso en capas atrasadas de la clase obrera). Extrajo mejor que nadie las siguientes conclusiones sociales y políticas: en condiciones de tensión creciente, con un número cada vez mayor de contradicciones de clase insoportables, sectores significativos de las clases medias y de otras capas sociales antes mencionadas —basura humana, como Trotsky la caracterizó certeramente— podían amalgamarse en un poderoso movimiento de masas, ser hipnotizados por un caudillo carismático, armados por un sector de la clase capitalista y del aparato de estado, y utilizados como un ariete para aplastar al movimiento obrero con la intimidación y el terror sangriento.

Se abriría así el camino para una “solución” capitalista momentánea a la tremenda crisis de la sociedad burguesa, una solución basada en una sobre-explotación tal del proletariado como no había sido posible desde la aparición del movimiento obrero organizado. Pero a largo plazo, las condiciones de estabilidad del capitalismo no pueden ser recreadas en un solo país. Una vez que el fascismo hubo aplastado a la clase obrera, y establecido una sociedad burguesa estructurada represivamente, volcó hacia afuera su terrible dinámica, en un intento de conquistar nuevas colonias y semi-colonias, esclavizar pueblos enteros, someter a sus competidores imperialistas, aplastar a la Unión Soviética y establecer su dominación a escala mundial.

Este profundo análisis del fascismo une y combina diferentes elementos analíticos, cada uno con una autonomía relativa, que corresponden a los aspectos específicos de la realidad política y social de los países imperialistas en períodos de aguda crisis económica, y cuya combinación —diferente de la yuxtaposición— los integra en un instrumento para comprender la totalidad del fenómeno llamado el ascenso del fascismo.

Las ideologías y grupúsculos políticos fascistas (o proto-fascistas) nacen, con una relativa independencia de las necesidades inmediatas de la clase capitalista, de la exasperación y desesperación de las clases medias al poder ser aplastadas entre el poder de los monopolios capitalistas y el de los sindicatos. (La relativa independencia de su ideología es otra cuestión. El racismo está profundamente enraizado en las ideologías burguesas típicas de la época colonial- imperialista, aunque las combine con restos de ideología preburguesa). En ciertas etapas transitorias, estos grupúsculos se enzarzan en feroces disputas por nimiedades, escindiéndose en torno a candidatos a Führer rivales. Sólo un conjunto especial de circunstancias —agudización de la crisis económica; una necesidad apremiante del gran capital de acabar con las principales características de la democracia burguesa; la necesidad objetiva de una mayor centralización política si la sociedad burguesa quiere lograr una serie de objetivos económicos urgentes; un cierto nivel de apoyo popular al menos uno de los candidatos a dictador— puede llevar al gran capital a considerar realmente la posibilidad de prestar un mayor apoyo a los fascistas.

Desde el punto de vista de los intereses a largo plazo de la clase capitalista en general, de la relativa estabilidad de la sociedad burguesa como un todo, los regímenes parlamentario-burgueses son sin duda preferibles a cualquier tipo de dictadura, para no hablar de formas de fascismo. El dominio de clase de la burguesía se apoya en una combinación específica de instituciones represivas y consensuales. Cuanto menor sea el peso de las segundas, mayor será la inestabilidad social a largo plazo. No por casualidad se ha llamado al fascismo y a otras formas extremas de dictadura de la burguesía un estado de sitio institucionalizado, o incluso una forma de guerra civil permanente (una guerra civil, a decir verdad, en la que un campo se encuentra permanentemente desarmado y expuesto a la violencia del otro). Estas formas de gobierno son más peligrosas para la burguesía, porque tienden a acumular tensiones sociales que pueden llegar a alcanzar un punto explosivo en períodos de crisis aguda, sin crear a la vez mecanismos de conciliación entre las clases.

De hecho, todas las revoluciones sociales victoriosas han ocurrido en países en los que habían existido durante períodos de tiempo prolongados regímenes represivos de algún tipo (el zarismo; la monarquía dictatorial primero y más, tarde la dictadura fascista bajo la ocupación en Yugoslavia; la dictadura de Chiang Kai-shek; la dictadura de Batista; las dictaduras de Bao-Dai, Diem y Thieu en Vietnam del Sur, etcétera).

Por lo que se refiere a los intereses de clase de la burguesía, la dificultad objetiva reside en el hecho de que, a pesar de que el precio político y social a largo plazo de las dictaduras represivas es alto y peligroso, el precio económico a corto y medio plazo de la democracia burguesa puede llegar a ser intolerable en ciertas circunstancias. La democracia burguesa en los países industrializados significa un desarrollo del movimiento obrero (en primer lugar de los sindicatos) que a su vez implica la venta colectiva, en vez de individual, de la mercancía fuerza de trabajo. En estas condiciones, el precio de esta mercancía será sustancialmente más alto que en aquellas en las que la clase obrera se encuentra atomizada. Junto a este precio más alto aparecen costes adicionales para el capital de tipo de la seguridad social y otros gastos sociales —todos los cuales disminuyen la parte de plusvalía en el valor del producto total dado. Cuando el valor del producto total se estanca o incluso co-

mienza a declinar —quizá como resultado de un giro desfavorable en la competencia interimperialista, de una guerra perdida de facto, una grave crisis económica, de un estancamiento a largo plazo de la producción, o de una combinación de todas estas circunstancias— las posibilidades materiales de pagar ese precio desaparecen, y la burguesía no tiene más alternativa que intentar acabar con la democracia burguesa. Añadamos que la clase capitalista se suele dividir, o se divide siempre, en torno a esta cuestión. Y se pueden presentar argumentos convincentes a favor de la tesis de que los sectores ligados directamente al consumo de masas son los más reticentes a pasar a apoyar y financiar abiertamente un golpe fascista, mientras que los sectores orientados hacia la industria pesada, que fabrican bienes de producción y armamentos, son, por razones obvias, los más inclinados a considerar ese apoyo.

Acabamos de decir que la burguesía intentará acabar con la democracia burguesa. Porque el establecimiento de un régimen fascista no sólo viene determinado por lo que ocurre en la pequeña burguesía, en la clase capitalista, y cómo se relacionan los cambios ocurridos en una y otra. También depende en gran medida de lo que ocurre en la clase obrera, es decir, de la reacción del movimiento obrero organizado.

Al contrario de la “basura humana” que los aspirantes a Führers intentan aglutinar en una masa de aspecto terrible, la moderna clase obrera de cualquier país industrial avanzado posee un tremendo poder económico, social y político potencial. Todas las funciones productivas y creativas de la sociedad están bien directamente presentes en esta clase, bien en relación cada vez más estrecha con ella. En la mayoría de estos países, las organizaciones de masas políticas y culturales de la clase obrera se articulaban de forma impresionante hasta finales de los años veinte y comienzos de los treinta; englobaban a cientos de miles, sino millones, de personas capaces de luchar con dedicación y entusiasmo por los intereses comunes de la clase. Y en todos estos países existía una inmensa y poderosa infraestructura sindical, capaz de paralizar la economía capitalista y, potencialmente, el mismo estado burgués.

Los representantes con mayor conciencia de clase de los sectores de la alta burguesía (los sectores “monopolistas y financieros”) no sólo deben de estar en una si-

tuación desesperada, por las razones ya descritas, para desafiar a un enemigo tan formidable. Deben también estar convencidos de que tienen al menos una posibilidad de no perder la vida, sus propiedades y el poder como resultado de la violenta prueba de fuerzas sin la cual la destrucción de la democracia burguesa sería imposible. Cualquier error a este respecto tendría consecuencias desastrosas desde el punto de vista de la clase capitalista. Puede ser sinónimo casi, si no realmente, de suicidio, desde un punto de vista tanto individual como social. Barcelona, Madrid, Valencia y Málaga a mediados de julio de 1936 pueden servir como lección ejemplar de los peligros que implica.¹

En un período de reforzamiento creciente del fascismo, pero todavía antes de que haya tomado el poder, los dirigentes de la clase capitalista prestarán por lo tanto la mayor atención a todo lo que ocurra en la clase y el movimiento obrero en relación con el peligro fascista. De hecho, su análisis de los cambios que tienen lugar en la relación de fuerzas será parecido al de los marxistas revolucionarios, por razones paralelas aunque opuestas. Cualquier signo de resistencia fuerte y unida en la clase obrera, cualquier signo de una tendencia masiva hacia la autodefensa armada, cualquier signo de una militancia y una determinación cada vez mayores de oponerse a cualquier precio a la bestia fascista, incrementará las dudas y las vacilaciones del gran capital sobre la conveniencia de recurrir a esta solución política extrema.

A la inversa, el menor signo de división, pasividad o resignación entre los trabajadores, cualquier éxito táctico importante de los fascistas contra las organizaciones obreras que no sea acompañado o seguido de una fuerte resistencia y contraataque, la señal más pequeña de que los dirigentes de las organizaciones de masas capitularán al final ante los fascistas, y de que las masas no pueden lanzar espontáneamente una contra-amenaza capaz de parar el asalto fascista, cualquiera de estos síntomas convencerá al gran capital de que el precio a pagar por el cambio de régimen es menor que el que había temido. Estos signos de debilidad acelerarán el proceso del golpe fascista al demostrar que la guerra civil se descargará sólo sobre un lado, y que la derrota de la clase obrera será aplastante y duradera.²

De ahí la necesidad vital de oponerse al ascenso del fascismo desde su nacimiento con una respuesta unida resuelta y enérgica, a través de la lucha por la defensa

de las organizaciones libres de la clase obrera (“núcleos de democracia proletaria en la democracia burguesa” como Trotsky las calificó correctamente), el derecho de huelga y todos los derechos democráticos básicos, sin los que la clase obrera se debilitaría de forma decisiva (empobreciéndose económicamente) por todo un período histórico.

Una respuesta de este tipo desencadena una reacción en cadena que cambia toda la atmósfera política del país. Hace dudar a la pequeña burguesía sobre si los fascistas vencerán realmente, debilitando así su apoyo de masas y aumentando las posibilidades de que sectores significativos de las clases medias sean neutralizados o incluso ganados a la causa del movimiento obrero y el socialismo. Para que ello ocurra, sin embargo, debe desarrollarse un programa correcto en relación a estos sectores, y la pequeña burguesía ha de sentir la seriedad y la determinación de la clase obrera en cuanto a ofrecer una alternativa coherente a la solución fascista del problema del poder político.

Los propios capitalistas aprenderán también a través de tristes experiencias que el capital invertido en las bandas fascistas tiene al menos una recuperación incierta, que quizá se perderá sin más y que además provoca pérdidas más fuertes en todas las esferas. Y así, su deseo de apoyar a los fascistas será de nuevo una “táctica de reserva” en vez del elemento principal de su orientación política.

Para la misma clase obrera, cada éxito táctico en su lucha contra los fascistas reforzará la unidad de sus filas, aumentará la militancia y determinación de la clase, y hará crecer su confianza en su propio destino y en su solución alternativa a la crisis social que sacude al país. De esta forma, se irá preparando el terreno para una contraofensiva social y política importante, que colocará al orden del día la revolución socialista.

Todas estas oportunidades dependen de la unidad y de la independencia de clase del proletariado. Si la clase continúa políticamente dividida, si los socialdemócratas y los comunistas (estalinistas) luchan los unos contra los otros en vez de cerrar filas contra el fascismo, si los comunistas (estalinistas) creen que es necesario derrotar primero a los socialdemócratas para poder enfrentarse con posibilidades de éxito a los fascistas, si los socialdemócratas a su vez creen que es imposible “neutrali-

zar la violencia fascista” (a través de la ley, de la intervención del estado burgués, etc.) en tanto tenga lugar la “violencia comunista”, si el contenido de clase de esta lucha histórica se olvida en nombre de algún *point d'honneur* abstracto y sectario, entonces habrá cada vez menos posibilidades de una respuesta a tiempo, resuelta y con éxito al terror fascista creciente (ayudado e instigado por el aparato de estado burgués y financiado cada vez más por el gran capital). Por el contrario, tendrá lugar una reacción en cadena de dudas, desorientación y desmovilización que conducirá finalmente a la derrota. Esto es lo que ocurrió en el caso de Alemania, a pesar de las muchas advertencias de Trotsky —cuyo eco sólo se extendió, más allá de los trotskistas, a otros comunistas de oposición como el KPD dirigido por Brandler y Thalheimer, y la escisión de izquierda de la socialdemocracia, el SAP.

La catástrofe alemana, la capitulación sin lucha de las organizaciones de masas de la clase obrera más poderosas del mundo, dio un golpe de muerte a la auto-confianza y la conciencia de clase de la clase obrera alemana. Los resultados negativos de esta derrota fueron mucho más allá de sus consecuencias económicas y políticas inmediatas: la humanidad ha pagado un precio terrible de hecho por la estupidez criminal de Otto Wels y Stalin (Thálmann no fue en este caso sino una herramienta desafortunada de Stalin), que se negaron a construir un frente único militante, combativo y armado contra los nazis, de arriba a abajo del movimiento obrero alemán, cuando era aún perfectamente posible y hubiera sido muy efectivo. Nunca antes había aparecido de forma tan clara el papel decisivo de una auténtica o falsa dirección en la lucha de clases, el famoso “factor subjetivo de la historia”, como lo hizo para los marxistas en Alemania en 1929- 1933.

Pero la independencia de clase es una condición tan importante como la unidad de la clase para una resistencia victoriosa contra el fascismo. Mientras que las consecuencias desastrosas de la falta de unidad destacan con mayor fuerza en el caso de Alemania, las consecuencias desastrosas de la falta de independencia de clase lo hacen en los casos de Francia y España en 1934-1938. Trotsky sometió también estas experiencias a la investigación y el análisis marxistas.

La derrota de la clase obrera alemana por los nazis, la ignominiosa capitulación sin lucha de la socialdemocracia, el estalinismo y la dirección sindical, tuvo un efecto traumático en el movimiento obrero internacional. Trotsky lo predijo co-

rrectamente por adelantado desde la primavera de 1933. y trató desesperadamente de guiar a su pequeño grupo de seguidores en el desarrollo de la situación. El primer resultado de este shock fue la irresistible presión por el frente único de todas las organizaciones de la clase obrera contra el peligro fascista u otras formas de dictaduras reaccionarias. La ofensiva de la derecha en Francia el 6 de febrero de 1934 desencadenó un auténtico frente único entre el PS y el PC, que cambió completamente la relación de fuerzas y la dinámica de la sociedad francesa durante al menos tres años. La fuerza de la clase obrera creció con pasos de gigante. Finalmente, en junio de 1936 la huelga general con ocupación de fábricas llevó a Francia al umbral de la revolución socialista.

De forma parecida en España, la ofensiva reaccionaria de 1934, que condujo a un régimen de derechas con un ala apoyándose en las formaciones clericales y semifascistas, provocó una poderosa respuesta unitaria de la clase obrera, que se expresó primero en la insurrección abortada de octubre de 1934. después en un ascenso ininterrumpido de la lucha de masas en la primera mitad de 1936, y finalmente en la incipiente revolución socialista que estalló en casi todas las grandes ciudades y partes importantes del campo como respuesta al golpe militar-fascista de julio de 1936.

Pero en ambos casos, Francia y España, el tremendo potencial de esta voluntad unitaria de la clase obrera fue desviado hacia canales perfectamente compatibles con la sobrevivencia de la propiedad privada y el estado burgués. De hecho, se trataba de una política consciente de colaboración de clases por parte de la burocracia socialdemócrata, estalinista y sindical (y en España, de los principales dirigentes del movimiento de masas anarquista). Desde 1935, la Internacional Comunista bajo dirección estalinista adoptó por completo la vieja estrategia de “mal menor” socialdemócrata/menchevique de un bloque con la burguesía “liberal” contra la “reacción”. Esta política de Frente Popular, que coincidió con una profunda crisis estructural de la economía capitalista y de la democracia burguesa como un todo, que no fue aliviada de ninguna forma por las diferentes reformas, no sólo significó la pérdida de otra oportunidad histórica de que los trabajadores tomaran el poder, esta vez a causa fundamentalmente del estalinismo, como antes lo había sido de la socialdemocracia en el período 1918-1923. (La misma experiencia ocurrió por ter-

cera vez en el período 1944-48 en Francia, Italia y Grecia; y los PCs se preparan ya hoy para repetirlo de nuevo en el sudoeste de Europa.) También significó el colapso del movimiento obrero bajo el asalto de la reacción, y el fascismo fue solamente pospuesto, pero no evitado realmente.

En España, los fascistas ganaron finalmente la guerra civil después de que los estalinistas y los reformistas hubieran aplastado la revolución social en el campo republicano. En Francia, la tremenda concentración de fuerza de la clase obrera se derrumbó con las capitulaciones de los sucesivos gobiernos de Frente Popular y el consiguiente distanciamiento y desmoralización de la clase obrera. Apenas dos años después de la gloriosa huelga general de junio de 1936 fue derrotada la huelga general de septiembre de 1938, barridas las libertades de la clase obrera, ilegalizado el PC, paralizados los sindicatos, y la Tercera República se inmoló ignominiosamente cuando el régimen senil bonapartista del Mariscal Pétain se impuso en 1940 sin ninguna reacción obrera.

No es casualidad que la crítica vitriólica de Trotsky de la política divisionista de la socialdemocracia alemana y el estalinismo antes de la conquista del poder por Hitler despierte hoy aprobación y admiración en los círculos más amplios;³ mientras que su no menos convincente demostración de las consecuencias desastrosas del frentepopulismo encuentra una fuerte incomprensión e incluso rechazo por parte de los historiadores y críticos tanto hostiles como propicios.⁴ El fascismo representa una amenaza física a la misma sobrevivencia no sólo de las organizaciones revolucionarias sino incluso de las organizaciones socialdemócratas más moderadas; es visto como la amenaza de la barbarie no sólo por la vanguardia de la clase obrera sino también por una mayoría de la intelectualidad pequeño-burguesa y por la totalidad de la burocracia obrera —¡ésta es después de todo la base material de la política de frente único tanto por arriba como por abajo!—. El frentepopulismo, sin embargo, no es otra cosa que una variante de la clásica política de conciliación y colaboración de clases practicada por los dirigentes obreros reformistas y las burocracias obreras ya desde comienzos de este siglo, y generalmente recibida con aprobación por la mayoría de los intelectuales. Aprobar la crítica al frentepopulismo de Trotsky no sólo significaría que rechazan su propio pasado y tradición, sino

en muchos casos ir directamente en contra de la defensa de sus intereses materiales inmediatos.

En todo caso, es crucial para los marxistas y obreros avanzados comprender hoy el nexo lógico existente entre la lucha de Trotsky por el Frente Único en Alemania en 1929-33 y su lucha contra el Frente Popular en Francia y España en 1935-38. El ascenso del fascismo como una amenaza inmediata para las organizaciones del movimiento obrero coincide con una profunda crisis estructural de la democracia parlamentaria burguesa, ligada a su vez con una profunda crisis estructural de la economía capitalista y la sociedad burguesa como un todo. En esas circunstancias, unir la resistencia contra el peligro fascista a la defensa a toda costa de las instituciones parlamentario-burguesas es apostar todo a la supervivencia de instituciones que se encuentran ya agonizando. Si bien es correcto defender contra la reacción cualquier conquista de la clase obrera en el terreno tanto político como económico, incluyendo el sufragio universal, es suicida limitar el alcance de esa defensa a la estrecha estructura decadente de las instituciones democráticas del estado burgués. Si la fuerza acumulada en la defensa victoriosa de las organizaciones y libertades de la clase obrera no es utilizada como una plataforma de lanzamiento para una solución socialista revolucionaria a la crisis de la democracia y la sociedad burguesas, entonces esa misma fuerza decrecerá rápidamente y acabará por derrumbarse. Tras una retirada temporal, la reacción fascista o semifascista volverá a tomar la ofensiva contra los trabajadores, desmoralizados por la falta de resultados positivos tras su tremendo esfuerzo militante. La democracia burguesa no tiene futuro en condiciones de extrema crisis del capitalismo. O bien es reemplazada por la democracia proletaria o se hunde en una dictadura de derechas. Negarse a sacar esta lección llevó en España (y más tarde en Chile) a derrotas no menos trágicas, costosas y definitivas que las que causó la división de la clase obrera en Italia o Alemania.

NOTAS

* Incluidos en León Trotsky, *La lucha contra el fascismo*, Fontamara, Barcelona, 1980.

1. La burguesía española hizo cálculos gravemente erróneos de la situación en 1936, al creer que el golpe fascista- militar sería un simple desfile. Consecuencia de ello fue que casi perdió su poder en la mayor parte del país.

2. Es interesante señalar que la Reichswehr esperó a ver la reacción del PC ante la provocadora manifestación de la SA ante el cuartel general del PC en Berlín, en enero de 1933, antes de dar luz verde al nombramiento de Hitler como Canciller del Reich. De modo similar, de acuerdo con una célebre entrevista concedida tras su triunfante golpe de estado, el general Pinochet llegó a la conclusión de que no había serio peligro en derrocar el gobierno de Allende tan sólo después de estudiar la actitud pasiva de las organizaciones de masas de la clase obrera ante el fracasado “tancazo” de comienzos de 1973 (el abortado intento de golpe de un carro de combate en Santiago).

3. Nicos Poulantzas (*Fascism and Dictatorship*, NLB, Londres, 1974, pp. 62-2) (N. Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, Siglo XXI editores) eleva dos críticas contra la teoría de Trotsky sobre el fascismo. En primer lugar, se supone que, al caracterizar el fascismo como un estado de “guerra civil”, Trotsky compartía el punto de vista erróneo del Comintern sobre el fascismo como réplica a una dase obrera “insurreccional” lanzada a la ofensiva. Es ésta, obviamente, una exposición deformada de la posición de Trotsky. Trotsky veía al fascismo como “una guerra civil unilateral”, en otras palabras, como una ofensiva burguesa para aplastar a una clase obrera que estaba evidentemente a la defensiva. Poulantzas, en su vehemencia al combatir el “economismo”, no entiende la compulsión económica que, en circunstancias específicas, conduce a una guerra civil unilateral de este tipo. En segundo lugar, se supone que Trotsky contrapuso “mecánicamente” el modo en que una burguesía en decadencia busca apoyo en el fascismo con el apoyo concedido por una burguesía estable a la socialdemocracia. Pero en realidad Trotsky no hizo tan arrolladoras afirmaciones respecto a toda una época. Subrayó una y otra vez las circunstancias coyunturales específicas bajo las cuales el gran capital se vuelve hacia el fascismo.

4. Véase, por ejemplo, Isaac Deutscher, *The Prophet Oufcast*, Londres, 1963, pp, 275-76 (*El profeta desterrado*, ERA, México); Monty Johnstone, “Trotsky and World Revolution”, *Cogito*, 1976, pp. 10-14; Irving Howe, *Trotsky*, Londres, 1978,

p. 130; y Leonardo Rapone, *Trotsky e Il Fascismo*, Bari, 1978, pp. 350-356. Debemos decir, sin embargo, que, si bien Deutscher criticaba los análisis de Trotsky de los desarrollos francés y español, no apoyaba la política de Frente Popular de los PC locales.



Contra el imperialismo



A pesar de que el interés de Trotsky antes de la Primera Guerra Mundial estuvo centrado esencialmente en los problemas europeos,¹ el creador del Ejército Rojo tuvo ocasión de ponderar durante la Guerra Civil el impacto de la Revolución de Octubre victoriosa sobre el despertar de los pueblos de oriente. En un mensaje enviado al comité central en 1919, utiliza ya una fórmula que Lenin retomaría haciéndola famosa unos cuantos años más tarde: “Hasta hoy hemos dedicado demasiada poca atención al capitalismo en Asia. Sin embargo, es evidente que la situa-

ción internacional se desarrolla de tal forma que el camino hacia París y Londres pasa por las aldeas de Afganistán, el Punjab y Bengala”.² El interés de Trotsky por el Oriente no disminuyó desde entonces.

El mismo proceso a través del cual Trotsky elaboró el concepto de revolución permanente le preparó para dar una excepcional importancia a la crisis del sistema mundial imperialista abierta por la Primera Guerra Mundial y agravada por la Revolución de Octubre. Precisamente porque Trotsky comprendió la economía mundial en la época imperialista como un todo orgánico compuesto de partes desarrolladas desigualmente, pudo entender la revolución mundial como una cadena que comenzaría a romperse por sus eslabones más débiles. Y la idea de que esos eslabones débiles podían ser otros países poco desarrollados fuera de Rusia comenzó a madurar en su mente tan pronto como en la de otros dirigentes del Comintern.

En su informe al Tercer Congreso del Comintern de 1921, expresó la idea de que la extensión internacional de la revolución podía ocurrir tanto en Oriente como en Europa.³ Y en su colección de artículos titulada *Oriente y Occidente* de 1924, a los que se ha prestado muy poca atención, trataba tanto la crisis del colonialismo como la del sistema imperialista mundial, que se desarrollaban paralelamente al ascenso de la revolución proletaria en Occidente.⁴ Es interesante señalar que, a pesar de recalcar por primera vez la importancia de los pueblos coloniales en el proceso de la revolución mundial, explícitamente concibió las fuerzas motrices del movimiento antiimperialista yendo más allá de los conflictos puramente socio-económicos entre campesinos y terratenientes, entre asalariados y capitalistas: “Creyeron que esta era la doctrina (el bolchevismo) que se dirigía a los parias, a los oprimidos, a los explotados, a las docenas y cientos de millones de aquellos que no tienen otra salida histórica, ni otra salvación”. No es menos significativo que, en su discurso del 1.º de Mayo de 1924, en su primer llamamiento público espectacular a los pueblos de Oriente, se mostrara indignado ante el caso de un soldado chino condenado por los británicos a cuarenta golpes de fusta por comerciar en la zona de concesiones prohibida a los “nativos”.⁵ Trotsky comprendió instintivamente que el movimiento revolucionario antiimperialista era estimulado tanto por la rebelión contra la opresión y la humillación como por motivos puramente económicos.

Trotsky insistió también fuertemente en la función objetiva de la defensa incondicional de los movimientos de liberación nacional en las colonias por parte de los trabajadores de los países imperialistas: “En relación con ello, el proletariado europeo, particularmente el francés y en primer lugar el británico, están haciendo muy poco. El crecimiento de la influencia de las ideas socialistas y comunistas, la emancipación de las masas oprimidas de las colonias, el debilitamiento de la influencia de los partidos nacionalistas pueden asegurarse no tanto ni sólo por el papel de los núcleos nativos comunistas como por la lucha revolucionaria del proletariado de las metrópolis por la emancipación de las colonias. Sólo de esta forma podrá el proletariado de las metrópolis demostrar al de las colonias que hay dos naciones europeas, una la de los opresores, otra la de los amigos; sólo de esta forma podrá el proletariado dar nuevos impulsos a las colonias para que puedan derrocar las estructuras imperialistas, y prestar así un servicio revolucionario a la causa del proletariado”.⁶

Es verdad que Trotsky no aplicó sistemáticamente la teoría de la revolución permanente a los principales países coloniales y semicoloniales hasta el comienzo de la segunda revolución china en 1925-27; y la fecha en que llevó a cabo este tipo de generalización es muy difícil de determinar. A pesar de que sus ideas se aclararon progresivamente después del comienzo de la segunda revolución china, Trotsky dejó de referirse formalmente a la revolución permanente durante este período como resultado de las diferencias existentes en el seno de la Oposición de Izquierda. (Varios de sus dirigentes, entre ellos Radek, Preobrazhenski y Smilga, no estaban de acuerdo con ella.) Sin embargo, había un paralelo auténticamente asombroso entre la política de Stalin y Bujarin de subordinar al Partido Comunista Chino a la dirección nacionalista burguesa del Kuomintang —con el pretexto de que la revolución china que se estaba desarrollando era a la vez antifeudal y nacional-democrática, y de que la llamada “burguesía nacional” tenía por lo tanto un papel que jugar progresivo— y la línea que los mencheviques habían defendido después de 1905 en relación con la revolución rusa. Y cuando Trotsky recogió el guante antes del sangriento golpe de Chang Kai-shek en 1927, lo hizo de una forma bastante explícita.⁷ El hecho de que el proletariado chino fuese numéricamente débil, estuviese menos concentrado y tuviese menos peso social que el proletariado en Rusia

en 1905 o 1917 no podía ser un factor determinante a la hora de aplicar o no la teoría de la revolución permanente a China. Implicaría que la revolución tardaría más en madurar, que el proletariado tendría una lucha más difícil para poder conquistar la hegemonía de la revolución agraria y antiimperialista. Pero no podía transformar a la burguesía china en una fuerza revolucionaria, ni dotar al campesinado chino de la capacidad de construir un partido político independiente, capaz de ocupar el mismo lugar que el del proletariado a la cabeza de la revolución.

Incluso autores serios, inmunes por lo general a las mentiras estalinistas, han repetido el argumento vulgar de que la política de Trotsky para China “subestimaba al campesinado” o incluso la dimensión antiimperialista (nacional) de la Revolución China.⁸ Este tipo de posiciones se basan en una comprensión inadecuada de los comentarios de Trotsky sobre la revolución china.

Es verdad que, si bien Trotsky reconoció plenamente el tremendo potencial revolucionario de las rebeliones campesinas chinas y saludó la rebelión campesina que se produjo después de la derrota de la segunda revolución china,⁹ fue sin embargo escéptico sobre su capacidad para vencer frente a un enemigo de clase fortalecido y con confianza en sí mismo. En concreto dudó de la capacidad del Partido Comunista chino de extender la guerra de guerrillas en unas condiciones de pasividad creciente de la clase obrera. Las sucesivas derrotas que obligaron al ejército campesino de Mao Tse-tung a abandonar las llamadas “zonas soviéticas” y emprender la “larga marcha” hasta la frontera soviética, parecieron confirmar el veredicto de Trotsky.

Sin embargo, la situación cambió completamente a ojos de Trotsky tan pronto como el imperialismo japonés desencadenó la guerra a gran escala contra China. A partir de ese momento comprendió que la derrota del imperialismo japonés implicaba necesariamente que la guerra de guerrillas jugaría un papel fundamental (esencialmente, por supuesto, guerrillas campesinas dirigidas por elementos de las ciudades, siendo la cuestión decisiva su origen y su política de clase).¹⁰ En el que es sin duda su testamento político, el Manifiesto de la Conferencia de Emergencia de la IV Internacional, escrito entre mayo y junio de 1940, Trotsky no dudó en llamar a los obreros y campesinos chinos a desarrollar una verdadera “guerra popular” contra el imperialismo japonés, bajo una dirección de clase independiente.¹¹

Eso fue lo que hicieron, y gracias a eso vencieron —a pesar de las repetidas advertencias de Stalin de que se subordinasen al gobierno de coalición bajo la dirección de Chang, y disolviesen sus fuerzas en el ejército de este último. La vía de Stalin era la vía de la derrota segura, como demostraría sin la menor duda el trágico ejemplo de Indonesia.

El principal aspecto de este análisis y prognosis fue el peso crucial que Trotsky atribuyó al problema de la independencia nacional, sólo comparable a la revolución agraria entre las tareas de la revolución democrático-nacionales que se desarrollaban en las colonias y semicolonias. Trotsky volvería una y otra vez, durante los últimos diez años de su vida, sobre este aspecto de la teoría de la revolución permanente, con tanta frecuencia mal comprendida tanto por aquéllos que le apoyaban como por aquéllos que se le oponían. Y que determinaría toda una serie de elecciones tácticas importantes con las que se enfrentaban los marxistas revolucionarios de los países atrasados.

En la base del análisis de Trotsky se encuentra una profunda comprensión dialéctica de la realidad del imperialismo de nuestros días: sus efectos sobre los países subdesarrollados, y la combinación de dominación política y explotación económica como causa de este mismo atraso. En el concepto de imperialismo de Trotsky, la dominación imperialista de los países atrasados es el obstáculo decisivo para su modernización, para que puedan volver a coger el tren del progreso histórico de una forma total y no distorsionada ni unilateral. El dominio completo del imperialismo sobre la economía mundial se ejerce en primer lugar sobre los países coloniales y semicoloniales, negándoles así incluso una repetición tardía del desarrollo orgánico general que Occidente experimentó entre el siglo XIX y comienzos del XX.¹²

De acuerdo con este mismo concepto de imperialismo, cuanto más grave sea la crisis del sistema imperialista, más graves serán las tensiones desencadenadas por las propias potencias imperialistas, y más bárbaros serán los golpes descargados sobre los países oprimidos y subdesarrollados. Ya en 1933, Trotsky predijo que el Japón se vería envuelto en una importante guerra contra China, USA y la URSS, y que sería completamente derrotado, a pesar de la alegada invencibilidad de su casta militar. Y ya en 1938 predijo también algo que se confirmaría terriblemente du-

rante la II Guerra Mundial: “Incluso si no hay guerra, el desarrollo subsiguiente de la reacción mundial significa sin la menor duda la exterminación física de los judíos”.¹³ A pesar de que los escritos de Trotsky posteriores a la Primera Guerra Mundial —y especialmente en los últimos diez años de su vida— están marcados con toda claridad por un profundo odio contra el imperialismo, no hay en este odio nada irracional o puramente psicológico, como han dicho algunos autores. Por el contrario, nace de la comprensión del terrible potencial de destrucción y barbarie de un sistema que ha entrado en su fase de desintegración. Con todo, los acontecimientos han demostrado que si alguna realidad fue más allá del pensamiento de Trotsky, ésta fue sin duda la amplitud de los crímenes del imperialismo contra la humanidad.

Una serie de conclusiones tácticas fundamentales se desprenden del concepto global de la naturaleza histórica ultrarreaccionaria del imperialismo y de la naturaleza históricamente progresiva de los movimientos y revueltas antiimperialistas. En una guerra entre una potencia imperialista y un país semicolonial —y a fortiori en una guerra de liberación nacional de una colonia contra la metrópoli imperialista— el proletariado y el movimiento obrero internacionales tienen que prestar su apoyo a los países coloniales y semicoloniales, sea cual sea la dirección que conduce la guerra en un momento dado. Haile Selassie era sin duda un tirano semifeudal, que incluso apoyaba los restos de esclavitud no sin importancia en su país. Sin embargo, la guerra de Etiopía contra el imperialismo italiano fue una guerra justa por la independencia nacional; el total esclavizamiento de Etiopía por el imperialismo (su transformación de país semicolonial en colonial) hubiera creado una poderosa barrera contra las posibilidades de progreso histórico de este país. Igualmente, la guerra de defensa nacional china contra el imperialismo japonés fue una guerra justa, incluso cuando estuvo dirigida por el carnicero contrarrevolucionario Chang Kai-shek. Porque la transformación de China en una completa colonia de Japón hubiera supuesto un gigantesco paso atrás para la nación china.

Muchos autores —especialmente los estalinistas escribiendo con mala fe, pero también algunos otros— han comprendido mal la crítica de Trotsky a la política del PC chino durante la guerra chino-japonesa. Trotsky no rechazó de ninguna manera la idea de apoyar el esfuerzo militar chino, incluso cuando estaba dirigido

por el Kuomintang. Sólo criticó la subordinación política y organizativa del PC, y de las organizaciones obreras en general, a la burguesía china. Desde su punto de vista, el proletariado chino y el partido comunista debían haber apoyado la guerra chino-japonesa con sus propios métodos y organizaciones de clase.

Su crítica a la subordinación política del PC a la burguesía fue en gran parte correcta. Pero por lo que se refiere a la subordinación organizativa tenemos la impresión de que Trotsky, probablemente sobre la base de una información incompleta, subestimó el grado de independencia del Ejército de Liberación del Pueblo y de las fuerzas guerrilleras conducidas por el PC —una independencia que jugaría a largo plazo, junto con la poderosa sublevación de masas de los campesinos pobres y del semiproletariado rural después de 1945 en el norte de China, un papel decisivo en la ruptura de las negociaciones de coalición en 1945-46, y la subsiguiente victoria del ELP en la guerra civil de 1946-50.

La teoría de la revolución permanente, aplicada a una serie de países coloniales y semicoloniales, implica concretamente que la burguesía colonial (o “nacional”) es incapaz de dirigir el proceso revolucionario cumpliendo todas las tareas históricas de la revolución nacional-burguesa (en primer lugar una reforma agraria radical y la conquista de la completa independencia del imperialismo). E implica por lo tanto que estas tareas se realizarán sólo y cuando el proletariado sea capaz de conquistar la hegemonía del proceso revolucionario, y, apoyado por el campesinado y otros sectores oprimidos de la población, establecer un estado obrero (la dictadura del proletariado).

Sin embargo, de ninguna forma se sugiere que el proceso revolucionario no puede comenzar en las colonias y semicolonias antes de que el proletariado haya conquistado esa hegemonía. Por el contrario, sólo en circunstancias excepcionales puede esa hegemonía existir desde el comienzo del proceso, en vez de ser conquistada en su fase más aguda; normalmente son necesarias toda una serie de experiencias intermedias para crear las precondiciones para que el campesinado (y las capas no proletarias urbanas pobres) se coloque bajo la dirección del proletariado. Y sobre todo no se insinúa que la burguesía colonial (“nacional”) sea incapaz de tomar paso alguno en la dirección de la lucha contra el imperialismo. De nuevo, Trotsky tiene en mente su incapacidad para completar, no para iniciar, el proceso.

Trotsky nunca negó que, a pesar del temor de la burguesía “nacional” a una reforma agraria radical y a la movilización a gran escala del proletariado y de los pobres de la ciudad, siempre hay, no obstante, antagonismos, diferencias de intereses y conflictos potencialmente explosivos entre esta clase y el capital extranjero (imperialista) de una parte, y las clases dominantes precapitalistas nativas de otra. Estos conflictos son reales. Periódicamente estallan de forma abierta. Aun cuando la vanguardia comunista debe de educar a la clase obrera en el, sentido de su independencia política y organizativa de la burguesía “nacional”, sería políticamente sectario y objetivamente reaccionario adoptar una posición de neutralidad o abstencionismo cuando estos conflictos reales estallan. Cuando ello ocurre, la clase obrera y su vanguardia revolucionaria tienen que dar su apoyo crítico a todas y rada una de las medidas antiimperialistas (o antifeudales) que tome la burguesía “nacional” — siendo la diferencia entre estos pasos concretos y la retórica pura muy importante.

Trotsky dio un ejemplo concreto de este planteamiento al apoyar activamente la nacionalización de las compañías petroleras británicas y americanas por el presidente Cárdenas de México.¹⁴ Era una posición principista que se desprendía de una comprensión global del imperialismo y de las luchas antimperialistas de nuestra época, y no simplemente de una maniobra táctica (u oportunista) a cambio del derecho de asilo que le otorgaba el gobierno mexicano. En varias ocasiones, amplió esta posición hasta cubrir a todos los países coloniales o semicoloniales oprimidos por el imperialismo.

La lógica interna de la teoría de la revolución permanente implica el siguiente proceso contradictorio. Llegado un cierto momento, la burguesía “nacional” de los países semicoloniales (especialmente en los más desarrollados) intentará transformar su conflicto con el capital imperialista (o en las colonias, con la potencia colonial) en un conflicto que englobe a toda la nación; dará los pasos necesarios para realizar movilizaciones de masas contra el imperialismo, incluso estimulando la organización permanente de los trabajadores en sindicatos de masas. Pero al mismo tiempo, buscará ejercer un estricto control sobre estas movilizaciones y las organizaciones con carácter permanente, promoviendo burocracias sindicales que estén más estrechamente integradas en el aparato de estado (semi-colonial) burgués, o al menos más directamente controladas por él, que lo que ocurrió en el período de

crecimiento clásico del movimiento sindical en los países capitalistas avanzados. Cuando aparece un conflicto entre estas dos preocupaciones —es decir, cuando el movimiento de masas de la clase obrera se hace cada vez más independiente de las fuerzas políticas controladas por la burguesía— la burguesía “nacional” preferirá no utilizar las movilizaciones de masas contra el imperialismo, incluso si se debilita su posición negociadora. Porque existe entonces un riesgo demasiado fuerte de que estas movilizaciones asuman una dinámica propia, ¡incluso una dinámica anti-capitalista!

Al mantener este análisis global del imperialismo y del movimiento antiimperialista, Trotsky adoptó una postura clara ante las luchas anticoloniales y antiimperialistas que tendrían lugar durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. Categóricamente rechazó el que los pueblos colonizados tuvieran que subordinar las etapas o los ritmos de su lucha por la liberación nacional a las necesidades de alguna “alianza antifascista a escala mundial”. Esta posición de principio ha sido la causa de violentos reproches de una serie de críticos. Pero fue vindicada poderosamente por lo que ocurrió en la India (agosto de 1942), Argelia e Indochina (hacia el final de la guerra), para mencionar solamente tres ejemplos. Trotsky anticipó de forma completa estos acontecimientos, como aparece claramente en el siguiente pasaje: “Si el pueblo de la India no quiere permanecer en la esclavitud por toda la eternidad, debe denunciar y rechazar a esos falsos predicadores que afirman que el único enemigo del pueblo es el fascismo. Hitler y Mussolini son, sin ninguna duda, los enemigos más encarnizados de los explotados y de los oprimidos. Son unos verdugos sangrientos, que merecen el mayor odio de los explotados y los oprimidos del mundo. Pero son ante todo los enemigos de los pueblos alemán e italiano, sobre cuyas espaldas se sientan... En la India, el principal enemigo es la burguesía británica. La expulsión del imperialismo británico supondrá un golpe terrible para todos los opresores, incluyendo a los dictadores fascistas”.

“A largo plazo, los imperialistas se distinguen los unos de los otros en la forma, pero no en la esencia. El imperialismo alemán, desprovisto de colonias, se pone la temible máscara del fascismo con sus dientes protuberantes de vampiro. El imperialismo británico, hartos, porque posee inmensas colonias, esconde sus dientes de vampiro detrás de la máscara de la democracia. Pero esta democracia existe sólo

para la metrópoli... la India no solamente carece de democracia sino de los más elementales derechos a la independencia nacional. La democracia imperialista es así la democracia de los propietarios de esclavos, alimentados por la sangre vivificadora de las colonias. Pero la India busca su propia democracia, y no servir de fertilizante a los propietarios de esclavos.”

Las coherentes posiciones elaboradas por Trotsky sobre los problemas mundiales del imperialismo y de la lucha antiimperialista se sitúan entre las contribuciones más importantes realizadas a la estrategia marxista revolucionaria. El mismo resumió su importancia con la fórmula siguiente: “el movimiento de las razas de color contra sus opresores imperialistas es uno de los movimientos más importantes y poderosos contra el orden existente y por lo tanto exige el... apoyo más completo, incondicional e ilimitado del proletariado de raza blanca”.¹⁵ Sería durante y después de la Segunda Guerra Mundial especialmente cuando estas posiciones encontrarían su plena justificación.

NOTAS

1. Sin embargo, ya durante la Primera Guerra Mundial escribió: “Un factor adicional de importancia decisiva es el despertar del capitalismo en las colonias mismas, al que la actual guerra tiene que dar un poderoso impulso. La desorganización del orden mundial comportará la desorganización del orden colonial. Las colonias perderán su carácter colonial”. (Trotsky, *The War and the International*, Colombo, 1971, p. 76). Este pasaje está abreviado en la versión inglesa. Para el texto completo, véase la edición francesa: “*La Guerre et l'Internationale*”, en Trotsky, *La Guerre et la Révolution, Oeuvres*, vol. 3, París, 1977, p. 107.

2. *The Trotsky Papers 1917-1922*, La Haya, 1964, p. 625.

3. Es erróneo, por lo tanto, afirmar, como hacen Carmichael (*Trotsky: An Appreciation of his Life*, cit., p. 346) y Knei-Paz (*The Social and Political Thought of León Trotsky*, Oxford, 1978, p. 364) que Trotsky no se tomó por China más que un interés escaso, o trasnochado.

4. *Zapad i Vostok* (Occidente y Oriente), publicado en 1924 y mencionado en la monumental obra de Louis Sinclair, *León Trotsky: A Bibliography*, p. 345. Deutscher no hace alusión a *Zapad i Vostok*, y a nosotros nos orientó hacia ella la

obra de Heinz Brahm, *Trotzkis Kampf um die Nachfolge Lenins*, Colonia, 1964, p. 191.

5. Brahm, *op. cit.*, p. 190.

6. Trotsky, *The First Five Years of the Communist International*, *cit.*, vol. 2, p. 317.

7. León Trotsky on China, Pathfinder Press, Nueva York, 1976, pp. 116, 118, 122, 126, 143.

8. Knei-Paz, *op. cit.*, p. 364. Irónicamente, en el curso de las discusiones en el PCUS y en el Comintern entre 1927 y 1932, la fracción stalinista acusó a Trotsky de poner excesivamente el acento en las tareas nacionales de la revolución china a expensas de las tareas agrarias.

9. Véase Trotsky, *The Permanent Revolution*, Nueva York, 1978, pp. 124, 152-3 (L. Trotsky, *La revolución permanente*, Fontamara, Barcelona, 1977); y León Trotsky on China, *cit.*, pp. 522-3 (un texto escrito en 1932).

10. Escribió al *New York Times*: “El autor está completamente en lo cierto cuando dice que contra el empleo militar masivo de la guerrilla por parte de China el Japón resultará, a fin de cuentas, impotente.” (*Writings of León Trotsky 1937-1938*, Pathfinder, Nueva York, 1976, p. 84) (*Escritos 1937-38*, *cit.*).

11. *Writings of León Trotsky 1939-1940*, Pathfinder, Nueva York, p. 203. (*Escritos 1939-1940*, *cit.*)

12. “La obstrucción del desarrollo de la industria China y la estrangulación del mercado interno implican la conservación y el resurgimiento de las formas de producción más atrasadas en la agricultura, de las formas de explotación más parasitarias, de las formas más bárbaras de opresión y violencia, el crecimiento de una población excedente, y también la persistencia y agravación del pauperismo y de todas las clases de esclavitud.” (Escrito el 7 de mayo de 1927 e incluido en *León Trotsky on China*, *cit.*, p. 163.)

13. *Writings of León Trotsky 1932-1933*, Pathfinder, Nueva York, 1972, pp. 287-94 (*Escritos 1932-1933*, *cit.*). Véase también “*The European Bourgeoisie and*

Revolutionary Struggle”, un artículo inédito en los Archivos Trotsky, citado en Knei-Paz, op. cit., p. 553.

14. Véase, por ejemplo, “The Mexican Oil Expropriations” (23 de abril de 1938) en Writings... 1937-1938, cit., pp. 325- 6. (Escritos..., cit.)

15. “Ninety Years of the Communist Manifestó”, Writings... 1937-1938, cit., p. 25. (“A noventa años del Manifiesto comunista”, incluido en L. Trotsky, El programa de transición, Fontamara, Barcelona, 1977.)



La Cuarta Internacional



Derrota del proletariado en Rusia, en Europa y (durante un largo período histórico) en China; triunfo del estalinismo, del fascismo: la época de la guerra y la revolución se convirtió en una época de guerra, revolución y contrarrevolución. En las primeras páginas de su opúsculo *Su moral y la nuestra** Trotsky resumió los últimos años treinta como “un período de reacción”. Y sería difícil poner en cuestión este juicio, en especial a la luz de lo que ocurrió inmediatamente después.

Pero en aparente contradicción con este juicio sobre la época, Trotsky se dedicó cada vez más en la última parte de su vida a un solo objetivo: la construcción de una nueva organización revolucionaria, la construcción de la Cuarta Internacional.

Como marxista, no se hacía la menor ilusión sobre las tremendas dificultades con las que se enfrentaba este proyecto tras las derrotas acumulativas y la desmoralización de sectores cada vez mayores del proletariado mundial. Sabía que los resultados inmediatos serían modestos. Sus seguidores eran pocos; y las organizaciones que habían agrupado con tantas dificultades carecían desesperadamente de medios materiales y estaban corroídas por las divisiones y las escisiones, no sin conexión con su debilidad y su aislamiento del grueso de la clase obrera.¹ Y a pesar de ello emprendió tenazmente esta tarea, hasta el punto de proclamar que era la misión más importante que había llevado a cabo en su vida, ² más importante que formular la teoría de la revolución permanente, que dirigir la insurrección de Octubre, que construir y llevar a la victoria al Ejército Rojo en la guerra civil.

¿Cómo podemos explicar esta paradoja, que ha asombrado a tantos de sus críticos y biógrafos? Algunos han dado por resuelto el problema con hablar de un hombre viejo egocéntrico y rencoroso que se engañaba a sí mismo, hundido en su derrota política e impotente, y que todavía soñaba que la historia le permitiría de alguna forma vengarse de sus enemigos. ³ Otros han visto en esta preocupación postrera de Trotsky un error desastroso que indica claramente que algo no funcionaba bien en su marxismo, sino desde el comienzo, sí por lo menos desde que se exilió de su patria y de su partido, y se rompieron sus relaciones intelectuales con sus iguales, no pudiendo beneficiarse de su crítica política.⁴ La debilidad de este tipo de explicaciones es evidente cuando se tienen en cuenta los análisis políticos que elaboró en el curso de su lucha por la Cuarta Internacional. Fue entonces cuando analizó la naturaleza de la Unión Soviética y la guerra civil española, hizo una crítica devastadora de los juicios de Moscú, y predijo tanto la firma como la ruptura inevitable del pacto Hitler-Stalin —realizaciones que no pueden compararse a ninguna otra anterior, y que son una clara prueba de que su inteligencia y su capacidad analítica se encontraban en su cénit.

Aquellos autores que intentan elevar la paradoja al nivel de una contradicción intrínseca se acercan más a la verdad, no sólo por lo que hace al pensamiento de Trotsky, sino al mismo marxismo. Mantienen que el marxismo intenta combinar dos elementos que, desarrollados hasta su conclusión lógica, tienden a excluirse mutuamente: el determinismo y el voluntarismo. Que como método para comprender la realidad, implica una inclinación hacia el fatalismo. Y que como sistema de acción, técnica de la revolución, tiende a desviarse del análisis concienzudo de la realidad objetiva. Mantener el equilibrio entre estas dos tendencias contradictorias es extremadamente difícil, cuando no imposible. En la obra de Trotsky, continúa la argumentación, este equilibrio se mantuvo durante los períodos de ascenso de la revolución. Pero fue mucho más inestable en los últimos años veinte, rompiéndose de forma definitiva en los treinta. Aunque Trotsky conservó su extraordinaria capacidad como analista crítico de la realidad objetiva, perdió definitivamente su talla como político y fue víctima de un voluntarismo utópico: de la esperanza absurda de que un par de cientos de personas, inspiradas en sus ideas, conseguirían llegar a cambiar el curso de la historia.⁵

Vemos interrelacionadas aquí toda una serie de cuestiones interesantes, tanto sobre el marxismo como sobre las ciencias sociales y políticas en general. Para poder darles una respuesta adecuada debemos, sin embargo, dejar de hacer malabarismos con los conceptos formales. El marxismo es desde luego un sistema de acción, una praxis revolucionaria. Un sistema que intenta por otra parte evitar los escollos del subjetivismo y el voluntarismo estableciendo los parámetros siempre limitados de la acción eficaz a través de un estricto análisis científico de la dinámica realidad histórica (las leyes sobre las que funciona una realidad dada, las contradicciones de cada formación socioeconómica). Algunos objetivos pueden ser alcanzados en unas circunstancias históricas determinadas. Otros no —a pesar de la mejor de las políticas, la mayor militancia y el más duro de los autosacrificios individual y colectivo. Algunos medios conducen a estos objetivos. Otros no, sean cuales sean las ilusiones de aquellos que los ponen en práctica. Igualmente, contradicciones sociales objetivamente determinadas, que existen independientemente de los deseos y las decisiones humanas y que no desaparecerán en tanto que esta sociedad exista, pueden conducir a resultados distintos. El resultado final dependerá de

quién actúa de forma decisiva (qué clase, qué sector de esa clase, qué partido de esa clase inspirado en qué programa), quién toma la iniciativa, cuál de las fuerzas sociales contendientes gana la batalla y de otros problemas por el estilo.

Presentado de esta forma, lo que inicialmente aparecía como dos polos opuestos que desgarran al marxismo (“el determinismo fatalista”, “el subjetivismo voluntarista”) se integra crecientemente en una unidad superior (unidad-y-lucha, unidad-y-contradicción, si se quiere) entre el análisis teórico objetivo y la praxis revolucionaria. Sin teoría científica, la praxis revolucionaria está condenada a la inefectividad de la utopía: la realidad no puede ser transformada de forma consciente a menos que sea comprendida en toda su profundidad. Pero sin praxis revolucionaria, la teoría científica se hace más y más estéril en un doble sentido: tiende a la observación pasiva, y al hacerlo así escapa al criterio último de la verdad, la verificación práctica.

Esta “unidad-y-contradicción” de la teoría científica y de la acción revolucionaria es por supuesto un objetivo muy difícil de alcanzar, que no se consigue desde luego todos los días ni de manera sencilla. Es una unidad tendencial y asintomática: los hombres no pueden alcanzar realmente la unidad perfecta entre la realidad, la consciencia y la transformación consciente de la realidad. Pero, como siempre, la verdad es concreta. Y hay que preguntarse: ¿tuvo o no tuvo Trotsky una percepción correcta de las tendencias históricas a finales de los años treinta? La construcción de la Cuarta Internacional, ¿era una consecuencia lógica de esa percepción? ¿Era un objetivo práctico que podía y puede ser todavía realizado? El sarcasmo vulgar —“qué pequeña era la Cuarta Internacional cuando murió Trotsky, y qué pequeña sigue siendo cuarenta años después de su fundación”— no puede reemplazar el análisis científico crítico y estricto. De hecho, si sustituye este análisis, no es ya el marxista Trotsky, sino sus supuestos críticos escépticos los que están imbuidos de pensamiento precientífico, religioso, cuando no mágico (la creencia ingenua de que los problemas desaparecen con negar que existen).

Permítasenos por lo tanto volver a plantear el problema en los términos históricos más amplios. Si, en el momento cumbre de toda una serie acumulativa de graves derrotas del proletariado, se cree que estas derrotas son definitivas y la regresión histórica de la revolución socialista mundial es irreversible, entonces la caída

en la barbarie es lógicamente el único destino reservado a la humanidad. El capitalismo desaparecerá como la antigua sociedad esclavista, a través de la desintegración mutua de los antagonismos básicos de clase. No dará paso a una civilización superior .

Es fácil demostrar que esta perspectiva no era completamente absurda a finales de los años treinta o después del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Tampoco es difícil de demostrar que este pesimismo extremo se extendió por la casi totalidad de la izquierda tradicional, cuando no de la extrema izquierda. El mismo Trotsky tuvo que luchar contra él a brazo partido al menos en dos ocasiones en el último año de su vida: en su artículo “La URSS y la guerra”, escrito en 1939, y en el que es su verdadero testamento político, el Manifiesto de la Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional de mayo de 1940. Con su lucidez y su profundidad de visión características resumió la alternativa histórica en una única y fundamental cuestión: la capacidad del proletariado para reconstruir la sociedad sobre una base socialista. Lo que había sido el punto de arranque de su marxismo se convirtió así en su último mensaje.

Aparte del proletariado, ninguna otra fuerza es capaz de llevar a cabo la reconstrucción socialista a escala internacional. Nunca prueba alguna ha sido presentada de que otras fuerzas sociales sean capaces de hacerlo. Y, en nuestra opinión, nunca se presentará. Por lo tanto, el futuro socialista de la humanidad —la posibilidad de evitar que la decadencia del capitalismo degenera en barbarie— depende fundamentalmente de la capacidad del proletariado para llevar a cabo la misión histórica que Marx y Engels le atribuían. Es verdad que después de 60 años de fuertes luchas revolucionarias —39 años después de que Trotsky escribiese por última vez sobre este problema— el proletariado todavía no ha dado pruebas convincentes de su capacidad. De su capacidad para luchar de una forma heroica, y algunas veces claramente anticapitalista, y revolucionaria, sí; de conquistas y retener el poder a una escala geográfica lo suficientemente amplia, en la que existan las condiciones para construir un mundo socialista: todavía no. Por lo tanto, Trotsky planteó este problema en forma de dilema. O bien, en las siguientes décadas,⁶ el proletariado demostraba ser incapaz de reconstruir la sociedad sobre bases socialistas, y el declive de la revolución mundial continuaba —en cuyo caso, la decadencia de la

civilización humana era inevitable. O bien, después de algunos nuevos ascensos y bajas, algunas nuevas victorias y derrotas parciales, los trabajadores conquistaban y consolidaban su poder en los países fundamentales del mundo, la revolución mundial triunfaba, y el socialismo mundial sería construido. En otras palabras: todo giraba sobre el carácter de las derrotas sufridas por la revolución mundial entre 1923 y los primeros años cuarenta, si habían sido parciales o completas, temporales o definitivas.

Trotsky creía firmemente que estas derrotas eran parciales y temporales, que la revolución volvería a surgir una vez más, que tanto las dictaduras fascistas (y japonesa), como los imperios coloniales no sobrevivirían a la guerra y a la posguerra. A pesar de que se equivocó al incluir la dictadura estalinista en esta lista, su visión demostró ser en lo fundamental correcta: en cualquier caso, inconmensurablemente más correcta que la de los pesimistas, que borraron para siempre las palabras revolución mundial y proletariado internacional de sus escritos y de su vocabulario en 1939-1940.

Sin embargo, a pesar de que Trotsky siempre mantuvo la convicción de que habría un nuevo ascenso de la revolución mundial —una convicción basada no en la fe ciega sino en un análisis correcto de las contradicciones objetivas que volverían a empujar a las masas a la acción— no tenía la más ligera ilusión en la capacidad de un movimiento de masas espontáneo (para no hablar de la buena voluntad de las falsas direcciones burocráticas de la socialdemocracia y el estalinismo) que pudiese por casualidad y a ciegas lograr la victoria del socialismo mundial. Fuesen cuales fuesen los éxitos parciales que pudiese obtener —y ciertamente Trotsky subestimó el alcance que llegarían a tener en las muy específicas relaciones entre las fuerzas sociales y políticas de posguerra— una tarea de la magnitud de la construcción consciente de un mundo socialista nunca podrá ser realizada sólo con la espontaneidad de masas, menos aún cuando los aparatos reformistas y estalinistas aplastan, rompen o limitan esta espontaneidad de masas.⁷ Tiene que existir un nivel de conciencia de la clase obrera más alto, expresado sobre todo en una nueva vanguardia audaz y políticamente astuta de la clase obrera, y encarnada en una nueva dirección revolucionaria, en nuevos partidos revolucionarios de masas y en una Internacional revolucionaria de masas.

Para facilitar el surgimiento de esta nueva vanguardia y de esta nueva dirección, era necesario defender la continuidad programática del comunismo, que el estalinismo amenazaba con destruir completamente. Una continuidad que no podía asegurarse solamente con libros, panfletos o artículos, que tenía que encarnarse en una nueva generación de cuadros y militantes.⁸

A otro nivel, la profunda degeneración de la Unión Soviética excluyó al PCUS de ser el marco en el que el proletariado soviético volvería a ser una vez más activo políticamente. (Un renacimiento seguro, sea cual sea el tiempo necesario para que la clase obrera se recupere de su tremenda decepción histórica.) Las masas soviéticas identificaban al PCUS con la casta burocrática dominante privilegiada. Y por lo tanto, la perspectiva de una revolución política planteaba no sólo importantes problemas políticos y programáticos que Trotsky intentó resolver; sino también problemas organizativos a escala mundial. ¿Cómo era posible asegurar la reunificación del proletariado mundial —del proletariado de los países capitalistas—, enfrentado a otro enemigo y a otras tareas estratégicas, y del proletariado soviético? Aunque sólo fuese por su lucha por la revolución política en la URSS como parte de la revolución mundial, la Cuarta Internacional era históricamente decisiva a largo plazo para el futuro del socialismo mundial.

Por ello, el proyecto de construir la Cuarta Internacional está estrechamente unido al análisis objetivo estricto de las principales tendencias de la historia del siglo xx. Es una consecuencia lógica del diagnóstico de que la crisis de la humanidad es la crisis de la dirección revolucionaria del proletariado. Lo que esta fórmula tan citada implica no es tanto una afirmación como toda una serie de negaciones. Negamos que la humanidad no esté en crisis, que el fascismo y la Segunda Guerra Mundial hayan sido sólo accidentes menores, que el progreso y la civilización continuarán floreciendo incluso si la humanidad no supera el capitalismo. La crisis de la humanidad no es una crisis producida porque las fuerzas productivas hayan alcanzado tal punto de decadencia que el socialismo no pueda ser ya objetivamente posible. Ni porque la militancia del proletariado decaiga aguda y constantemente, y la clase obrera esté tan integrada en la (decadente) sociedad burguesa que no pueda seguir siendo considerada como el factor actuante de la revolución (como el “sujeto revolucionario”), Y tampoco es una crisis del socialismo proletario, en el

que los trabajadores sólo habrían sustituido una forma de opresión (¿gracias a una burocracia ligada a la intelectualidad pequeño-burguesa?) por otra.

Hay que decir que todas las premisas han operado bastante bien a la luz de los desarrollos históricos subsiguientes. Y el análisis implica ineludiblemente que la tarea esencial es construir una nueva vanguardia revolucionaria, elevar cualitativamente a un nivel más alto la conciencia de clase y la dirección de clase del proletariado. De otra forma, los futuros ascensos de la revolución mundial, que aparecerán con toda seguridad, fracasarán en la realización del socialismo mundial.

Cuando Trotsky integró estrechamente la construcción de la Cuarta Internacional en el llamado programa de transición (el documento titulado *La agonía del Capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional*) y en la estrategia de lucha de las reivindicaciones transitorias, era totalmente consciente del doble aspecto de la “crisis del factor subjetivo”: crisis de la dirección y crisis de la conciencia de clase del proletariado. Viniendo de una tradición marxista en la que ambas están dialécticamente interrelacionadas, Trotsky sólo podía rechazar como absurda la idea de que la clase obrera mayoritariamente dominada por las ideas reformistas podía ser “engañada” para “hacer una revolución sin realmente quererlo”. La principal función de la lucha por las reivindicaciones transitorias es hacer que los trabajadores, a través de su propia experiencia, lleguen a la conclusión de que es necesario tomar el poder. El programa es un puente entre su estado de conciencia real y el necesario para la victoria de la revolución socialista. Y este puente puede ser construido sobre pilares extremadamente sólidos: sobre las necesidades conscientes y las preocupaciones de la clase obrera, que nacen de las contradicciones y de las sucesivas crisis de la sociedad del capitalismo tardío, y que esta misma sociedad es cada vez más incapaz de satisfacer. La lucha por satisfacerlas a través de la movilización de masas, la acción y la autoorganización de la clase obrera, es el otro pilar que dota a este puente de sólidos cimientos.

Los aspectos “humanos”, “numéricos”, o si se quiere “técnicos” del problema fueron constantemente recalcados por Trotsky en sus comentarios sobre la construcción del partido durante el período 1933-1940. En el curso de la lucha de clases, surgen progresivamente los elementos de vanguardia y se politizan en las filas del proletariado. En períodos de explosiones de masas poderosas, una nueva van-

guardia obrera suele aparecer a la cabeza de la clase a nivel de empresa. Pero estos elementos no pueden llegar a producir espontáneamente un programa revolucionario globalmente correcto.

Esta fusión —¡que es el punto capital en la construcción de la Cuarta Internacional! — requiere, entre otras cosas, una intervención táctica correcta por parte de los núcleos revolucionarios en las luchas de masas y en los debates en el seno del movimiento obrero y la clase obrera. Requiere también que la “acumulación primitiva de cuadros” haya superado el umbral por debajo del cual los grupos revolucionarios son vistos por la clase obrera sólo como críticos de los partidos reformistas de masas, y por encima del cual comienzan a ser considerados como alternativas creíbles. Este análisis se basa en el carácter funcional que tienen sus organizaciones a ojos de la clase obrera. Y ésta no abandona una herramienta parcialmente rota e ineficaz por un débil cortaplumas. La nueva herramienta debe de garantizar un nivel mínimo de eficacia antes de que pueda sustituir realmente a la vieja.

Cuando esta alternativa creíble no existe —no sólo con un programa y una línea política correctos, sino también con la suficiente fuerza organizativa— el tremendo potencial de militantes críticos existentes en los sectores de vanguardia de la clase obrera se disipará en gran parte después de cada ascenso de la lucha. Creando así nuevas dificultades para la construcción de nuevos partidos revolucionarios y de una nueva internacional revolucionaria.

Extrañamente, Trotsky se equivocó en un par de puntos menores en su proyección del futuro de la Cuarta Internacional. Digo extrañamente, porque su análisis general le permitía evitarlos, y de hecho implicaba una conclusión totalmente opuesta a la que sacó. Su principal error fue creer que la Cuarta Internacional crecería rápidamente al final de la Segunda Guerra Mundial —una predicción que no tomaba en cuenta los devastadores efectos en el nivel medio de la conciencia de clase de casi veinte años ininterrumpidos de derrotas de la revolución. Correctamente predijo que se tardaría más en superar estos efectos en Italia, Alemania, Rusia y España. Pero de alguna forma los colocó entre paréntesis a la hora de referirse al proletariado mundial en su totalidad. Y aquí se equivocó obviamente. Era objetivamente imposible que la Cuarta Internacional experimentase tras la Segunda

Guerra Mundial el tipo de crecimiento operado por la Internacional Comunista tras la Primera Guerra Mundial. El proceso demostraría ser mucho más largo y mucho más contradictorio.

Otro error de Trotsky fue su confiada creencia de que el régimen estalinista no sobreviviría a la guerra. Contrariamente a una páfida leyenda, no era pesimista sobre cómo la Unión Soviética se comportaría en la Segunda Guerra Mundial.⁹ Estaba convencido de que demostraría ser muy superior a la Rusia zarista y también a sus oponentes imperialistas, tanto en términos de cohesión socio-política como de distribución flexible de los recursos industriales para su autodefensa. Pero temía que la incapacidad de gestión, la arbitrariedad y el terror de la burocracia minaran continuamente esta superioridad -un juicio que sólo puede ser confirmado por cualquier análisis objetivo de lo que realmente sucedió en Rusia en 1941-1942.¹⁰ Ello no le impidió sacar correctamente la conclusión de que a largo plazo la superioridad del sistema social prevalecería. Sin embargo, en contradicción flagrante con algunas de las bases de su análisis global, Trotsky fundió en una estas dos líneas de razonamiento. Precisamente porque el inevitable ascenso de la revolución mundial en la posguerra no podría llevar rápida y espontáneamente a la victoria, sólo sería un ascenso revolucionario parcial. Y precisamente porque sería solamente parcial, un rápido derrocamiento de la dictadura estalinista —es decir, un nuevo ascenso del proletariado ruso— era totalmente imposible.

Lo que realmente ocurriría tras la Segunda Guerra Mundial sería un proceso mucho más complejo que el sugerido por Trotsky en una serie de poderosas predicciones. Implicaría: victorias y derrotas parciales de la revolución mundial; la estabilización temporal del capitalismo en los países imperialistas, y de la dominación burocrática en la Unión Soviética y en su nueva “zona- tapón”; la progresiva corrosión de esa estabilidad por las contradicciones internas y las victorias parciales de la revolución mundial (una de las cuales, la victoria de la revolución china, fue una experiencia que hizo temblar al mundo, incluso si desde sus comienzos se burocratizó); y una crisis combinada creciente de la sociedad burguesa y del estalinismo que, partiendo de Mayo de 1968 y la Primavera de Praga, ha llevado a un nuevo ascenso acelerado de la revolución mundial. Pero hemos ido más allá del análisis del marxismo de Trotsky, propiamente dicho.¹¹

Lo que sí tiene relación con el marxismo de Trotsky, y su lucha por la Cuarta Internacional, es la unión en la última parte de su vida de todos los hilos conductores de su visión histórica: la voluntad de continuar la lucha porque su resultado histórico todavía no se ha decidido. Todavía está por decidir si será la barbarie o el socialismo lo que prevalezca. Si la revolución mundial será derrotada una y otra vez, o si al final triunfará. Si la sociedad soviética, bloqueada a medio camino entre el capitalismo y el socialismo, dará nacimiento a nuevas formas de explotación históricamente reproducibles, o si, con la ayuda del ascenso del proletariado mundial, el proletariado soviético arrojará de sí todos los nauseabundos restos del estalinismo. Si la degeneración estalinista de la Unión Soviética se repetirá en todas las nuevas revoluciones victoriosas (por lo menos en tanto que ocurran en países relativamente atrasados), si las revoluciones socialistas demostrarán o no la capacidad de autocrítica y enmienda en la que Marx había depositado tanta confianza. Todavía está por decidirse si el proletariado demostrará ser capaz de construir una sociedad sin clases con un nivel de civilización humana y libertades por encima de todo lo que el capitalismo ha creado en sus días más gloriosos.

Luchar por la Cuarta Internacional significaba, a ojos de Trotsky, intervenir activamente en las luchas de clases y en las batallas políticas de todos los días para ayudar a que estos dilemas se resuelvan a favor de la clase obrera, del progreso y los intereses de la humanidad en el sentido más amplio de la palabra. Si este es un planteamiento realista o utópico, sólo, el futuro lo decidirá. Pero más vale que sea un planteamiento realista; porque si no el futuro de la raza humana sería verdaderamente tenebroso.

NOTAS

* Publicado en: Leon Trotsky, *Su moral y la nuestra*, Fontamara, Barcelona, 1977.

1. "Fighting against the Stream", en *Writings... 1938-1939*, cit., pp. 251 ss. (Escritos..., cit.)

2. Trotsky, *Dairy in Exile*, Londres, 1958, pp. 45-46.

3. L. Kolakowski, *Main Currents of Marxism*, vol. 3, Oxford, 1978, p. 213; y J. Carmichael, *Trotsky: An Appreciaaion...*, cit., pp. 460-61.

4. Isaac Deutscher, *The Prophet Outcast*, pp. 208, 211-12 (El profeta desterrado, cit.); Irying Howe, *Trotsky*, pp. 132-3; y Rapone, op. cit., p. 278. Carmichael, sin embargo, redondea su juicio negativo con una extraña conclusión a la que Trotsky no hubiera puesto objeción: “Así pues, el destino de la Cuarta Internacional está vinculado al futuro del marxismo.” (Op. cit., p. 462.)

5. Jean Baechler, *Politique de Trotsky*, París, 1968, pp. 22, 91, 307. Véase también B. Knei-Paz, *The Social and Political Thought of León Trotsky*, cit., p. 426.

6. El artículo de Trotsky “La URSS y la guerra” (incluido en *Trotsky, En defensa del marxismo*, Fontamara, Barcelona, 1977) podría infundir la impresión de una escala de tiempo errónea: “Si la guerra actual no provoca la revolución, sino una decadencia del proletariado...” Pero en su auténtico testamento político, el Manifiesto de la Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional, deja claro que el dilema se refiere a las futuras décadas.

7. Véase Ernest Mandel, *Revolutionary Marxism Today*, NLB, Londres, 1979.

8. Fierre Naville, *Trotsky Vivant*, París, 1962, pp. 118-19.

9. Leo Figuières, *Le Trotskysme, cet antiléninisme*, París, 1969, p. 170. Esto debería contrastarse con las declaraciones de Trotsky en *The Case of León Trotsky*, Nueva York, 1968, p. 311; *Writings of León Trotsky 1939-1940*, cit., p. 164 (Escritos..., cit.); y, más en general, *The Revolution Betrayed*, Nueva York, 1965, pp. 206-208, 225-6, 229-32 (L. Trotsky, *La revolución traicionada*, Fontamara, Barcelona, 1977).

10. Véase especialmente Roy Medvedev, *Let History Judge*, Londres, 1976, pp. 442-467.

11. Contrariamente a las afirmaciones de Baechler (op. cit., p. 57), Mavrakis (*On Trotskysm*, cit., pp. 144-51) y otros, Trotsky en absoluto rechazó de entrada la posibilidad de una guerra de guerrillas a gran escala en China. Tan sólo era escéptico en cuanto a sus éxitos en períodos de agudo descenso de la revolución, caso que se daba a finales de los veinte y comienzos de los treinta. Véase la nota 9 del capítulo 9. En el Manifiesto de la Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional hacía incluso empleo explícito del término “genuina guerra popular” alu-

diendo a las tácticas que tuvieron que adoptarse durante la guerra chino-japonesa.
(Writings 1939-1940, cit., p. 203.)



El socialismo



Marx y Engels siempre fueron reticentes en describir cómo sería la sociedad sin clases futura, sabiendo que su naturaleza estaría parcialmente condicionada por las circunstancias en las que naciese. Estrictamente hablando, sin embargo, su reticencia fue sólo relativa, porque sus escritos contienen numerosos comentarios que definen los aspectos fundamentales del socialismo. Si consideramos estos aspectos —ante todo la inexistencia de la producción mercantil—, aquellos países que la burocracia soviética y los capitalistas occidentales tienen un interés común en llamar

“socialistas” o “países donde existe el socialismo real” no son de ninguna manera socialistas. Cuando Marx y Engels hablaban del comunismo como “el movimiento real que supera las condiciones existentes” —oponiéndolo al concepto idealista (utópico) de “la realización del proyecto socialista”— usaban el término “condiciones existentes” en un sentido amplio y general (todas las condiciones reales de la sociedad burguesa) y no en el sentido restringido de la propiedad privada de los medios de producción.

Trotsky mantuvo esta tradición clásica del marxismo cuando se opuso con fuerza al mito estalinista de que en Rusia se había realizado el “socialismo” en 1935-36. La supresión de la propiedad privada de los medios de producción es una condición necesaria, pero insuficiente para la existencia de una sociedad socialista. Trotsky comprendió desde el principio el enorme daño ideológico y político causado por el estalinismo a la causa comunista cuando definió Rusia y otros países en los que se había derrocado el capitalismo como “países socialistas” (“países en los que existe el socialismo real”). Sólo hoy comienzan a comprender miles de comunistas que “la desigualdad socialista”, “los campos de concentración socialistas” y “la guerra entre países socialistas” son monstruosidades conceptuales que proveen al imperialismo de la munición antisocialista más poderosa.¹

Sin embargo, cuanto más se prolongue la agonía del capitalismo, y cuanto más tiempo coexista el capitalismo decadente con las sociedades burocratizadas en transición entre el capitalismo y el socialismo (o con la oportuna y equivalente formulación de Bahro, “sociedades poscapitalistas y proto-socialistas”), tanto mayor obstáculo político para la revolución mundial será la comprensible reticencia de los marxistas en describir lo que en realidad tendría que ser una sociedad socialista, en qué se diferencia no sólo de las sociedades del capitalismo avanzado sino también de aquéllas más o menos modeladas a imagen de la URSS. Para los pueblos de los países subdesarrollados, la realidad social de la Unión Soviética, de Cuba o de China podrá ejercer quizás un cierto poder de atracción; pero de ninguna forma puede ser así en el caso de los trabajadores de los países imperialistas de América del Norte, Europa y Japón. A este respecto, la situación ha cambiado dramáticamente desde los años treinta y comienzos de los cuarenta, cuando todavía se daba el caso contrario.

La naturaleza del socialismo, el primer estadio de la sociedad sin clases, debe por lo tanto ser analizada con mucha mayor precisión que como se acostumbraba a hacer en el movimiento obrero socialista antes y después de la Primera Guerra Mundial. Y en esta nueva e importante tarea teórica, Trotsky jugó de nuevo el papel de pionero al menos dos décadas por delante de su tiempo.

Una de las razones por las que esta tarea es mucho más fácil hoy que en la época de Marx y Engels, o incluso que en la de la socialdemocracia clásica, reside en la maduración total de las condiciones necesarias para el nacimiento de una sociedad socialista. El desarrollo de las fuerzas productivas; el aumento en número, peso social y relativa homogeneidad de los asalariados sobre el total de la población activa en los países imperialistas avanzados; el cambio radical en las relaciones entre trabajo manual e intelectual; la preocupación mucho mayor de las interrelaciones existentes entre los países desarrollados y subdesarrollados y sobre los problemas que ello plantea en el marco del socialismo —todos estos avances materiales e intelectuales del último medio siglo han hecho mucho más fácil definir un “modelo socialista” (usamos este término con la mayor reticencia, a falta de otro mejor) que en época de Engels, Bebel o Lenin.

La imagen de lo que el socialismo debe ser ha sido clarificada en gran medida, en un sentido negativo, por el trágico curso de las revoluciones rusa y china, por tomar los dos ejemplos más sobresalientes. Todo ello hace mucho más fácil a los marxistas revolucionarios definir categóricamente lo que no es el socialismo. Así, el socialismo no es y no puede ser una sociedad que mantenga o incluso aumente las profundas desigualdades existentes en las rentas y en los bienes de consumo, en la educación superior, en la información y en las posiciones de poder político y social. El socialismo no puede ser una sociedad en la que las decisiones que atañen a las prioridades sociales y a las tendencias generales del desarrollo económico son tomadas por un pequeño grupo de personas, en vez de por el conjunto de la población tras debate público y democrático sobre las distintas alternativas y soluciones. El socialismo no puede ser una sociedad en la que la producción de mercancías y el dinero siguen influenciando de forma decisiva gran parte de la conducta individual y colectiva —con todas las consecuencias que se desprenden de ello. El socialismo no es ni puede ser una sociedad en la que las posibilidades de publicación de

las obras literarias, de crear arte, de desarrollar libremente la investigación científica y de ejercer las libertades democráticas en general, son más restringidas y no incomparablemente mayores que en la sociedad burguesa. El socialismo no es y no puede ser una sociedad en la que la represión de los individuos que se desvían de “la norma social establecida” es más dura que bajo el capitalismo avanzado.²

Especialmente tras ser exiliado de la URSS, pero en parte también durante los años veinte, Trotsky gradualmente trazó esbozos de modelos de la realidad socialista en muchos campos de la vida social. Deliberadamente debemos refrenarnos a la hora de seguir su pensamiento en terrenos especializados como la creación literaria y artística. Debemos de concentrarnos mejor sobre las principales características del socialismo en el terreno de la economía, la organización política, la cultura, y las relaciones entre los diferentes grupos humanos de naturaleza no clasista: relaciones entre hombre y mujer, jóvenes y adultos, entre las diferentes nacionalidades.

Trotsky ha sido frecuentemente acusado de mantener un concepto ingenuo sobre “la plenitud” de los bienes materiales —un concepto, sea dicho, que se dice que compartió con Marx y Engels. La referencia a la “inalcanzabilidad” de la plenitud como último argumento contra el socialismo-comunismo —¡bien conocido ya en el siglo XIX! — ha sido reavivada por los discípulos de “la escuela del crecimiento cero” y por los ecologistas que argumentan que, con una población mundial hipotética de 10-12 billones de personas, la abundancia de bienes materiales sería físicamente imposible o bien provocaría una catástrofe en el medio ambiente.

Trotsky respondió a estas objeciones por adelantado al explicar que el concepto de “plenitud” no solo se refiere mecánicamente al nivel de la economía, sino que es más bien un concepto sociopsicológico, aunque naturalmente determinado por las condiciones materiales. Una vez que el hábito de distribuir los bienes y servicios básicos de acuerdo con las necesidades haya sido asimilado por todos los miembros de la sociedad, se alcanzará rápidamente un punto de saturación, y el consumo real posiblemente incluso llegue a disminuir (o por lo menos se estabilizará). Y utiliza el ejemplo bien simple de los hábitos de la burguesía y la pequeña burguesía en los restaurantes, hoteles y pensiones elegantes, en los que el azúcar se

encuentra libremente en la mesa. Y ello no provoca un aumento espectacular en el consumo de azúcar, sino todo lo contrario.

Podemos decir ahora, ampliando el argumento de Trotsky, que los hábitos de consumo de las categorías salariales más altas en las sociedades burguesas avanzadas han confirmado la predicción marxista de que, una vez alcanzado el punto de saturación, el consumo tiende a disminuir no sólo en función de la “ley de Engels”, sino sobre todo porque las necesidades se transforman de forma radical. El cuidado de la salud y el ocio reemplazan cada vez más a la acumulación fútil de bienes materiales.³ Incluso puede llegarse a argumentar, por muy paradójico que parezca, que es la sociedad burguesa y la economía de mercado, con su propaganda enloquecida a la búsqueda de ampliar un mercado de productos cada vez más inútiles, la que por una parte frustra de una forma cada vez más permanente a la gente, y por otra parte eleva el consumo por encima del nivel correspondiente a un sistema de distribución socialista basado en la gratuidad de bienes y servicios.

Trotsky insistió también sobre el hecho de que en una sociedad socialista las prioridades básicas para la inversión se plantearían menos en torno a la división de los recursos existentes entre consumo e inversión que a las nuevas alternativas tecnológicas. “La vieja tecnología, tal y como la hemos heredado, es completamente inaplicable en el socialismo”, escribió en 1926. “La organización socialista de la economía debe de tender a reducir el desgaste psicológico de los trabajadores, en correspondencia con el aumento de la capacidad tecnológica, manteniendo al mismo tiempo la coordinación de esfuerzos de diferentes obreros. Este será el sentido de la cadena de montaje socialista en contraste con la capitalista... Es necesario eliminar la miseria y la codicia que nacen de ella. La prosperidad, el ocio y la alegría de vivir deben de asegurarse para todos. Un alto nivel de productividad del trabajo es inalcanzable sin la mecanización y la automatización, cuya expresión más acabada es la cadena de montaje. Pero la monotonía del trabajo puede suprimirse reduciendo su duración y el desgaste que implica... Estas características fundamentales de la producción se mantendrán en las principales ramas industriales hasta que una nueva revolución química o energética aplicada a la tecnología surja del presente nivel de mecanización.”⁴ Recientemente, la justificada campaña ecologista contra la construcción y el funcionamiento de las centrales nucleares, dados los

niveles actuales de seguridad, ha hecho surgir un debate que confirma notablemente esta predicción.

Y señalando en la misma dirección se encuentra el debate todavía más amplio sobre las “alternativas tecnológicas”, producto del creciente rechazo obrero del taylorismo, la cadena de montaje y, en general, de una organización del trabajo incompatible con un auténtico control obrero.

En su programa para la revolución política en la URSS, Trotsky mantuvo la fórmula de un control obrero generalizado sobre la gestión industrial a través de los comités de fábrica. Pero en otros escritos (por ejemplo, sobre el futuro de los Estados Unidos) apuntó audazmente la idea de la gestión por los propios productores en los países industrializados.

Hay una conexión directa entre la devastadora crítica de Trotsky de la incapacidad de gestión de la burocracia, del despilfarro y la arbitrariedad en la economía soviética, y su visión de la democracia socialista como una garantía de la planificación económica armoniosa y como garantía institucional contra la aparición de nuevas formas de desigualdad social. Aunque era absolutamente consciente de que la burocracia hunde sus raíces en la escasez —la lucha de “todos contra todos” en el reparto de los bienes de consumo, la necesidad de un arbitro para las opciones económicas difíciles, etcétera— también comprendió el aspecto institucional del problema. Para romper con el monopolio de la burocracia sobre el poder político y social, para acabar con el control estatal sobre el sobreproducto social, son también necesarios procesos positivos. Tienen que crearse instituciones y marcos en los que la inmensa mayoría de los productores puedan ejercer cada vez más el poder usurpado por la burocracia en Rusia.

En este contexto, Trotsky volvió sobre su vieja concepción de que los órganos de autoorganización —los soviets, los consejos obreros— representan los instrumentos más flexibles, y de lejos, aparecidos en la historia para resolver este problema. Pero claramente recaló que si no se quiere que se conviertan en cascaras vacías, deben de combinarse con instituciones que garanticen en la vida real una elevación progresiva de la actividad política de los trabajadores, y de su iniciativa social y política. Y éstas sólo pueden ser un sistema multipartidista, opuesto al siste-

ma de partido único, y una auténtica libertad de prensa (incluyendo a la oposición), como contraria al monopolio sobre los medios de comunicación de la fracción dirigente del partido único, es decir, del gobierno.⁵

¿Podemos encontrar en las manifestaciones de Trotsky a este respecto, claras y sin ninguna ambigüedad entre 1933 y 1940, algún elemento de autocrítica (incluso no expreso o “semiconsciente”) en relación a lo que mantuvo en 1920-1921 en la URSS? Es difícil contestar a esta cuestión. La actitud de Trotsky con respecto a los acontecimientos que ocurrieron en Rusia en esa época fue evolucionando hasta un juicio que estructura tres niveles diferentes: ¿era inevitable la medida en cuestión en el momento en que se tomó? ¿reportó a largo plazo resultados positivos para la Revolución Rusa y la clase obrera? ¿es un ejemplo que debe ser imitado por otras revoluciones proletarias, o incluso ser erigido al status de norma? Tendió a contestar “sí” a la primera pregunta y sistemáticamente “no” a las otras dos. Pero es evidente que el cada vez más claro “no” a la segunda tiene implicaciones sobre la primera, que Trotsky no encontró tiempo suficiente para elaborar de forma sistemática, a pesar de que se percibe en sus escritos una preocupación real por el problema.

Hay que señalar la diferencia existente entre un sistema multipartidista, en el sentido tradicional del término, en el período de transición entre el capitalismo y el socialismo (para un estado obrero bajo condiciones más favorables que las existentes en Rusia), y un sistema multipartidista en el socialismo propiamente dicho. Al referirse a este último, Trotsky utilizó varias fórmulas para resolver el problema existente para todo marxista de la relación que se establece entre los partidos y las clases y segmentos de clase. En una sociedad socialista, que es por definición una sociedad sin clases, esta relación carece de importancia. Con toda seguridad veremos la formación de grupos y su participación en polémicas públicas, a través de los medios de comunicación y con participación de masas, sobre las alternativas tecnológicas y artísticas, escuelas culturales o arquitectónicas, sistemas de transporte contrapuestos, diferentes programas para el desarrollo de los países subdesarrollados, programas de comunicación espaciales o sistemas educativos. De hecho, bajo el socialismo este tipo de debates alcanzarán dimensiones nunca vistas, o que po-

damos incluso imaginar sobre la base de experiencias anteriores. Pero es una cuestión discutible si estos grupos pueden llamarse propiamente partidos.

Si Trotsky defendió el pluralismo político, subrayó incluso con mayor fuerza la necesidad de un pluralismo científico y cultural. Sus escritos sobre este problema parecen un aviso profético contra el trágico caso Lysenko y experiencias similares en la URSS, y anuncian debates que comenzarían en la URSS y en todas partes un cuarto de siglo después o incluso más tarde. Todo estrangulamiento de la vida intelectual supondrá un tremendo precio para la construcción del socialismo, no sólo manteniendo o aumentando el atraso relativo, no sólo ahogando tremendos potenciales creativos, sino incluso reduciendo el crecimiento económico y el bienestar, en el sentido más inmediato y material de la palabra. Porque impone unos sacrificios innecesarios, totalmente evitables, que exasperan y desmoralizan a las masas más amplias; un proceso que sólo puede desestabilizar a la nueva sociedad y dar poderosas armas a sus enemigos.

Trotsky fue también cada vez más consciente de que el proceso de transformación revolucionario tiene unos efectos diferentes y marcadamente desiguales en la infraestructura social y en los diferentes niveles de la superestructura. Siendo como era un marxista y no un idealista utópico, hubiera rechazado totalmente la ilusión voluntarista de que es posible crear “el hombre socialista” cuando la gente todavía tiene que empujar carretillas de mano llenas de estiércol como principal actividad económica. Pero siendo como era un marxista y no un mecanicista y determinista economicista, hubiera rechazado con igual rigor la ilusión de que “el desarrollo de las fuerzas productivas” es suficiente para hacer surgir completamente desarrollado al “hombre socialista” de la “abundancia de los bienes de equipo y de consumo”, de la misma forma que Minerva salió de la cabeza de Júpiter. Una de sus principales aportaciones al marxismo fue precisamente su comprensión del carácter desincronizado de toda una serie de procesos sociales. Se daba perfectamente cuenta por lo tanto del hecho de que, mucho después de que hubiese desaparecido la propiedad privada de los medios de producción, y probablemente mucho después de que lo hubiesen hecho también la producción mercantil y el dinero, los restos del sexismo, de la opresión de los niños, del racismo, del chovinismo nacionalista y todo tipo de prejuicios seguirían anclados en la conciencia de la humanidad.

Es necesario por lo tanto llevar a cabo una lucha sin tregua contra estas formas atrasadas del pensamiento y del sentimiento, contra estos obstáculos fundamentales que se cruzan en el camino hacia el hombre socialista.

¿Hay en ello elementos de utopía o de milenarismo? Creemos que no. Si se analizan cuidadosamente, se verá que no son el producto de una fantasía desbocada, sino la extrapolación de tendencias que están ya presentes en las condiciones más favorables de desarrollo capitalista. Es más, la extrapolación va siempre acompañada por la puntualización de sus límites económicos (materiales), sociales y culturales, expresados en fórmulas del tipo: esta posibilidad se realizará sólo si x, y y z coinciden.

Este planteamiento es perfectamente posible desde un punto de vista científico. Y es especialmente útil para llevar hasta el final el dilema histórico de la especie humana, hasta sus últimas conclusiones.

Tras el dilema “socialismo o barbarie” se encuentra de hecho el diagnóstico de que este desarrollo socialista es ya objetivamente posible. El confundir el debate sobre estas posibilidades con el debate sobre las condiciones de su realización sólo sirve en realidad para oscurecer la solución: hacer más difícil la elección consciente de su propio futuro a la especie humana; o implica que esta elección es imposible, que la humanidad rueda ya por la pendiente de la decadencia y el desastre.

Es significativo que en varios momentos, hacia el final de su vida, Trotsky volviese a uno de los aspectos clave del socialismo: el hecho de que es una sociedad no sólo sin explotación y opresión, sino también libre de la violencia social. De todas sus proyecciones es ésta quizá la más importante y la de mayor transcendencia para nuestra generación, que vive no sólo en un grado de violencia permanente de masas nunca visto en el pasado, sino bajo la sombra de la aniquilación nuclear de la especie humana. Los escépticos de perspectiva chata -del tipo “nuevos filósofos”- contestan de nuevo: “la violencia hunde sus raíces en la “tendencia agresiva” (pulsión de muerte) que nuestra mente imperfecta ha heredado de su pasado animal, y cualquier otra cosa es una utopía”. Parecen no enterarse de lo que Trotsky y otros marxistas revolucionarios están hablando.

En la sociedad socialista, la especie humana podrá suprimir la violencia con solo poner fin a toda la producción de armamentos, destruyendo todas las armas, una medida que por supuesto sólo podrá ser efectiva si existe una propiedad colectiva a escala planetaria de los medios de producción, y la decisión colectiva sobre a qué uso deben de destinarse. Sinceramente, podemos aprender a vivir con la idea de que billones de seres humanos pueden ser destrozados por arcos y flechas y puños de hierro producidos por individuos pervertidos incapaces de controlar sus tendencias agresivas. Lo que ya ofrece algo más de duda es si podemos vivir con arsenales de armas nucleares, con explosivos “clásicos” que igualan ya la potencia destructiva de la bomba-A de Hiroshima, y con toda la chatarra último modelo del *establishment* militar-industrial. Pero nuestros escépticos oponentes a “la religiosidad marxista” parecen carecer al menos de tanta capacidad de duda como de imaginación y capacidad de análisis racional.

Marx solía decir que la especie humana sólo se plantea problemas que puede resolver. No dijo sin embargo cuánto podía tardar. Trotsky se equivocó obviamente en algunas de sus predicciones temporales, como les pasó antes a Lenin, Engels y Marx. Pero ello no disminuye el valor de sus propias predicciones, basadas como estaban en una sólida síntesis científica de las principales contradicciones y tendencias de desarrollo de nuestra época. La humanidad sé ha planteado el problema de la transformación socialista de la sociedad mundial. La revolución socialista de Octubre, en la que Trotsky jugó un papel práctico tan decisivo, fue una prueba empírica de que el problema había comenzado a resolverse. Las contribuciones teóricas de Trotsky serán vistas por las generaciones futuras como no menos decisivas para la solución final del problema. Y ellas mismas harán la contribución clave para su solución práctica definitiva. ¿Para qué otra cosa, si no, fue Trotsky el principal estratega de la teoría y la práctica de la revolución y el socialismo mundiales?

NOTAS

1. La no comprensión de la naturaleza del período de transición entre el capitalismo y el socialismo -sus relaciones de producción combinadas y contradictorias, y su dinámica y contradicciones socioeconómicas- conduce casi automáticamente a una definición subjetivista, idealista y no marxista del Estado obrero (o del “Estado socialista”), en que todo depende de la política de la fracción dominante, sin to-

mar en consideración la estructura socioeconómica del país. De este modo, los maoístas pueden afirmar que el “socialimperialismo”, o el gobierno de la “burguesía de Estado”, emergió en Rusia después de la muerte de Stalin, pese a no haber tenido lugar ningún cambio cualitativo en su estructura socioeconómica. Los maoístas chinos llegaron al punto de decir que Bulgaria era un país capitalista y Rumania un país socialista, a pesar de que, obviamente, no existe ni la más leve diferencia entre sus estructuras socioeconómicas. En este caso, la “diferencia de clase” del Estado depende exclusivamente de diferencias en la política exterior, o, para ser más precisos, de las actitudes de los gobiernos respecto a China. Últimamente, los PC pro-Moscú y, en primer lugar, el PC cubano, han empezado a caracterizar a la dirección del PC y del gobierno chinos como “fascistas”, basándose también ellos, exclusivamente, en la política exterior, y evadiendo todo análisis de la estructura socioeconómica.

2. En el curso de las discusiones sobre la nueva Constitución Soviética (la de Brezhnev), sostenidas en 1977 en la prensa rusa y en el Soviet Supremo, el jefe de la KGB y miembro del Presidium Yuri Andropov defendió dos posiciones completamente contradictorias: la de que la sociedad soviética es la sociedad más unida y coherente del mundo, y la de que la pequeña minoría de disidentes y malos elementos debían ser severamente reprimidos para que no perjudicaran a la comunidad socialista.

3. Véase nuestro extenso análisis en el capítulo XVII de Tratado de economía marxista (ERA, México).

4. “Cultura y socialismo”, 1926; la presente versión está hecha en base al folleto alemán publicado por Verlag für marxistische Literatur, Lausana, 1974, pp. 14, 47-48.

5. Con (la publicación de La revolución traicionada (1936), Trotsky salió explícitamente en apoyo de un sistema multipartidista. Esto fue luego codificado en El programa de transición (1938). Las primeras indicaciones de este cambio de punto de vista aparecieron en sus artículos de 1933 y 1934 sobre Alemania y los Estados Unidos.



Bibliografía crítica

El número de los libros y folletos dedicados a la vida o el pensamiento de Trotsky aumenta incesantemente. La breve reseña crítica de esta literatura no pretende en absoluto ser completa. Abarca tan sólo las contribuciones que nos parecen de cierta importancia, por una u otra razón, y no siempre, subrayémoslo inmediatamente, por causa de su valor intrínseco.

La monumental biografía de Isaac Deutscher (El profeta armado, El profeta desarmado y El profeta desterrado, ERA, México) es una categoría en sí misma. Sigue siendo, de lejos, el tratamiento más completo y adecuado del pensamiento de Trotsky, y, en particular, de su contribución al marxismo. El tercer volumen es un tanto más flojo que sus dos predecesores, sobre todo porque lleva la marca de los desacuerdos del propio autor con Trotsky en los años 30 sobre la fundación de la Cuarta Internacional. Deutscher considera que las ideas de Trotsky representan esencialmente la continuación de todo lo mejor de la tradición bolchevique, aunque llegara a pensar que esas ideas podían sobrevivir y hacerse eficaces aun en el caso de que quedaran incorporadas tan sólo en forma literaria. No comprendió que, por brillantes que fueran los escritos y las ideas de Trotsky, seguían requiriendo el vehículo de la organización para darles validez política y para convertirlos en una fuerza dentro del movimiento obrero. Sin embargo, la trilogía de Deutscher sigue siendo hoy la más destacada exposición general de la vida y el pensamiento de Trotsky y constituye, a su modo, una obra maestra de la historiografía marxista.

The Social and Political Thought of León Trotsky (El pensamiento político y social de León Trotsky), de Baruch Knei-Paz (Oxford University Press, 1978) es un

tomo llanamente académico elaborado en un espíritu absolutamente distinto del que anima la biografía de Deutscher. Tiene un extenso aparataje de referencias, pero hay pocos signos de investigación original o de capacidad para lograr una nueva interpretación histórica. Knei-Paz evidencia frecuentemente una incapacidad de comprender las combinaciones dialécticas más audaces de Trotsky. Esto le lleva a descubrir contradicciones entre distintos aspectos del pensamiento de Trotsky, contradicciones que no existen para alguien con mejor dominio del método de Trotsky y de la teoría marxista de la historia. El hecho de que Deutscher posea generalmente un soberbio dominio de la teoría marxista le permite una penetración en la obra de Trotsky a la que Knei-Paz no tiene acceso. Un buen ejemplo de los errores del libro de Knei-Paz es su crítica de la supuesta sobrestimación por parte de Trotsky de la industrialización y la “modernización” de Rusia durante la última fase del zarismo (pp. 102-6). Según Knei-Paz, Trotsky no supo tomarle la medida a la debilidad y el atraso de la clase obrera rusa, a la que, supuestamente, atribuyó la capacidad de desempeñar un papel civilizador global en la sociedad rusa similar al desempeñado por la burguesía en Europa occidental durante un período de varios siglos. Esta acusación es infundada. Confunde la valoración por Trotsky de la relación política de fuerzas en el curso de la revolución rusa (que, a decir verdad, permitió al proletariado ruso tomar el poder) con la afirmación de Trotsky respecto al atraso general de la sociedad rusa, incluyendo al proletariado, que le condujo a rechazar toda ilusión en cuanto a que la clase obrera rusa pudiera por sí sola modernizar a fondo Rusia, es decir, construir el socialismo en un solo país. Es precisamente porque Trotsky comprendió simultáneamente las combinaciones y las contradicciones entre “industrialización” y “modernización” que postuló los tres aspectos de la teoría de la revolución permanente: posibilidad de una dictadura del proletariado en Rusia; imposibilidad de “construir el socialismo” en la sola Rusia; necesidad de una revolución cultural de largo aliento, cuyas dificultades y prolongada trabajosidad no subestimó.

León Trotsky and the Politics of Economic Isolation (León Trotsky y la política del aislamiento económico), de Richard Day (CUP, 1973), es un estudio más original, y con mejor trabajo de investigación, que el de Knei-Paz, y enfoca un aspecto interesante del pensamiento de Trotsky. Su argumento principal, sin embargo, no

puede ser aceptado; es decir, su argumento en cuanto a que la oposición entre Stalin y Trotsky no se refería al “socialismo en un solo país”, sino a la “integración en el mercado mundial”, supuestamente apoyada por Trotsky, contrapuesta a la “autarquía económica” apoyada por Stalin. Day parece no comprender las implicaciones de la teoría del imperialismo adoptada por Trotsky, teoría que insistía en que la integración de países atrasados en el mercado mundial implicaba su control por parte del capital financiero internacional y, consiguientemente, un desarrollo desequilibrado y subordinado dictado por la entrada en juego de la ley del valor y la acumulación internacional de capital en el mercado mundial. En esas condiciones no es posible la industrialización orgánica o armoniosa de un país atrasado, y jamás se le pudo ocurrir a Trotsky abogar para que la república soviética se sometiera voluntariamente a ello. Por esta razón, Trotsky defendió, como conquista fundamental de la revolución de octubre, el monopolio estatal del comercio exterior. Según el punto de vista de Trotsky, ese monopolio era un arma crucial de la estrategia económica, al permitirle a la economía soviética atraer los recursos económicos de los países avanzados sin por ello subordinarse a la ley del valor que opera en el mercado mundial. Trotsky, desde luego, se opuso a la idea de esforzarse por una autarquía económica, y este último objetivo estaba vinculado indudablemente con las ilusiones del “socialismo en un solo país”. Naturalmente, en ausencia de una revolución mundial, Trotsky entendió perfectamente que Rusia nunca lograría emanciparse por completo de la influencia de la ley del valor, a pesar del monopolio del comercio y del aparato de la economía planificada. Pero estos puntos de vista enteramente coherentes no permiten las antinomias que a Day le gustaría construir.

Otra monografía dedicada a una faceta importante del pensamiento de Trotsky es *Trotsky e Il Fascismo*, de L. Rapone (Laterza, Bari, 1978), un industrioso estudio escolar de una especie que, a pesar de las evidentes diferencias del autor con la crítica de Trotsky de la política del Frente Popular, esperamos se vaya haciendo cada vez más frecuente.

Dado que el marxismo de Trotsky sigue siendo una fuerza viva en el mundo, continúa atrayendo ataques polémicos de todo tipo. Entre ellos, hay que mencionar especialmente el capítulo dedicado a Trotsky en *Main Currents of Marxism*

(Las grandes corrientes del marxismo), de Leszek Kolakowski, vol. 3 (Oxford University Press, 1978). Todo el libro de Kolakowski es un asalto contra el materialismo histórico a partir de la perspectiva del reciente entusiasmo del autor por la religión. Es altamente significativo que, entre todos los dirigentes o teóricos comunistas puestos en cuestión por Kolakowski, la parte más virulenta de su prosa quede reservada a Trotsky; en cambio, el examen de Stalin destaca por su ecuanimidad. Según Kolakowski, Trotsky no realizó ninguna contribución especial al marxismo. Escritos tan importantes como 1905, Balance y perspectivas, La Tercera Internacional después de Lenin, Historia de la revolución rusa, o los distintos textos recogidos en La lucha contra el fascismo en Alemania quedan o bien enteramente pasados por alto o bien liquidados en una o dos frases. La única obra de Trotsky que es objeto de un examen más extenso es La revolución traicionada, e incluso en este caso el ánimo del autor le cierra los ojos ante los puntos esenciales de la crítica del stalinismo por Trotsky. Según Kolakowski, la diferencia entre Stalin y Trotsky era, sencillamente, la diferencia entre un déspota revolucionario con éxito y otro sin éxito. “Trotsky, con su giro mental dogmático, no contribuyó a la elucidación teórica de ningún punto de la doctrina marxista” (p. 217). Como político práctico, Trotsky abogaba por un sistema político sistemáticamente autoritario y por “una incesante agresión revolucionaria” (p. 218). No se necesita ninguna especial agudeza para reconocer, en este ridículo retrato de Trotsky, un eco de las difamaciones que Kolakowski debió aprender en sus primeros tiempos stalinistas. La lucha de Trotsky por la democracia dentro del partido bolchevique o su llamamiento a la restauración de la democracia en los soviets se ven marginados por Kolakowski sobre la base de que Trotsky tan sólo llamaba a los procedimientos democráticos porque su restauración permitiría la victoria de Trotsky. Del mismo modo, puesto que el llamamiento de Trotsky en favor de los derechos democráticos era aplicable tan sólo a aquéllos que aceptaban la legalidad soviética, ese llamamiento, por supuesto, carecía de todo sentido: “A ojos de Trotsky... la libertad socialista significa libertad para los trotskistas y para nadie más” (p. 197). La más audaz tergiversación propuesta por Kolakowski consiste en que proclama que Trotsky no veía ninguna diferencia esencial entre la democracia burguesa y el fascismo, y que sus llamamientos por un “frente único” con los socialdemócratas eran simplemente una simulación, puesto que imaginaba “que era posible conservar la "pureza" ideológica vis-a-vis de los

socialdemócratas al mismo tiempo que solicitaba su ayuda en circunstancias particulares” (p. 205). Kolakowski nos asegura que la disposición de Stalin a “pagar un precio”, en el período del Frente Popular, por el apoyo socialdemócrata era la única política realista, y que, si Trotsky hubiera estado al frente del Comintern, “su política hubiera sido todavía menos eficaz que la de Stalin” (p. 205). Evidentemente, no podemos aquí dar respuesta! detallada a las muchas afirmaciones disparatadas de Kolakowski. Acerca de la cuestión central de la concepción de Trotsky de las formas históricas de la democracia, el lector puede consultar la excelente exposición del trotskista norteamericano George Novack (Editorial Fontamara, Barcelona, 1976), y también la Resolución del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional sobre la Democracia socialista (publicada por Pathfinder Press, Nueva York, 1975).

Siguen apareciendo ataques comunistas oficiales contra Trotsky. En años recientes, Trotsky y el trotskismo han sido blanco de varias polémicas rutinarias publicadas por Editorial Progreso de Moscú, a cargo de autores como S. Ogartsev, V. Ignatiev y M. Basmanov. Ya que la mayoría de los escritores comunistas de Europa oriental han abandonado las viejas calumnias, pero se niegan a aceptar la crítica de Trotsky del stalinismo. A su modo de ver, había poca diferencia en la estrategia económica propuesta por Trotsky y la adoptada por Stalin. Los rasgos monolíticos y terroristas del régimen staliniano fueron esencialmente producto de duras “condiciones objetivas”, y, bajo la dirección de Trotsky, las cosas hubieran sido muy parecidas. Esta interpretación objetivista del stalinismo es, de hecho, la actual (¿la última?) línea de defensa de los anteriores eurocomunistas stalinistas. Entre las obras que incorporan esta línea están *El fenómeno Stalin*, de Jean Ellenstein (Laia, Barcelona), y su último libro, *Staline-Trotsky, le Pouvoir et la Révolution* (París, 1979). El autor británico Monty Johnstone ha publicado también diversos folletos y artículos inspirados en una perspectiva similar, pero más estrechamente centrados en cuestiones de política exterior soviética. El método adoptado por Johnstone consiste en lanzarse por los voluminosos escritos de Trotsky en los años 30 a la busca y captura de predicciones erróneas o de tácticas políticas supuestamente aventureras. Si bien este autor descubre ocasionalmente algunas de las primeras, puesto que Trotsky no era como profeta más infalible de lo que habían sido Marx, Engels

o Lenin, su crítica del “izquierdismo” de Trotsky le enreda en un sistemático embelecimiento de la política del período del Frente Popular. Una réplica minuciosa a la crítica de Johnstone por parte del trotskista británico Patrick Camiller se publicó en *International*, vol. 3, n.º 3 (1977). En una categoría un tanto distinta de la obra anterior se encuentra la de Kostas Mavrikis, *On Trotskyism* (RKP, 1976), un folleto maoísta cuyos copiosos y burdos elogios a Lin Piao y a la llamada “banda de los cuatro” no serían excesivamente bienvenidos en Pekín.

Según Robert H. McNeal (“The Revival of Soviet Anti-Trotskyism”, en *Studies in Comparative Communism*, vol. X, núms. 1-2, verano de 1977), no menos de 29 libros y folletos han sido dedicados en la URSS a la “lucha” contra Trotsky y el trotskismo desde 1965, la mayor parte de los cuales se han publicado durante los años 70. Fuera de la URSS, señalaremos el libro de Leo Figuières, *Le Trotskysme, cet anti-léninisme* (Editions Sociales, París, 1969), que no hace otra cosa que recuperar las calumnias stalinianas tradicionales; y también el de Schleifstein von Heiseler, *Einleitung, Lenin über Trotzki* (Verlag Marxistische Blätter, Frankfurt, 1969), que es de la misma ralea.

Más sofisticado es el folleto publicado por el PC británico (LoizosMichael, *The Theory of Permanent Revolution*, Trotskyism Study Group CPGB), que se esfuerza por demostrar que no hay revoluciones “puramente” burguesas o “puramente” socialistas, que cada revolución es específica, y que Trotsky se equivocó al querer establecer las “leyes generales” de las revoluciones contemporáneas. Lo mismo sería decir que Marx y Engels se equivocaron al tratar de establecer las “leyes generales” del modo de producción capitalista o de la evolución de las sociedades...

Un grupo de autores alemanes (Projekt Klassenanalyse, Leo Trotzki, *Alternative zum Leninismus?* VSA, Berlín, 1975) considera que las críticas de la burocracia soviética y del régimen actual de la URSS por parte de Trotsky no eran más que la “extensión” de la oposición del joven Trotsky al “sustitucionismo leninista”, es decir, que eran de naturaleza puramente subjetiva. Esta tesis se fundamenta en la idea de que la burocracia soviética no representa un fenómeno social, una capa determinada de la sociedad soviética con sus funciones y sus privilegios materiales que pueden y deben analizarse como tales. Idea no marxista e indefendible como la que más.

Heinz Abosch, en cambio, se sitúa al otro extremo de todas estas concepciones “objetivistas” y le echa en cara a Trotsky, por el contrario, el haber abierto paso al estalinismo al esforzarse por hacer conquistar el poder a una clase obrera todavía demasiado débil, y tratando de conservar ese poder a toda costa (*Trotzki und der Bolschewismus*, Edition Etcétera, Basel, 1975).

Entre las críticas generales al marxismo de Trotsky destacaremos *Trotsky and Patalistic Marxism*, de Geoff Hodgson (Spokesman Books, 1975). Aunque esta obra está gravemente equivocada, sus argumentos merecen indudablemente una refutación seria. Un error fundamental de la interpretación por Hodgson del marxismo de Trotsky está en que no llega a comprender qué quería decir Trotsky al afirmar que el capitalismo había agotado su potencial histórico para el progreso. Así, Hodgson arguye que Trotsky descartó la posibilidad de un auge de largo aliento del capitalismo y vinculó fatalísticamente la perspectiva de la revolución proletaria a la acentuación de la crisis económica capitalista. Hodgson, simplemente, omite todos aquellos pasajes en que Trotsky matizaba su interpretación del punto muerto del capitalismo en los años veinte, mientras da a entender, ilegítimamente, que Trotsky hubiera sostenido idéntico pronóstico en las condiciones muy distintas que imperaron después de la Segunda Guerra Mundial. La acusación de Hodgson según la cual el pensamiento de Trotsky se caracterizaba por un “fatalismo activo” (por contraposición con el fatalismo pasivo de la Segunda Internacional) es obviamente falsa. Ya que Trotsky incorporaba explícitamente el resultado de la lucha de clases en su perspectiva económica, lo cual constituye exactamente el procedimiento opuesto al que emplea el auténtico devoto del determinismo o fatalismo económico. El propio Hodgson cae en un error simétricamente contrario al de los deterministas económicos al suponer que el capitalismo no está vinculado por ninguna clase de leyes de movimiento a largo término. Se las arregla también para dejar completamente de lado el impacto de la lucha de clases como factor del desarrollo capitalista. Así, para él, el boom capitalista de posguerra se explica por el mejor papel desempeñado por el Estado capitalista en la gestión del ciclo comercial (dejando de lado el impacto del fascismo, la guerra y el papel de los partidos estalinistas y social-demócratas en garantizar la derrota de los levantamientos revolucionarios después de la guerra). De hecho, la experiencia del boom capitalista de

posguerra conduce a Hodgson a adoptar el viejo mito bernsteiniano del potencial inagotable del capitalismo para nuevos auges precisamente en unos momentos en que el mundo imperialista iba de nuevo a la crisis. Desde 1968 ha habido muchos y repetidos signos de que el capitalismo ha llegado a un nuevo punto muerto y de que la capacidad que le queda para el desarrollo es de esa clase que genera desastres para la humanidad en su conjunto: hambre en el Tercer Mundo, polución a una escala sin precedentes, restricción o retroceso de conquistas socioeconómicas fundamentales de los obreros en los mismos países capitalistas avanzados (pleno empleo, estado de abundancia, etc.).

Hay varias obras que tratan de proporcionar breves exposiciones del pensamiento de Trotsky y de aportar una introducción a su vida y obra. En esta categoría incluiríamos *Politique de Trotsky*, de Jean Baechler (Armand Colin, 1968), la introducción a *Trotsky Reader: The Age of Permanent Revolution*, por C. Wright Mills, y el *Trotsky* de Irving Howe. Estas obras, en las que generalmente no falta una simpatía por Trotsky, se caracterizan por un eclecticismo superficial, y no logran identificar las contribuciones específicas de Trotsky al marxismo porque sus propios autores carecen de base suficiente en cuanto a teoría marxista. Una sagacidad un tanto mayor manifiesta el comunista yugoslavo Predrag Vranicki en el capítulo que dedica a Trotsky en *Geschichte des Marxismus* (Suhrkamp, 1975), pese a que este autor se encuentra lejos de adoptar el punto de vista político de Trotsky. El único intento honesto de escribir sobre Trotsky en la Unión Soviética contemporánea es la obra de Roy Medvedev, especialmente *Let History Judge*, Spokesman Books, 1976, y *The October Revolution*, Columbia University Press, 1979. Pero este autor no tiene acceso a gran número de fuentes y no puede entrar en una libre discusión con los marxistas occidentales; consecuencia de ello es que a veces es víctima de las distorsiones y los mitos stalinistas. Sin embargo, trata indudablemente de abordar objetivamente los problemas de la interpretación histórica planteados por la revolución rusa, y hay visibles progresos de libro a libro.

Señalaremos una serie de obras dedicadas al papel específico de Trotsky en relación al movimiento obrero de países concretos: Joseph Nevada: *Trotsky and the Jews*, Filadelfia, 1972; S. Corvisieri: *Trotskij e il Comunismo italiano*, Roma, 1969; Pelai Pagés, *El movimiento trotskysta en España 1930-1935*, Barcelona, 1977, e Ig-

nacio Iglesias, Trotsky y el POUM; esta última obra se caracteriza por un sectarismo político sumamente miope.

Hay que situar en una categoría aparte los recuerdos personales referidos a Trotsky, de carácter generalmente no político. Señalemos, a este respecto: Gérard Rosenthal, *Avocat de Trotsky*, París, 1975; Jean van Heyenoort, *De Prinkipo a Coyoacan*, París, 1978 (*De Prinkipo a Coyoacán*, Nueva Imagen, México), y Alice Rühle-Gerstel, *Kein Gedicht für Trotzki*, Neue Kritik, Frankfurt, 1979.

Finalmente, nos alegra enormemente observar que dentro del propio movimiento trotskista hay un cuerpo cada vez mayor de interpretación crítica y discusión de la contribución de Trotsky al marxismo. Entre los estudios más recientes de este tipo, haremos especial mención de Denise Avenas, *Trotsky Marxiste*, Maspéro, París, 1971; Alain Brossat, *Aux Origines de la Revolution Permanente*, Maspéro, París, 1974 (A. Brossat, *En los orígenes de la revolución permanente*, Siglo XXI Editores); Norman Geras, *The Legacy of Rosa Luxemburg*, New Left Books, Londres, 1976, especialmente el capítulo 2 (N. Geras, *El legado de Rosa Luxemburgo*, ERA, México), y “Literatura of Revolution”, *New Left Review*, 113-4, 1979 (“Literatura de la revolución”, en Norman Geras, *Masas, partido y revolución*, Fontamara, Barcelona, 1980); y Livio Maitan “Gli Strumenti della Classe Operaia in Trockij”, en *Storia del Marxismo Contemporáneo*, Feltrinelli, 1974.

Edición electrónica de libros **Sin Permiso** con ocasión del 75 aniversario del asesinato de Leon Trotsky. A partir de la edición de 1980 de Ernest Mandel, *El pensamiento de León Trotsky*, Editorial Fontamara 1980 (traducción del inglés de Gustavo Buster).

Sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores.

www.sinpermiso.info

